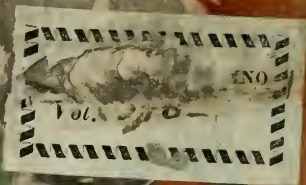




3 1761 07971300 4



ITALIA-ESPAÑA

G
U
Á
R
D
E
S
E

C
O
M
O



J
O
Y
A

P
R
E
C
I
O
S
A

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946



G1825 nx

OBRAS POÉTICAS

DE

DOÑA MARIA ROSA GALVEZ (DE CABRERA.)

TOMO II.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1804.

460855
18. 4. 47

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1895

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1895

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1895

ADVERTENCIA.

Las tragedias que ofrezco al público son fruto de mi aficion á este género de poesía, y de mi deseo de manifestar, que la escasez que en este ramo se advierte en nuestra literatura, es mas bien nacida de no haberse nuestros ingenios dedicado á cultivarlo, que de su ineptitud para haber dado en él pruebas de su fecundidad. En efecto, hasta ahora casi se puede decir que no tenemos una tragedia perfecta; pero ¿cómo las ha de haber en una nacion, que recibe con poco gusto estos espectáculos, y cuyos actores huían no hace mucho al solo nombre de tragedia de exponer al público este género dramático, que hace las delicias, y constituye la mejor parte del teatro de otras naciones cultas? A la verdad en estos últimos tiempos parecia que iba mejorando la suerte de la tragedia en España: se han representado algunas con acepracion; pero por desgracia no podemos hacer gloria de ella, porque solo se

han aplaudido las extranjeras. No es mi ánimo inquirir si el serlo puede haberlas dado mejor suerte en el público; pero es indudable que en las de otro país se disculpan los defectos, y se exâgeran con entusiasmo las bellezas; al paso que en las originales no hay la menor indulgencia, lloviendo críticas, y aun sátiras indecentes sobre qualquiera que se atreve á emprender esta dificultosísima carrera. Nada importa que la primera composicion del gran Racine, de Corneille, y otros trágicos Franceses hayan sido detestables: á ellos se les disculpa de no haber llegado desde el primer ensayo á la perfección; pero el miserable Español que se atreve á escribir una tragedia; triste de él! Aunque haya en ella primores que compensen sus defectos, aunque prometa para lo sucesivo el ingenio del autor alguna considerable mejoría; no hay remedio; se critica, se satiriza; en una palabra, se le hace escarmentar, ó acaso maldecir la negra tentacion en que cayó de escribir original, y no traducción. De aquí es, que hay un diluvio de traductores, y por milagro un ingenio. Sea dicho

5

sin ofender á nadie: es muy difícil traducir bien; pero hay tanta diferencia de esto á ser poeta, como la hay de iluminar una estampa, á abrir la lámina para tirar la misma estampa. Sin embargo, hoy vemos con extrañeza, que qualquiera que traslada á mala prosa española los dramas extranjeros, se cree ingenio, y aun se atreve á desacreditar á los verdaderos poetas originales (que algunos hay), valiéndose para dar mas importancia á su trabajo de exaltar las composiciones de otros paises, y deprimir las nuestras. Como si Apolo hubiese negado su influencia á la nacion que produjo los Lope, los Calderones y los Moretos, y se necesitase para subir al parnaso escudarse de producciones extranjeras. Pero en vano es cansarnos. La misma nacion, los mismos compatriotas del ingenio español estan contagiados de esta epidemia de predileccion á los extraños, y desprecio de los propios. Y no es porque entre aquellos sea todo excelente: hay entre sus composiciones, buenas unas, otras malas, y tambien pésimas. Pero en ellas por una sola escena buena, se sufren cinco actos insulsos y

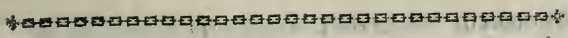
6

lánguidos: por un solo carácter trágico se pasan muchos que no lo son; y ¡quántas veces se graduan de perfecciones sus defectos! Al contrario, un drama original no puede tener una situacion, un verso, un descuido que se tolere: todo ha de ser perfecto; y si esto llegase á verificarse, que no es fácil, aun dudo si mereceria el entusiasmo y los aplausos que se tributan á los extrangeros. En esta época salen á luz estas tragedias, que son originales, y sea qual fuere su mérito, solo son produccion de una muger española: nada hay en ellas traducido, nada hay tomado sino de la historia ó suceso que ha dado asunto al drama. Por consecuencia puedo llamar más estas composiciones con harto mas fundamento que los traductores, que se envanecen por el suceso de sus tareas en el teatro, sin reflexionar que los elogios públicos en semejantes representaciones ó son al verdadero autor, ó más bien al desempeño de los actores; quedando solo para el traductor el interes pecuniario, injustamente asignado por lo regular á un trabajo, que solo puede serlo para aquellos cortos ingenios, que

nada son capaces de inventar por sí, y necesitan hallarse los pensamientos, la acción, el orden, y en una palabra, hallarse la obra compuesta para poder hacer algunos pinitos en la cuesta del parnaso. Atrevimiento es en mi sexô, y en estas desgraciadas circunstancias de nuestro teatro, ofrecer á la pública censura una coleccion de tragedias; pero espero que se me disculpe por el buen deseo que me estimula á promover ó excitar los ingenios españoles, para que despreciando, como es justo, la mordacidad de los miserables, que les hacen tan indecente guerra, publiquen sus obras dramáticas. En las mias faltará mucho para la perfeccion; pero el sexô, y las continuas ocupaciones, y no vulgares penas que acompañan mi situacion, no me han permitido limarlas con mas escrupulosidad; ni yo creo que por haberlo hecho adelantaria mucho; puesto que tal qual sea su mérito, es mas bien debido á la naturaleza que al arte, con que no me ha sido muy fácil adornarla. Ni ambiciono una gloria extraordinaria, ni puedo resolverme á creer tanta injusticia en mis compatriotas,

que dexen de tolerar los defectos que haya en mis composiciones con la prudencia que juzgo merece mi sexô. Si me engaña esta esperanza; estoy bien segura de que la posteridad no dexará acaso de dar algun lugar en su memoria á este libro, y con esto al ménos quedarán en parte premiadas las tareas de su autora.

una copia de las cartas de la señora de...
 me dirá por el buen gusto que me en-
 tre a promover a escribir los poemas...
 ñoles para que los copien, como es justo,
 la necesidad de los originales, que los he
 tan reciente guerra, y he de ir a las
 máximas. En las otras cartas me he de
 tacion por el amor y las condiciones de
 ciones, y no algunas cosas que acompañan
 simon, no me han permitido hablar con
 me es imposible, y yo creo que por lo
 hablo todo a lo mismo, mucho; pero me
 tal que sea su misma, se me dice de
 la materia que el arte, con que me he
 no muy fácil, ahora. El arte, con que
 que es necesario, ni puedo decir que
 con una infante en sus cartas...



SAUL.

ESCENA TRAGICA UNIPERSONAL CON
INTERMEDIOS DE MUSICA.

El teatro representa un valle cubierto de armas, despojos y cadáveres, que anuncian haberse dado una batalla sangrienta. La vista de los montes de Gelboe rodea la escena. Al levantarse el telon la música marcial y estrepitosa acompaña la salida de los guerreros de Saul, que combaten con los Filisteos, y despues de alguna resistencia huyen precipitados, y aquellos los siguen. Saul sale cubierto de polvo, desnuda y ensangrentada la espada y vestidura: en el momento que él aparece cesa la música.

SAUL:

Cobardes, esperad: Saul os llama:
Suspended vuestra fuga vergonzosa;
¿Así cedéis el triunfo al Filisteo?....
¿Mas con quién hablo?.... Todos me abandonan:
Todos de un vil temor arrebatados
Huyen la muerte, y buscan la deshonra.
En vano mi valor por evitarla

Agotó sus esfuerzos; la victoria
 Consigue á mi despecho el enemigo,
 Y del laurel sus sienes se coronan....
 No hay remedio: perdióse para siempre
 Ya de Judea y de Sion la gloria:
 Su honor, su Rey, su Dios, el pueblo Hebreo
 Desampara medroso, y la afrentosa
 Vida prefieren á la ilustre muerte:
 ¡Oh día de ignominia y de congoja!
 Dios de Israel ¿qué es esto? ¿Así permites
 Que la nacion infiel que te desdora
 Triunfante humille al escogido pueblo?
 ¿Los protege tu diestra poderosa
 Para que me confundan, y aniquilen
 A las humildes tribus que te adoran?
 ¿No soy yo aquel Saul por tu decreto
 Destinado á lograr la regia pompa,
 Y entre millares de varones justos
 Buscado en Israel? ¿No soy quien goza
 De ungido del Señor el sacro nombre?
 Pues ¿cómo tu justicia vengadora
 Me condena á la afrenta, y en el seno
 De una desolacion tan espantosa
 Sepulta en solo un día para siempre
 Mi esplendor, mi existencia y mi memoria?
 Tu justicia.... ¡qué digo! ¡ah miserable!
 ¿Cómo mi labio sin temblar la invoca?
 Ella es la que destruye mi grandeza;

La que, en la humillacion mi audacia postra;
 Y su poder, lanzándome del trono,
 Mi soberbia altivez presuntuosa
 Castigando severa hunde en la nada.
 Piedad, gran Dios: si fue merecedora
 De tu enojo mi impia inobediencia;
 Si ha podido olvidar mi ambicion loca
 Tus preceptos, y hollar tus santas leyes,
 Satisfaga, Señor, mi vida sola
 El eterno anatema; yo os imploro
 Riguroso y terrible; me es odiosa
 Esta exístencia de dolor y oprobio,
 Que mi tormento y mi rubor prolonga;
 Lanzad un rayo ardiente; aniquiladme
 En este campo en que perdí mi gloria ¹.

Acabada la música continúa.

No hay muerte para mí: Dios me desdeña
 Hasta para el castigo. Entre estas rocas
 Vencido y solo, acaso me reserva
 Para la esclavitud mas afrentosa:
 No será, no.... Sigamos al contrario;
 Busquemos en sus huestes vencedoras
 Una muerte; que eterno haga mi nombre ².
 Pero ¡qué escucho! La guerrera trompa

¹ Queda apoyado en un bastidor; intermedio de música, fuerte al principio, y al concluir patética.

² Los seis versos siguientes trompas á lo léjos, que no impidan oír la representacion.

Resuena en las cavernas de este monte,
 Anunciando mi afrenta y su victoria.¹
 Ya se retiran; desde aquí descubro
 El tumulto lejano de sus tropas,
 Que entre el polvo fugaz desaparece²;
 Y de la noche las funestas sombras,
 Cayendo de los montes á los valles,
 Parece que descienden presurosas
 Para impedir que logre mi despecho
 El fin de mi existencia ignominiosa.
 ¡Qué espantoso silencio! Sus horrores
 Aumentan las angustias que me acosan:
 Ellos me representan el destrozo
 De mi infelice pueblo; en mi memoria,
 Que es mi mayor verdugo, está grabada
 Del combate la imágen horrorosa.
 ¡Ah! yo he visto las tribus de Judea,
 Fieles á su Monarca, á mi voz prontas
 Combatir el furor del Filisteo,
 Frente haciendo á sus huestes numerosas.
 Yo las he visto en lid desesperada,
 Por defender mi vacilante gloria,
 Perêcer con las armas en la mano:
 De su valor testigos estas rocas
 Serán eternamente; en este monte
 Donde de sus cadáveres las formas

¹ Mirando adentro.

² Empieza á obscurecer el teatro.

Destrozadas se ven por todas partes,
 Los invencibles de Israel reposan.
 Hé aquí sus armas con su sangre tintas;
 Mas allá mutilados se amontonan
 Sus cuerpos, y sus miembros palpitantes,
 Que horrendas haces en el valle forman;
 Alguno osado en su postrer momento
 Esgrimia la espada vengadora,
 Y aun despues de morir el fuerte brazo
 Conserva helado la actitud briosa:
 Otro espiró arrastrándose en el polvo
 Para seguir la huella vencedora
 De su enemigo; y otros.... ¡ah! sus ayes ¹
 Manifiestan sus últimas congojas:
 Mueren en este instante, y mis oidos
 Hieren con sus angustias pavorosas ².

Acabada la música continúa.

¡Oh infelices! no puedo socorreros;
 Pero al fin vuestra suerte es mas dichosa
 Que la de aquellos, cuya infame fuga
 Su patria vende, y su valor desdora.
 Fuga.... ¿Y adónde irán envilecidos,
 Que la fama, del tiempo precursora,
 No publique en su oprobio á las edades
 Su torpe miedo, su fatal deshonra?

1 Desde aquí empieza piano la orquesta el intermedio de música, que sigue.

2 Música que imite los lamentos de los heridos.

Vivirán los cobardes, y testigos
 Serán de las desgracias que ocasionan,
 ¡ Ah! de Jerusalem verán postrados
 Los fuertes muros; la ciudad señora
 De las gentes, rendida al Filisteo,
 Sufrirá su arrogancia destructora:
 En vano al templo la inocente vírgen
 Correrá desolada; la furiosa
 Espada del contrario allí la alcanza,
 Y al pedirle piedad, feroz la inmola:
 El tierno niño morirá en los brazos
 De su madre infeliz, que en su congoja
 En vano expondrá el pecho á la cuchilla,
 Por salvar á su hijo; en triste hora
 Fue fecunda; la sangre que defiende
 Corre mezclada con la suya propia:
 Temeroso el anciano baxo el peso
 De la edad respetable, que lo agovia,
 Inútilmente á vista del peligro
 Clemencia pedirá: la horrible antorcha
 Por la enemiga mano conducida
 En tanto girará con luz medrosa
 Por la triste ciudad, y sus reflexos
 Harán brillar las armas que no embotan
 Gemidos, ruegos, llanto ni clamores.
 ¡ Ah! Yo los oigo.... ¿ Y quién los ocasiona
 Sino mi culpa? Es ella la que ofrece
 A mis ojos el quadro que me asombra.

Jerusalem, yo veo tu exterminio;
 Y que ardiendo en la llama pavorosa
 Que encendió el Filisteo, á sus furioses
 Sus altos edificios se desplomán.
 Así en muerte y horror todo se abisme;
 Todo perezca; así la tierra toda
 Pudiera en este dia aniquilarse:
 Dios vengador, no exístan mas tus obras;
 Vuelva á reynar el caos, y mi afrenta
 La destruccion universal esconda ¹.

Acabada la música continúa.

¡Oh dia de terror, amanecido
 Por mi fatalidad! Campañas roxas
 Con la sangre de tantos infelices
 Iluminó tu luz; en breves horas
 Ví en tu giro el estrago de mi pueblo;
 Ví desaparecer mi augusta pompa
 En tan corto periodo; y porque sea
 Mas el dolor que el pecho me destroza,
 Hasta mis hijos, mis amados hijos,
 Feneciéron tambien en mi derrota.
 ¡Oh caro Jonatas! ¿por qué tu vida
 Fue de mi vida escudo? ¿Por qué heroyca
 Tu espada en defenderme se obstinaba?
 Muriendo era mi suerte venturosa.
 ¡Oh feliz tú mil veces, que esgrimiendo

¹ Intermedio de música fuerte.

El vengador acero en la espantosa
 Lid, de los enemigos destrozados
 Con noble brio tu sepulcro formas!
 Tumba de honor labraron tus hazañas;
 Y en la inmortalidad al fin reposas.
 Dichoso al espirar; mas tus hermanos,
 Si fatal suerte su vivir prolonga,
 Del vencedor esperan ser despojo,
 Esperan muerte obscura y afrentosa.
 Los hijos de Saul, los herederos
 Del trono de Israel, en su deshonra
 ;Serán tristes objetos del escarnio
 De un contrario orgulloso, cuya mofa
 Aumentará sus bárbaros suplicios
 Insultando sus últimas congojas?
 ;Oh dolor! Y si viven.... ser esclavos
 Es su destino. Hé aquí las engañosas
 Esperanzas felices, que en su infancia
 Alhagaron por siempre su memoria:
 Hé aquí de la grandeza de su padre
 El fruto amargo que inocentes logran:
 ;Ah! ;Por qué en la batalla, en la sangrienta
 Lid, que de mi fortuna me despoja,
 Todos con Jonatás de honor cubiertos
 No adquiristeis muriendo eterna gloria?
 Y ;por qué, si Saul fue delinquente
 Perdonando á Amalec, su culpa sola
 Participar os hace del castigo

Con que el Dios de Israel mi altivez postra?
 ¡Hijos de mi desdicha! yo pensaba
 Dividir con vosotros mi corona;
 Y ya en la esclavitud desamparados
 La dura muerte vuestro labio implora.
 ¡Qué abatimiento, ó Dios! Yo desfallezco:
 La fatiga.... esta idea que me asombra....
 ¡Oh imagen de dolor!.... Un solo instante
 Da treguas á la pena que me ahoga ¹.

Acabada la música continúa.

No hay duda: fue mi solio; fue mi reyno;
 No queda aun la esperanza mas remota
 De alivio á mi desgracia: en solo un dia,
 ¡Ah! como el cielo todo lo trastorna.
 ¿Y no podrá Saul sin ofenderlo
 Acabar con su vida ignominiosa?
 No puede sin hacerse mas culpable ².
 A lo ménos busquemos en las hondas
 Grutas de esta montaña alguna fiera,
 De este vasto desierto habitadora,
 Que en partes mil mi cuerpo destrozando
 Connigo sea en su furor piadosa....
 Pero ¡ay de mí!.... Mis plantas vacilantes
 Apenas me sostienen.... la penosa
 Lid.... el cansancio.... en vano en esta espada

¹ Se sienta sobre unas piedras. Intermédio de música patética.

² Se levanta.

El débil paso mi valor apoya.
 ¡Oh cuál es mi agonía en este instante!
 La eternidad, del hombre aterradora,
 Parece que anticipa mis tormentos
 En medio de esta selva tenebrosa.
 Si pudiese mi acento... Es imposible:
 En esta obscuridad solo las rocas,
 Los helados cadáveres me escuchan;
 A mi voz mudos, á mis quejas sordas.
 Sin duda que la muerte en este sitio
 Debo esperar, supuesto que me estorba
 Que la busque mi propio abatimiento;
 Dios en este momento me abandona
 A mi mismo; me acuerda mis delitos,
 Y los remordimientos me devoran.
 ¡Ah David! De mi inmensa desventura
 Gozará tu ambicion; hé aquí la hora
 De tu triunfo: Saul morirá en breve....
 El infernal espíritu me acosa,
 Que ahuyentaba otras veces la armonía
 Celestial de tu harpa encantadora:
 Él para atormentarme me presenta
 La horrible imagen de mis culpas todas;
 Este espíritu impuro ante mis ojos
 Te conducè, David, de mi corona
 Adornada tu frente, rodeada
 Del pueblo de Israel, que mi memoria
 Maldice, y te tributa bendiciones:

Los himnos, que celebran tus victorias,
 Y causáron mi envidia, entre el aplauso
 De tu dicha las vírgenes entonan;
 Sí: mi envidia los tiene bien presentes
 Esos odiosos cánticos; ahora
 Mas que nunca me afligen sus recuerdos;
 Sí: mas que nunca tu futura gloria
 Mi desesperacion y rabia aumenta;
 En mi postrero instante la ponzoña
 Del odio, que en mi pecho te conservo,
 Mas que mi afrenta mi soberbia postra ¹.

Acabada la música continúa.

David será felice sobre el trono
 De Judea; el Eterno su persona
 Eligió para el solio.... ¿y por qué causa
 Su fortuna ha de ser tan á mi costa?
 ¿Por qué para elevarlo me destruye?
 ¿Acaso á su justicia poderosa
 No tributó Saul adoraciones?
 O Dios, mi rendimiento á todas horas
 Sacrificó en tus aras; tus ministros
 Imploráron tu auxilio en la dudosa
 Suerte de esta batalla, ántes de darla:
 Mas tú, sordo á sus ruegos, me abandonas
 A las iras de un pueblo que te ofende;
 La injusta preferencia de que goza

¹ Se sienta. Intermedio de música.

David contigo ha dado al Filisteo
 Contra los hijos de Israel victoria:
 Héme al fin hecho víctima infelice
 De tu poder: en este instante toda
 Mi desdicha la causa tu decreto.
 Si es que acusa tu saña poderosa
 Mi desesperacion; Dios implacable,
 No te ofendo tampoco, ella es tu obra:
 Dexa que clame en mi postrer momento
 Contra tí, pues mis males ocasionas.
 En tu cólera, ó Dios, me has reprobado:
 ¡Ah qué furor mi corazon devora!
 Me has reprobado, sí; yo llegué á oirlo,
 Quando invocando la funesta sombra
 Del Profeta Samuel en mi abandonó,
 La fuerza de un conjuro abrió la losa
 De su helado sepulcro; y no fué crimen
 En mí turbar la paz en que reposa:
 Pues si el Señor callaba á mis clamóres,
 ¿Qué mucho que á una infame encantadora
 Pidiese que voz diera á aquel cadáver?
 Recuerdo con horror su aterradora
 Prediccion, y los ecos lamentables
 Que en gemidos saliéron de su boca:
 „¿Por qué, dixo, perturbas mi descanso?
 „Saul, el Omnipotente te abandona,
 „Y á tu rival David piadoso ampara;
 „A sus sienes destina tu corona.

„ El Señor te mandó que aniquilases
 „ La raza de Amaleç, tú la perdonas;
 „ Y su justicia aniquilarte debe:
 „ Al nuevo día en esta misma hora,
 „ Serás conmigo.” ... „ Sí... seré contigo,
 Fantasma, que anunciaste mi deshonra.
 ¡ Ah! sí: ya estoy contigo... te estoy viendo
 Mostrar sobre tu frente pavorosa
 El placer que te causa mi infortunio:
 Tu rostro, que la muerte descolora,
 Distingo ensangrentado; y en tus ojos
 Brilla un fuego divino que me asombra....
 ¿ Qué vas á proferir? El labio sella:
 Aléjate, no aumentes mis congojas. (tendes?
 ¿ Qué horror!... ¿ Aun me persigues? ¿ Qué pre-
 Quita, espectro cruel... De tu espantosa
 Vista iré huyendo yo... lo intento en vano:
 Tú lo impides: ¿ por qué mi fuga estorbas?
 ¿ Qué señas?... ¿ Mi regia vestidura?
 Mírala tinta con mi sangre propia:
 Con la de mi enemigo victorioso,
 Que con su esmalte mi valor pregona.
 ¿ Quieres que de este honor muera privado?
 Bárbaro.... ya mi mano me despoja¹
 De este adorno: tu helada planta huelle
 Mi altanería en esa vana pompa....

1 Se quita el manto y corona, y lo arroja.

Pero no... es este acero el que señalas.
 Te comprendo: presente en mi memoria
 Está tu vaticinio... „Al nuevo día
 Reposarás conmigo.”... Hé aquí la hora:
 Ya lo voy á cumplir.... Pero ántes sabe,
 Que ni tu Dios ni tú, implacable sombra,
 Postrareis mi soberbia... y que ha triunfado
 Del valor de Saul su espada sola.

I Se atraviesa con ella. Cae el telon.

SAFO.

DRAMA TRAGICO EN UN ACTO.

ACTORES.

SAFO, *poetisa griega.*

CRICIAS, *sacerdote de Apolo.*

FAON, *su hijo.*

NICANDRO, *amante de Safo.*

ARISTIPO, *segundo sacerdote.*

Comparsas de $\left. \begin{array}{l} \text{ministros del templo.} \\ \text{marineros griegos.} \\ \text{pueblo de Leucadia.} \end{array} \right\}$

La escena es en la isla de Leucadia. A la derecha se ve la roca del mismo nombre, desde donde se precipita Safo. Al lado opuesto vista del templo de Apolo con puertas practicables. En el foro mar tempestuoso. La accion empieza de noche. Se oyen algunos truenos. Las nubes se disipan, y el teatro se aclara segun dicen los versos, hasta quedar iluminado enteramente por la salida del sol.

ESCENA I.

SAFO *sentada en una piedra inmediata
al templo.*

SAFO.

Noche desoladora, fiel imagen
De mis continuos bárbaros tormentos;
No cese tu rigor, no tus furores:
El hórrido silbido de los vientos,
El rayo desprendido de la esfera,
El ronco son del pavoroso trueno
Halaga un corazón desesperado.
¡Ah! perezca en tu horror el universo.
Perezca la morada que mantiene
Al hombre entre los hombres mas perverso:
Anegale en tus aguas, mar undoso;
Y entre tus ondas su cadáver yerto
Suba al olimpo, y del olimpo baxe
A sepultarse en el profundo aberno
Mas tú te calmas; ¿eres insensible
A mi fatal plegaria, á mis lamentos?
Eres como Faon.... ¡Ay! ni su nombre
Piadoso vuelve á repetir el eco.
¡Espantosa quietud! Todo enmudece,
Y al tormentoso horror sigue el silencio.

1 Se levanta. 2 Empieza á serenar.

Las negras furias que mi amor persiguen,
 Me privan hasta el bárbaro consuelo
 De ver el orbe vacilar al choque
 De los embravecidos elementos
 Vecina el alba volverá á la tierra
 El marchito verdor, plácido el cielo
 Ofrece al fin serenidad y vida.
 Hoy, por la última vez, el firmamento
 Verán mis ojos de llorar cansados.
 Sol, apresura tu brillante vuelo;
 Verás á Safo en su postreza angustia
 Perecer, ú olvidar su ingrato dueño ².

ESCENA II.

SAFO. CRICIAS. ARISTIPO. *Comparsas por la
 puerta del templo.*

CRICIAS.

Corre, Aristipo; la extendida costa
 De Leucadia registra que tu zelo
 Logre salvar las miserables vidas
 De algunos naufragantes extranjeros:
 Víctima puede ser un hijo mio
 De las iras del mar.

1 Se empiezan á disipar las nubes.

2 Queda apoyada al bastidor.

ARISTIPO.

Ya te obedezco;
 Calma tus inquietudes entre tanto.
 Vamos por la ribera, compañeros;
 Y que iluminen las ardientes teas
 Mientras el sol nos niega sus reflexos¹.

CRICIAS.

Venid vosotros por la orilla opuesta.

SAFO.

¡Ay Faon!

CRICIAS.

Escuchad. ¿Ese lamento

El nombre de Faon no ha pronunciado?

Entre estas rocas alumbrad. ¿Qué veo!

SAFO.

Apartad esa luz².

CRICIAS.

Infeliz Safo,

No rendida al dolor con tal extremo
 Aumentes tu desdicha. Poco falta
 Para que libre de ese amor funesto
 Recobres la quietud. ¿Puedes acaso
 Por insultar la cólera del cielo,
 Vagando entre las sombras espantosas
 De esta noche de horror, de tu fiel pecho
 A Faon arrancar?

¹ Se va con parte de los comparsas.

² A los comparsas que se retiran.

SAFO.

Por piedad, Cricias,
 Déxame: y no repitas del perverso
 El nombre odioso.

CRICIAS.

¿Tú le nombrabas?

SAFO.

Sí; porque se aumentase mi tormento.

CRICIAS.

De olvidar ó morir, Safo, en tu mano
 La elección tienes: todo está dispuesto
 Para cumplir tu voto; el sacrificio
 Que has de ofrecer en el sagrado templo;
 Las barcas velocísimas que formen
 Del alto promontorio el ancho cerco;
 Los nadadores que al socorro tuyo
 Lanzarse deben; y el ansioso pueblo
 Que ser testigo de tu gloria espera:
 Todo á cumplir te obliga el juramento
 De renovar la fama de Leucadia
 En el orbe y los siglos venideros:
 Pero si dudas; si el peligro temes....

SAFO.

Sacerdote de Apolo, nada temo
 Sino el quedar con vida. Los socorros
 Que la costumbre estableció, y el tiempo
 Para los desgraciados que llegaron
 Al extremo fatal en que me veo,

Mi desesperacion los abomina;
 No los puedo estorbar, y los tolero.
 ¡Oxalá que este abismo cristalino,
 Que baña de la roca el fondo inmenso,
 Me sepulte, y á ver la luz no vuelva,
 Si está el olvido en su profundo seno!

CRICIAS.

Pues ¿no pretendes, Safo, que se apague
 Ese insensato y amoroso fuego?

¡Ay! no Cricias; detesto mi existencia,
 Si pudiese vivir sin un recuerdo
 De mi llamado Faon.

Esos delirios
 En breve olvidarás. Ya los reflexos
 Del sol en el oriente se descubren;
 Cálmate, Safo, que el feliz momento
 De tu dicha se acerca. ¿Por qué huyes?

Su resplandor me oprime: al bosque vuelvo
 A contar impaciente los instantes
 Que faltan para hacer mi amor eterno³.

¡Plegue á los dioses que tu muerte sea

1 El teatro se ha ido aclarando.

2 Safo se quiere ir.

3 Se va.

La que á mis tristes años el sosiego
 Pueda volver! Por tí perdió la patria
 El brazo de Faon; por tí, su esfuerzo
 Envilecido en el delyte infame,
 Ni el peligro de Atenas, ni el lamento
 De este padre infeliz pudo moverle:
 Él era mi esperanza y mi recreo;
 Y si de otra beldad el atractivo
 No borrarse tu imágen de su pecho,
 En placer vergonzoso todavía
 Viviera sumergido; mis rezelos,
 Miéntras tú vives, acabar no pueden;
 Pues si viese Faon el loco éxceso
 De tu pasion, tal vez compadecido...
 Pero Aristipo vuelve conduciendo
 Un jóven á este sitio.

ESCENA III.

CRICIAS. ARISTIPO. FAON. *Comparsas.*

FAON.

¡Oh padre mio!

CRICIAS.

Faon, hijo querido, ¡dioses! ¿sueño?
 Estréchate en mis brazos: ¿tú en Leucadia!

FAON.

Yo en Leucadia, señor; á ser objeto

De todos los furoros de los hados:
 Yo, que en mi triste corazón alvergo
 Las implacables furias del abismo:
 Ellas me acosan; el remordimiento
 Grabáron en mi alma; y ni la muerte
 Me quiso conceder piadoso el cielo.

CRICIAS.

Hijo ingrato, ¿y es esta la ternura
 Que te debe tu padre? ¿este el contento
 Que muestras á mi vista?

FAON.

¡Ah padre mio!

No pueden mis delirios ofenderos.
 He perdido á mi esposa: sepultada
 Queda en el mar: los fieles compañeros
 Que la seguian yacen sumergidos:
 Yo intentaba con ella en el ligero
 Esquife libertarme del peligro:
 Las ondas la arrancáron de mi seno
 Al tiempo de arrojarme, y anegáron
 El mísero baxel en un momento.
 ¡Oh nunca las piedades de Aristipo
 Me socorrieran! ¡Oxalá el soberbio
 Pielago undoso fuera mi sepulcro!
 Pues Júpiter sin duda de su excelso
 Trono lanzaba el rayo en mi ruina:
 Safo, elevando el dolorido acento
 Clamó por mi castigo abandonada,

Y se han cumplido sus fatales ruegos.

ARISTIPO.

Pues qué ; Safo....

CRICIAS.

No mas; calla, Aristipo.

Hijo mio, modera tu despecho:

Antes de amar á tu infeliz esposa,

En lazo criminal tus devaneos

Pensaban que no hubiera quien borrarse

De Safo los amores: otro objeto

En Teagenes hallaste, y otros muchos

Feliz pueden hacerte.

FAON.

No lo espero.

De mi jóven esposa la belleza

Alucinarme pudo: los consejos,

Y los mandatos vuestros repetidos,

Hiciéron que en el lazo de himeneo

Buscase los placeres; pero en vano:

La lisonjera novedad huyendo

Desterró la ilusion: Safo llorosa,

Desesperada, y á mis pies gimiendo,

Mi horrible ingratitud me recordaba

Hasta en los brazos de mi nuevo dueño.

Presentes siempre su fatal constancia,

Su ternura, sus gracias, sus talentos,

Su lira, que á los dioses encantaba....

Con ninguna beldad logró mi pecho

Llenar aquel vacío que nos dexa
El delicioso goce del deseo.

¡Oh cuántas veces en la obscura noche,
Entre las sombras de un pesado sueño,
La ví furiosa, arrebatada, ciega,
Clamar por mi castigo, y del averno
Invocar las deidades vengadoras
Contra un bárbaro amante! El universo
Resonó con sus gritos; y sus votos
Los dioses irritados concedieron.

CRICIAS.

No con tales ideas, hijo amado,
Aumentes tu aflicción; piadosos ellos,
Pues te vuelven al seno de tu padre,
Ni sus furores ni su rabia oyéron.
Entra en mi habitación; descansa en ella
Mientras á Apolo un sacrificio ofrezco
Que aleje de tu alma los terrores.

FAON.

¡Con cuánto mas placer desde este horrendo
Precipicio buscara entre las ondas
A mi afligido espíritu consuelo!

CRICIAS.

No mas delirios. Conducidle ^x, amigos.

FAON.

Deidades ¿para qué la vida quiero

Si he abandonado á Safo por amarme,
Y por mi amor Teágenes ha muerto¹.

ESCENA IV.

CRICIAS. PARISTIPO.

ARISTIPO.

Permite Cricias á un leal amigo
Que preguntarte pueda ¿quál intento
Te hace ocultar de la infelice Safo
A Faon la exístencia? Sus tormentos,
A vista de esta amante, que aun adora,
Se pudieran calmar; y tu secreto
Hace dos desdichados. ¿Es posible
Que teniendo á tu arbitrio el solo medio
De salvar una vida, que merece
Suerte mas venturosa, estes resuelto
A verla perecer?

CRICIAS.

Nunca Aristipo.

Con mayor causa desearlo puedo.
¿Quieres que vuelva á publicar la Grecia,
De mi glorioso nombre en vilipendio,
Que aprisionado un hijo mio vive
En los brazos de Safo? ¿y que de nuevo,
Olvidando su patria y sus deberes,

I Se va con los comparsas.

Como quando de Esparta el odio fiero
 Amenazaba á Atenas, busque asilo
 En los placeres, evitando el riesgo?
 No Aristipo; que muera una y mil veces
 Antes esa muger.

ARISTIPO.

¿Y el himeneo

No pudiera ligar los dos amantes,
 Sin que en su amor hubiera los excesos
 De un trato vergonzoso? Faon libre
 Lo conduce el destino al mejor tiempo
 Para estorbar la desgraciada muerte
 De la mísera Safo.

CRICIAS,

Te comprendo;

Pero sabe, Aristipo, que ella nunca
 Quiso unirse con él por otros medios
 Que los de un torpe amor; y pues conoces
 Quantas razones de evitarlo tengo,
 Si eres mi amigo, ayuda por tu parte
 A que Faon ignore estos momentos
 La exístencia de Safo; y si no basta
 De la amistad el poderoso ruego
 A obligarte; que baste la obediencia:
 Yo por mi dignidad soy el supremo
 Sacerdote de Apolo, y en su nombre
 Que calles y obedezcas hoy te ordeno¹.

ARISTIPO.

¡Cruel supersticion! ¿Será forzoso
 Que esté obligado mi sensible pecho
 Por tu fatal poder á ser testigo
 De sacrificio tan atroz y horrendo?
 Cricias da á su rencor nombre de gloria;
 La religion me manda obedecerlo;
 Safo y Faon, los dos desesperados,
 Tal vez perecerán: ¡oh si á lo ménos
 Mi persuasion pudiese libertarlos!

ESCENA V.

NICANDRO. ARISTIPO.

NICANDRO.

Escucha, sacerdote, á un extranjero
 Que llega al promontorio de Leucadia,
 Para hacer la experiencia que ya hiciéron
 Los que olvidar ó perecer buscáron.

ARISTIPO.

Jóven ¿sabes si acaso alguno de ellos
 Quedó con vida?

NICANDRO.

No; todo lo ignoro.

ARISTIPO.

Pues ántes de prestar el juramento
 Que te obligue á lanzarte de su cima,

La voz de la verdad escucha atento.
El mancebo Leucates, perseguido
De las iras de Apolo, llegó huyendo
A esa roca; y desde ella despeñado
Se hundió en el mar precipitado y ciego.
Su nombre le ha quedado desde entónces;
Y para eternizar tan triste exemplo,
Todos los infelices que á la muerte
Arrastraban del crimen los excesos,
Eran precipitados de esa altura,
Ligando muchas aves á sus cuerpos,
Que hiciesen ménos fuerte el duro golpe
Con el esfuerzo natural del vuelo.
Uno, entre tantos, que logró salvarse,
Olvidó de su vida los sucesos;
Y todos los amantes desgraciados
Hacer la misma prueba resolviéron;
Pues desde entónces, sin socorro alguno,
Creyendo que el olvido está en el seno
De ese profundo abismo, en él se arrojan:
Los sacerdotes de ese antiguo templo
Previenen nadadores, que á la orilla
Saquen al miserable. En tanto tiempo
Como dura esta bárbara costumbre
Ninguno se salvó: si estás resuelto
Con este desengaño al precipicio,
Compadecerte, no evitarlo puedo.

NICANDRO.

Vana es tu compasion; al templo vamos
Que hoy la terrible prueba hacer pretendo.

ARISTIPO.

Tan presto no podrás.

NICANDRO.

¿Por qué motivo?

ARISTIPO.

Porque para morir llegó primero
Que tú la triste Safo.

NICANDRO.

¿Qué he escuchado?

¿La poetisa Safo á tal extremo
Reducida se ve? ¿La que de Atenas
Mereció los aplausos y los premios?
¿Por la que suspiráron vanamente
Millares de rendidos, y yo entre ellos?

ARISTIPO.

¿Tú la amabas tambien?

NICANDRO.

Yo la idolatro;

Y el terrible teson de su desprecio
Me conduce á buscar aquí mi muerte.
¡Ah! sin duda Faon será el perverso
Que ingrato corresponde á sus favores.
Amigo, dime, no podré un momento
Hablarla.... persuadirla....

ARISTIPO.

Sí, bien dices;
 Quizá conseguirá tu rendimiento
 Piedad de ella y de tí ¹. Pero se acerca;
 Mírala que abatida vuelve al cielo
 Los ojos, y despues al precipicio.
 Sin duda considera el momento
 De su amor infeliz; yo me retiro:
 Los dioses favorezcan tus deseos. (*Se va.*)

ESCENA VI.

SAFO. NICANDRO.

NICANDRO *aparte.*

Al fin la vuelvo á ver: sus negros ojos
 Del llanto enrojecidos son aquellos;
 Y el gracioso semblante, donde ahora
 Se pinta la afliccion.... pero habla.

SAFO.

¡Oh Vénus!
 Desciende del olimpo, qual solias
 Complacida á escuchar los dulces ecos
 De mi suave lira; ven ahora
 Que te invoca mi voz con el acento
 De la mortal angustia; fortalece.

1 Mira adentro; Safo aparece al foro.

Mi corazón con tu divino fuego
 Estos breves instantes que me restan
 De una odiosa existencia.

NICANDRO.

Yo me acerco.
 Si un amante infeliz merece, Safo,
 Que algún favor concedas á su ruego;
 Otorgame la triste preferencia
 De que pueda arrojarme al mar primero
 Que tú desde esa roca.

SAFO.

Por ventura
 ¿Habrás hallado joven extranjero
 Alguna muger pérfida y mudable?
 ¡Ah! no lo extrañaré; que el universo
 Solo ingratos encierra; pero sabe
 Que Faon es el mas ingrato de ellos.
 Cuéntame tus desgracias, y no pienses
 Tendrá mayor motivo tu despecho
 Que mi justo dolor.

NICANDRO.

Escucha, Safo.
 Ni de perfidia ni traycion me quejo:
 Me quejo de un amor tan desgraciado,
 Que nunca de la cárcel del silencio
 Pudo salir; me quejo de haber visto
 Víctima de un ingrato el dulce objeto
 Digno de mi cariño, y de que todos

De merecer se honrasen sus afectos.
 Por no verlo penar mi muerte busco.

SAFO.

¡Ah! No es igual el tuyo á mi tormento.
 Tú no has perdido mas que una insensible;
 Pues oye por Faon lo que yo pierdo.
 Por él abandoné mi patria y mi nombre;
 Por él sufrí de mi envidioso sexô
 La mas atroz calumnia; por su causa
 De los hijos de Apolo el rendimiento
 Altiva desprecié; y en fin, llevando
 Mi constante fineza hasta el extremo,
 Preferí ser su amante, á ser su esposa,
 Que amor de libres corazones dueño
 Huye un lazo que impone obligaciones.
 ¿Qué no me debe? yo elevé su genio
 A la luz de las ciencias, y en el trono
 Del amor, desplegando su talento,
 Célebre fue su nombre á par del mio.
 ¡Ay! que en aquellos deliciosos tiempos
 Solo en él exístia; él era solo
 De mi ternura y mis placeres centro.
 ¡Cuán dulcemente en sus amantes brazos
 Los elogios que Grecia á mis talentos
 Dedicaba olvidé, sacrificando
 Hasta mi vanidad á sus deseos!

NICANDRO.

¡Oh qué feliz otro mortal sería

Safo con tu cariño!

SAFO.

Yo desprecio
De todos el amor. Faon ingrato,
Para mí es mas amable que el excelso
Júpiter en su solio.

NICANDRO.

¡Ah! que tus voces
Aumentan mi dolor; pero á lo ménos,
Pues que los dos á perecer estamos
Por diversos motivos ya resueltos,
Sabe que te idolatro, y que tú eres
La que siempre adoré.

SAFO.

¡Qué escucho, cielos!

NICANDRO.

Sí, Safo, tú pudieras todavía,
Premiando la constancia de mi afecto,
Hacer de un desdichado un venturoso;
Ten piedad de tí misma: á tus pies puesto
Te pido que te duelas de mis ansias;
En tú favor consiste mi remedio.

SAFO.

¿Yo he de dartelo?

NICANDRO.

Sí.

SAFO.

Pues de esa roca

Arrójate despues que yo haya muerto.

NICANDRO.

¿Ese, ingrata, me das?

SAFO.

¿De qué te quejas,
Si él mismo que yo elijo, ese te dexo?

NICANDRO.

¡Qué bárbara constancia! ¿No te mueven
Ni compasion ni amor?

SAFO.

Yo lo detesto:

Retírate de aquí, si á ser testigo
No aspiras de mi muerte.

NICANDRO.

No: primero
Iré á implorar de los supremos dioses
La piedad para tí, que en tén no encuentro¹.

SAFO.

Solo faltaba á mi tirana suerte
Escuchar el osado atrevimiento
De un insensato amante. ¡Oh cuánto tarda
El suspirado fin de mi tormento!
Procuremos que llegue².

1 Se va. 2 Va á entrar en el templo.

ESCENA VII.

SAFO. ARISTIPO.

ARISTIPO.

Espera, Safo.

Tú no puedes entrar al sacro templo
 En tanto que las víctimas entregan
 A la dura cuchilla el dócil cuello:
 Y ántes que con tu muerte á cumplir llegues
 Tu bárbaro y horrible juramento,
 Oye á un anciano que estorbar procura
 Con su prudencia tu feroz despecho.
 Nada hay estable; ni el amor ni el odio;
 Que todo cede á la impresion del tiempo.
 Quizá Faon arrepentido ó libre,
 A tu constancia y tu dolor cediendo,
 Volverá á tu cariño; y con la muerte,
 Aun la esperanza, que es el bien postrero
 De los amantes, pierdes.

SAFO.

Ya he perdido
 La esperanza, el honor y el sufrimiento.

ARISTIPO.

Todo, Safo, pudieras recobrarlo:
 Vive, espera y confía.

SAFO.

Nada espero.

Tú ignoras Aristipo quanto hice
 Por ablandar el corazon de hierro
 Del pérfido Faon, y todo en vano.
 Yo lo he seguido por extraños reynos,
 Despues que huyó de Gonno acompañado
 De mi odiosa rival; pero mis zelos
 En Sicilia lograron alcanzarlo.
 Desesperada su mansion penetro:
 Corro por todas partes, busco ansiosa
 A mi traydor amante; él á mi acento,
 Sale y queda mortal, como á la vista
 Del soberano Juez se queda el reo.
 Suplico entónces, amenazo, lloro;
 Y todo en vano: mi dolor acerbo
 Me hizo humillar hasta sus pies mi frente,
 Me hizo besar las huellas del soberbio;
 Y todo en vano: ni mi amargo llanto,
 Ni mis continuos clamorosos ruegos
 Pudiéron ablandarlo; su fiereza
 Llegó hasta referirme su himeneo,
 Para borrar del todo mi esperanza
 Con otra obligacion. ¡Hombre perverso!
 ¿Qué lazo mas sagrado que el que unia
 Mi corazón al tuyo? Pero el cielo
 Castigará tu abominable crimen:
 Porque si del amor del débil sexô
 Impunemente se burlase el hombre
 ¿Qué muger no se viera qual me veo?

ARISTIPO.

Ninguna como tú pudieras, Safo,
De una pasión funesta los excesos
Precaver sabiamente.

SAFO.

¡Ah! que ninguna
Hubiera resistido al dulce fuego
Que inspiraba Faon, quando mis ojos
La vez primera por su mal lo viéron.
Él volvía de mirtos coronado
A ofrecer sacrificios en el templo
De Júpiter olimpo, porque Atenas
Lo declaró triunfante de los juegos.
Su rostro coloraba la victoria,
Embellecido con el bozo tierno
De amable juventud; casi desnudo
Aun de la lucha; los hermosos miembros
Descubria, que envidia el mismo Apolo,
Y que amor pueden inspirar á Vénus.
Tambien me vió él entónces, y previno
Con su declaracion mi amante fuego.
Si tú Aristipo en juveniles años
Has llegado á gozar los embelesos
De amar correspondido; si has logrado
Las delicias que logra quien viviendo
Solo en su amante, en él se vivifica,
Lleno de amor, y de deleytes lleno;
No extrañarás que yo que así me he visto,

Piense morir quando gozar no espero.

ARISTIPO.

Y qué ¿no habrá otras causas que te obliguen
A conservar la vida? Qué ¿tu genio
Imitador olvidará la gloria
De la futura edad, y el lisonjero
Acento de la fama?

SAFO.

Son quimeras:

La fama ya no emplea sus acentos,
Sino en elogio vil del poderoso;
Pues ha prostituido el universo
Su aplauso al crimen, su favor al vicio,
Y oprime las virtudes y el talento.

ARISTIPO.

Ya que solo te obliga la memoria
Del ingrato Faon, quizá viviendo
Cediera su desvio á tu constancia;
Y volviéndote á ver....

SAFO.

¡Volver á verlo

¿Dónde Aristipo?

ESCENA VIII.

SAFO. ARISTIPO. CRICIAS. *Comparsa
de ministros del templo.*

CRICIAS.

Todo anuncia, Safo,
El fin de tus desgracias. Grato el cielo
Declara en las entrañas palpitantes
De las víctimas sacras que el consuelo
Llega de tus pesares.

SAFO.

Sacerdote,

Sígueme; que ofrecer quanto poseo
En las aras de Apolo solo resta,
Para cumplir la ley que establecieron
La religion y el uso; y que mi muerte
Termine de una vez mis sentimientos ¹.

CRICIAS *aparte.*

Vamos; que tu fin solo es el que falta
Para acabar del todo mis rezelos ².

ARISTIPO.

Dioses, pues no es posible disuadirla,
Benignos permitid sea el postrero
Sacrificio su vida, y que le sirva
A los demas amantes de escarmiento.

1 Se va. 2 Se va con los comparsas.

ESCENA IX.

NICANDRO. ARISTIPO.

NICANDRO.

¡Ay, Aristipo! Todo ha sido en vano:
 Ni tu prudencia, ni mi amante ruego,
 La desgracia de Safo estorbar pueden:
 En las manos de Cricias deponiendo
 Sus brillantes adornos queda ahora.
 Estoy fuera de mí: yo me estremezco:
 ¿Qué puedo hacer? Mi corazón palpita
 De asombro y de terror: morir resuelvo.

ARISTIPO.

¿Y qué conseguirás? Aumentar solo
 De esta superstición el duro imperio.
 Bastantes infelices por su influxo
 Víctimas desgraciadas perecieron.
 ¡Miserable aquel que sin recurso gime
 Baxo el yugo cruel de sus preceptos!
 Esta es mi situación; nací sensible,
 Y aunque educado en este ministerio,
 Al ver sacrificar mis semejantes,
 Sin poderlo impedir, lloro en secreto.

NICANDRO.

Si fuera Cricias como tú piadoso,
 Jamas recibiria el juramento

De tantos desdichados.... Pero dioses ¹!
 Ya anuncian estos tristes instrumentos
 El instante fatal.... A socorrerla,
 O á perecer con ella, voy resuelto. (*Se va.*)

ARISTIPO.

Las barcas se aproximan ²; y se acercan
 Hacia este sitio en tropas los isleños;
 Pues ya no puedo libertar á Safo,
 Cumpla con mis deberes á lo ménos.

ESCENA X.

CRICIAS. SAFO. ARISTIPO. *Comparsa*
de sacerdotes y pueblo.

SAFO.

Laurel glorioso ³, que la sabia Atenas
 Concedió á las tareas de mi genio,
 Dexa mi frente, y queda donde sirvas
 A mi nombre y mi amor de monumento.

CRICIAS.

Tú le recobrarás mas venturosa:
 Vamos.

ARISTIPO.

Oh Safo, cuánto compadezco

¹ Dentro música.

² Aparecen las barcas con los nadadores.

³ Deponiendo el laurel.

Tu ceguedad!

CRICIAS.

¿Ahora te detienes?

¿Por qué estás indecisa?

SAFO.

Considero

Quánta es la diferencia de mi suerte
 Por un traydor amante. En otro tiempo
 Solo al nombre de Safo resonaba
 Con vivas repetidos el liceo
 De la célebre Atenas; y á mi vista
 Aplausos tributaba todo un pueblo:
 Hoy á verme morir otro se junta,
 Lleno de compasion, de dolor lleno.
 ¿Y por qué enternecidos al mirarme
 Lágrimas derramais? Yo nada siento.
 ¿Qué pudiera sentir quando el sepulcro
 A mis desgracias se presenta abierto?
 Aquel es ^{el}. ¡Oh mugeres de Leucadia!
 Vosotras que mirais en mí el exemplo
 De la negra perfidia de los hombres,
 Abominad su amor, aborrecedlos;
 Pagad sus rendimientos con engaños,
 Pagad su infame orgullo con desprecios;
 Gimán á vuestros pies; vengadme todas;
 Humillad para siempre esos soberbios.

Y tú, ingrato Faon, hombre nacido
 Por mi fatalidad, plegue á los cielos
 Que mi sombra interrumpa tu reposo,
 Que la tierra te niegue el alimento,
 Que el sol te oprima, y que la muerte arranque
 De tus alevés brazos el objeto
 Que causa tu perfidia; y que á tus ojos
 Muera, del mismo modo que yo muero.

ARISTIPO.

Si volvieses á verlo....

SAFO.

¡Ay Aristipo!

CRICIAS.

Si lo vieras en brazos de otro dueño.

SAFO.

Calla, bárbaro: no, no es necesario
 Me recuerdes la imágen de mis zelos,
 Para que yo al sepulcro vuele ansiosa ¹.

CRICIAS.

Mi astucia se logró ².

ARISTIPO.

¡Qué sentimiento!

SAFO.

Vosotros ³, moradores de Leucadia,
 A Faon le direis, que Safo ha muerto
 Víctima de su engaño, y que esta roca

1 Sube á la roca. 2 Aparte. 3 En la roca.

Su delito y mi amor harán eternos *Arístipo*.

¡Favorecedla dioses! ¡Desgraciada!

CRICIAS.

Logróse mi venganza; ya en el centro

Del mar se han sepultado mis afrentas.

ESCENA XI.

*CRICIAS. FAON. ARISTIPO. Comparsa
de sacerdotes y pueblo.*

FAON.

¿Por qué me deteneis? ¿Ese lamento

No pronunció mi nombre? ¡Oh padre mio!

¿Cuál es el sacrificio que habeis hecho

En mi favor? El templo resonaba

Con himnos clamorosos; y aunque quiero

Indagar el motivo, me detienen,

Hasta que los ministros atropello

Que me estorban el paso; respondedme:

¿Por qué esta confusión? Decid ¿qué es esto?

CRICIAS.

Esto ha sido impedir que vieses, hijo,

De una triste muger el fin funesto,

Que se ha precipitado de esa roca;

En tu estado pudiera ser su exemplo

Causa de renovar tus aflicciones.

¿Y quién es?

NICANDRO *salta*

¡Ay de mí! ¡ya no hay remedio!

Sin duda ha perecido: ¡oh desdichada!

Pues ¿qué di, socorrerla no pudiéron?

NICANDRO: *obscuro*

Aun no lo sé, Aristipo: al duro golpe

De su caída el mar abrió rugiendo

La espalda cristalina; y arrastrando

En doble giro el delicado cuerpo;

Por dos veces luchando con las ondas,

Los remolinos de este golfo inmenso

La vuelven á la luz: los nadadores

Se arrojan por salvarla: yo pretendo

Antes que ellos lanzarme; pero todos

Se oponen, y sujetan mis esfuerzos.

¡Desventurada Safo!

obscuro

¿Qué proinuncias?

¿Safo es la que perece?... que á lo ménos

Muera Faon con ella.

CRICIAS.

¿Qué haces, hijo?

NICANDRO.
 ¿Tú eres Faon? ¡Ah bárbaro! mi acero
 Tomará en tí venganza de su muerte.

ARISTIPO.

Detente ¹, jóven.

FAON.

Ven; no me defiendó:
 Padre, no os opongais: yo soy un monstruo.

NICANDRO.

Déxame, sacerdote.

FAON.

He aquí mi seno.

ARISTIPO.

Insensatos, ¿qué haceis? Volved los ojos

A ese infelice miserable objeto.

ESCENA XII.

DICHOS, SAFO moribunda, conducida en un
 lecho de yerbas por los nadadores.

ARISTIPO.

Ved á qué extremo deplorable arrastran

De un criminal amor los devaneos.

NICANDRO.

¡Oh dioses ³! Aun respira...

1 Empuña la espada.

2 Deteniéndole.

3 Observándola.

FAON.

Que postrado

Pueda yo recibir su último aliento.

CRICIAS.

Hijo, repara ¹....

FAON.

Vos no sois mi padre;

Sois un hombre cruel, cuyo secreto

A su rencor sacrificó esta vida.

Por vos, manchado de un engaño horrendo,

He sido infiel, traydor, abominable:

Ve aquí el fruto fatal de los consejos,

De los mandatos vuestros, que me obligan

A ser testigo de mi oprobio eterno.

¡Oh Safo sin ventura ²! tú que hiciste

Mi corazón feliz en mejor tiempo,

Recibe de Faon ántes que mueras

El llanto que á tus pies derrama.

SAFO.

¡Cielos!....

NICANDRO.

Habla, oigamos.

SAFO.

¡Oh tú... sea, quien fueres...

Que has visto de mi muerte el triste exemplo,

1 Deteniéndole.

2 Arrodiándose inmediato á ella.

Publica que es.... supersticioso engaño....

Buscar aquí el olvido... pues yo muero....

Adorando á Faon... y hasta el sepulcro...!

Su imágen y mi amor conmigo llevo!

Concluye con una actitud propia de la situación.

Soy un hombre cruel, que he
A su amor sacrifico esta vida
Por vos, manchado de un engaño, he
He sido infiel, rayón, abominable
No es el furor fiero de los espantos
De los mandatos vuestros, que me obligan
A ser amigo de mi propio estado
; Oh! sólo en vuestro la que he
Mi corazón llevo en mi pecho
Recibe de Faon, que me
El llanto que á mi pecho

¡Cielos!

Que has visto de mi muerte el triste ejemplo

1. Desgraciado
2. Acabándose frías las

FLORINDA.

TRAGEDIA EN TRES ACTOS.

ACTORES.

RODRIGO, *Rey de los Godos.*

FLORINDA, *hija de Rodrigo.*

PELAYO, *primo de Rodrigo.*

TULGA, *tio de Florinda.*

EGERICO, *parcial del Obispo Opas, y confidente de Rodrigo.*

EL CONDE JULIAN, *padre de Florinda.*

TARIF, *General moro conquistador de España.*

Comparsas de Godos con Rodrigo y Pelayo.

De Moros con Tarif y el Conde Julian.

La escena es en Andalucía á orillas del rio Guadaléte. La accion empieza al amanecer, y concluye á media noche.

Decoracion de campo devastado por la guerra; donde estan los puestos avanzados de los Godos. De trecho en trecho se verán las centinelas de estos, armados unos con lanzas y otros con espadas. Cerca del proscenio se verán hogueras que van á extinguirse. Junto á una de ellas está Tulga y algunos soldados.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

TULGA. *Guerreros.*

TULGA.

Respiramos al fin, ilustres Godos;
 El alba alumbra, y dentro de sus tiendas
 Se esconde avergonzado el Africano.
 Siete veces del sol la luz primera
 Nos encontró formados en batalla,
 Y sin descanso la tenaz defensa
 De nuestra madre España, siete veces
 Iluminó con su fugaz carrera.
 Hoy no se atreve el bárbaro enemigo
 A volver al combate; su fiereza
 Cedió á nuestro valor desesperado.
 ¡Ah! Si hemos satisfecho las ofensas
 Que hicimos á un Dios justo, si el delito
 De Rodrigo perdona su clemencia,
 Y expia nuestras culpas la victoria,
 Que tanta sangre y tantas vidas cuesta;
 Sirva al comun desastre de consuelo
 La inmortal gloria que á los Godos queda
 De libertar á España; y si algún día
 El labrador, rompiendo de esta tierra
 El seno bienhechor, halle los restos

De los que fuéron ya por defenderla,
Lleno de gratitud, bañado en llanto,
Bendecirá su nombre hasta en la huesa.

ESCENA II.

DICHOS, PELAYO.

PELAYO.

Tulga, abrazad á vuestro fiel amigo,
Que vuelve vencedor de la soberbia
Del Sarraceno.

TULGA.

¡Oh Dios! Noble Pelayo,
Héroe de España, dime; ¿quál empresa
Consiguió tu valor?

PELAYO.

Que Tarif tiemble
Del nombre Godo dentro de sus tiendas.
Escucha: En las tinieblas silenciosas
De la pasada noche, á sus trincheras
Llegué con mil soldados escogidos,
Que aun la terrible muerte no amedrenta.
Observo el campamento, y advirtiendo
Que en él el sueño y el silencio reynan,
Animo á mis soldados, y á sus golpes
Espiran las contrarias centinelas;
Salto los fosos; rápido extermino

A quantos alarmados se despiertan,
 Y osados se me oponen: el estruendo es en el
 Con estrago feróz: la llama aumenta,
 Pues el campo incendiado por mis tropas
 Era un globo de fuego: el ayre pueblan.
 Dolientes alaridos: en tumulto
 Corren los Africanos, y acrecienta
 El confuso desórden su destrozo:
 Mis soldados destruyen con fiereza
 Los bárbaros Alaíbés, y dexando
 Poblada de cadáveres la tierra,
 Cansados de matar nos retiramos;
 Quedando entre las huestes agarenas
 La espantosa memoria de esta noche
 Para su confusión y su vergüenza.

TULGA: volví a su diuizano

Siempre mi corazon por tus hazañas
 Esperaba, Pelayó, que tuviera
 Libertad nuestra patria; pero dime,
 ¿Mi sobrina Florinda, esa belleza,
 Causa de nuestro daño, que ha seguido
 Con su padre las huestes safracenas,
 Ha perecido acaso en el estrago
 De esta noche de horror? Ah! cuánto anhela
 Mi corazon su muerte! ¿y su sangre
 Solo puede lavar de mi nobleza
 La mancha que mi honor ha mancillado
 Por la infame pasión, y ponida afrenta

Con que sació Rodrigo su apetito.
 ¡Oh con cuánto placer mi brazo hubiera
 Inmolado á Florinda, y mi deshonra
 Con mi venganza terminára en ella!

PELAYO.

Ignoro su destino.

TULGA.

¡Infeliz Tulga; ¿cómo
 Aun vives sin honor!

PELAYO *aparte*.

Callar es fuerza

Temiendo su rigor, que está Florinda
 Dentro del campamento prisionera
 En mi Real pabellon. Inútilmente (á él.)
 Te abates, Tulga; tu dolor modera.

TULGA.

¿Cómo puedo? Un traydor cubre de oprobio
 El nombre Godo por vengar su afrenta,
 Y destroza millares de inocentes,
 Sin que el culpable castigado sea.

PELAYO.

Pues qué ¿contra su Rey puede ninguno
 Satisfacer la personal ofensa
 De Florinda? Si tú....

TULGA.

Pese á mis años;
 Pese á mi honor y á la lealtad, que fuerza
 A tolerar su agravio al hombre ilustre;

Porque del Rey abaxo si otro fuera
 El ofensor.... ¡inútiles furoros!
 Florinda es mi sobrina, y pues la guerra
 Su fatal deshonor traxo á mi patria,
 Yo sabré perecer por defenderla.

PELAYO.

Admiro tu valor y tu heroismo ¹.
 Yo parto á ver al Rey, pues que se acerca
 Egerico, y sin duda mi tardanza
 Culpará ya Rodrigo: en paz te queda. (*vase.*)

TULGA.

Vuelva al pecho el dolor que me devora.
 Egerico.... ¡qué odiosa es su presencia
 A mis ojos! Las tropas del Obispo
 Opas dirige cauto en esta guerra;
 Yo de la lealtad dudo de un Prelado,
 Hermano de Witiza, que debiera
 No abandonar el templo del Eterno
 En la afliccion.... pero Egerico llega.

ESCENA III.

TULGA. EGERICO y *Godos.*

EGERICICO.

¿Tulga, qué haceis? Alborozado el campo
 Con ecos de placer el viento puebla.

¹ Mirando adentro.

Los valientes guerreros Españoles,
 Al ayre tremolando sus banderas,
 Repiten, viva nuestro Rey Rodrigo;
 Y quando celebrar el triunfo ordena,
 Y al lado de Pelayo entre el aplauso
 Al regocijo general se presta,
 ¿Vos faltais de su lado?

TULGA.

Sí; vos mismo
 El exemplo me dais; vuestra presencia,
 En tanto que yo animo á estos soldados
 Cansados de lidiar, mas útil fuera
 Al lado de Rodrigo.

EGERICO.

¿Por qué, Tulga?

TULGA.

Porque vuestra privanza os da licencia
 Para advertir al Rey, que no es el triunfo
 Seguro ni completo: no pelean
 Los Africanos hoy, pero no huyéron;
 ¿Querrán acaso abandonar la empresa?

EGERICO.

No, Tulga; á la conquista de la España
 Estan resueltos; conseguirla espera
 El valiente Tarif, que extender quiere
 La abominable ley de su profeta
 A costa de su sangre: vuestro hermano

Julian bien sabeis vos que en esta guerra
Es....

TULGA.

Callad, Egerico, mis oprobios;
Yo espero, de la patria en la defensa,
O vencer ó morir: contra mi sangre,
Contra mi honor combate mi nobleza.
¡Plegue á Dios que este exemplo de constancia
A los traydores sirva de vergüenza!

EGERICICO.

Opas tambien imita vuestro exemplo;
Pues olvidando las privadas quejas
Que tiene de Rodrigo, de Toledo
Dexó la silla episcopal desierta,
Trocando en lanza el pastoral cayado,
Convirtiendo en soldados sus ovejas.
Sus tropas tienen parte en la victoria,
Segura la juzgueis, ó no completa;
Pero por no gozar de los aplausos,
De Rodrigo lo aparta su modestia.

TULGA.

Egerico, volved, y el ministerio
Mas digno de su clase haced que vea
El Rey en él: decidle le aconseje,
Que el gran tesoro que al festejo apresta
Gaste en armar los valerosos Godos,
Para que defender su solio puedan.

vos mismo le podeis dar el consejo;
 Pues á este sitio con Pelayo llega;
 Que Opas y yo venimos á servirlo,
 Y no á dictar avisos al que reyna.

TULGA.
 ¡Infeliz Soberano el que no tiene
 Quien á decirle la verdad se atreva!

ESCENA IV.

DICHOS, RODRIGO, PELAYO, *Guerreros Godos.*

RODRIGO.

Ilustres Godos, pues el fiero Alarbe
 Escarmentado á nuestra vista tiembla,
 Celebremos el triunfo. Tulga, al punto
 Haz retirar tus gentes á sus tiendas,
 Adonde de la gloria de este dia
 El premio gocen que al valor le espera.

TULGA.

Dexad, Señor, que el bárbaro enemigo
 A nuestro campo las espaldas vuelva;
 Dexadlos que á lanzadas los arrojen
 Mis tropas de la España; recompensa
 Tendrán entónces en su propia gloria

I Mirando adentro.

Mas digna, y para vos mas duradera.

¿Quereis que dexen estas avanzadas

A discrecion del moro sin defensa?

¿Quereis....

EGERICO.

Tulga, escuchad: Si el Rey permite
Que mis soldados su custodia sean,
Los vuestros gozarán de sus favores,
Y aunque el peligro y la batalla cesa,
Alguna parte en tan heroyco empleo
Tendrán mis Toledanos.

RODRIGO.

Mal pudiera

Negar esa demanda á tus servicios.

Obedéceme, Tulga.

TULGA.

Mi nobleza

Siempre fue obedecer: Ved, Egerico,

El exemplo tambien que Tulga os dexa,

Y en este sitio pereced mil veces

Si es forzoso, lo mismo que yo hiciera ¹.

EGERICO *aparte*.

Logré mi intento.

PELAYO.

En retirar á Tulga

No sé, Rodrigo, si el descuido os ciega;

1 Váse con sus soldados.

Él fue nuestra muralla; sus soldados
 Rechazaron las huestes agarenas
 Léjos de nuestro campo; estos parages,
 En tanto que la noche dada treguas
 Al bélico furor, de él defendidos
 Aseguraban la ventaja nuestra;
 Sus guerreros tambien mejor armados....

RODRIGO.

Mas rebeldes dirás; pues aunque exerzan
 Al presente sus armas contra el moro,
 Jamas quiso entregarlas su soberbia
 A Witiza ni á mí: siempre escondidos
 De Asturias y Leon en las cavernas,
 Insultáron sus propios Soberanos,
 Sus espadas negando á la obediencia.

EGERICO.

Si á vos, Peláyo, desagrado os causa
 El favor que merezco ...

RODRIGO.

No; mas cierta
 Veneracion le tiene á ese caduco,
 Y hasta su misma obstinacion respeta.
 Siempre ensalza de Tulga las hazañas;
 Ningun guerrero habrá que le merezca
 Tan alta distincion, aunque otros muchos,
 Sin que en su sangre la traycion se vea,
 Mas dignos son.

PELAYO. ¿Por qué me acusáis?

No son tan virtuosos.

Entre Tulga y Julian ¿qué diferencia!

Julian venga su honor contra su patria,

Tulga defiende á quien causó su afrenta.

RODRIGO. ¿Qué quieres decir?

¿Qué profieres, Pelayo? ¿Cómo olvidas

Que es tu sangre y tu Rey á quien tu lengua

Osa acusar en público? ¿Tú apoyas

Los soñados agravios que fomenta

La que aspiraba al trono? ¿Esa Florinda

Que pretendió ceñir mi Real diadema?

¿Y podrás recordar....

PELAYO. ¿Qué me importa?

Vos sois, Rodrigo,

Quien primero el agravio me recuerda

De esa odiosa muger. Jamas mis labios

Sobre el funesto origen de esta guerra

Se abrieron al dolor. Rey poderoso,

Pues sabéis la lealtad y la inocencia

De un corazon; que ignora el artificio,

Perdonad generoso mi franqueza.

EGERICO. ¿Qué quieres decir?

De Pelayo no deben ofenderos

Los libres sentimientos que demuestra;

Es al fin Leones, y está educado

Léjos de la política que enseña

Vuestra brillante corte, y no es posible

Que desmentirse su carácter pueda.

No es carácter la patria; un alma noble

Que anima la Real sangre, su grandeza

Jamas humillar sabe al disimulo.

Respeto el parentesco que me eleva

Al favor de Rodrigo y mis deberes;

Con mi espada defendiendo en esta guerra

El trono de mi Rey; pero mi pecho

Esa falaz política detesta,

Pues solo en corazones corrompidos

Perpetuamente he visto que se alberga.

Basta.

Pelayo, si pensais acaso...

No mas que tú, Pelayo, pues te precias

De tener sangre mia, mas prudente

Procura reprimir esa fiera

Celebra tu victoria, y quando todos

Al regocijo general se entregan,

No turbes mi alborozo.

Yo no puedo

Recordar sin horror la lid tremenda;

Y para siempre he oido decir

Que el alma de mi Rey se entregó

A Pelayo, y a Egerico.

Que el alba vió nacer por siete veces;
 Que la noche envolvió con sus tinieblas,
 Y que vende tan caro el vencimiento.
 De mis amigos, de mi patria húmea
 La sangre en estos campos; son sus miembros,
 Sus cadáveres son los que se encuentran
 Sembrados en el polvo. ¿No habeis visto
 De los terribles Godos la fiereza
 Embotar los alfañges africanos
 En sus propias entrañas, y á las flechas
 Oponer sus valientes corazones
 Armados de furor, sin mas defensa?
 Su multitud triunfó desesperada,
 Pues de matar cansados á sus tiendas
 Volviéron los alarbes. ¡Ah! Rodrigo,
 Quántas serán las lágrimas que viertán
 La desolada huerfana, el anciano
 Que sus hijos perdió, la esposa tierna
 Que su viudez lamente y os acuse;
 Y si acaso Egilona nuestra Reyna,
 Cuya virtud adoran sus vasállos,
 Igual suerte el destino le reserva;
 Quál será su desgracia... me horrorizo...
 ¡Oh nunca, nunca en tal dolor se vea!

RODRIGO.

No me acuerdes, Pelayo, los estragos;
 Y para siempre de mi oído aleja
 Tan terribles imágenes; pensemos

En reparar piadosos las funestas
Desgracias que han sufrido mis vasallos,
Y demos á los héroes recompensa.

PELAYO.

De vuestro corazón es digno empleo
De los premios usar y la clemencia:
Sí; socorred, Señor, con vuestro amparo
Sus infortunios.

RODRIGO.

Ve, Pelayo, ordena
En mi nombre las gracias, los auxilios
Que la piedad te dicte, y haz que tengan
Socorro los heridos.

PELAYO.

Con qué gozo
Señor, parte á servir mi obediencia. (*vase.*)

ESCENA V.

RODRIGO, EGERICO.

RODRIGO, EGERICO, *Soldados.*

RODRIGO.

RODRIGO.

¡Oh cuánto mis enojos con Pelayo
Disimular á mi altivez le cuesta!
Ese traydor silencio con que oculta
Que Florinda por él fue prisionera
En la pasada noche, de mis iras
El reprimido mongibelo aumenta.

¿Cuál será su intencion? En reparar diademas

Desgracia que padeció EGERICO. Y de
Señor, la ignoro.

Quando llegó Pelayo á nuestras tiendas

Ví á Florinda llorosa, conducida

Por los feroces Godos con violencia:

Al pabellon llegaron de Pelayo,

En él los dos entraron, mi cautela

Vió su traycion, y, mi deber cumpliendo,

Mi lealtad os previene, os aconseja

Un sabio disimulo, y, en mi nombre

Que la piedad os aconseja

Ve, Egerico,

A Florinda conduce á mi presencia;

Arráncala del seno de su amante.

Señor, parte EGERICO.

¿Pues qué! ¿Pelayo?....

RODRIGO.

Amaba su belleza

Antes que yo la viese: si resiste

Usa todo el rigor de la violencia.

EGERICO.

Ya sabeis mi lealtad: Venid, soldados:

Tirano Rey tu destruccion se acerca.

Se traba RODRIGO.

¿Oh amor! ¿oh zelos, bárbaros, verdugos

En la pasada noche, de mis

¡ Aparte, y vase con los soldados.

De un triste corazón!... Florinda bellá,
 Yo te volveré á ver... ya el fuego activo,
 Que en mi amoroso pecho se conserva,
 Vuelve á excitar violento la esperanza:
 Bendigo los estragos de la guerra,
 Que á mi poder te vuelven, donde amante...?
 Pero ¿qué estoy diciendo? Amor... ¿qué espera
 Mi ceguedad de una muger altiva,
 A quien cubrí de oprobio y de vergüenza?
 ¿A quien la triste copa del deleyte
 Arranqué á su despecho con la fuerza?
 Ella me odiaba entónces; su himeneo
 Esperaba Pelayo, y mi violencia
 Rompió el lazo que amor les preparaba;
 ¡Ah si hubiese podido mi diadema
 De Florinda ceñir la hermosa frente,
 Ménos su ultraje y mi delito fuera!
 Mas no pude romper el yugo impío
 Que á Egilona me unió: son las cadenas
 De los Reyes sagradas y terribles,
 Porque Dios y la ley las hizo eternas.
 Sujeto á las pasiones un Monarca,
 Para gozar placer solo le resta
 Usar del despotismo, y las desdichas
 Siguen de sus deleytes la carrera.
 Pues bien; si no es posible conseguirlas,
 Sino á costa de estragos y violencias,
 Arrostrems por todo, y no á mis ojos

Un rival me arrebate la suprema
 Delicia del amor. Vuelva Florinda
 A mi poder; Pelayo se estremezca
 De mis enojos, y el que losado intente
 Oponerse á mis gustos, en la tierra
 Se confunda; y aprendan mis vasallos
 A respetar mis voluntades régias.

ESCENA VI.

RODRIGO, FLORINDA, EGERICO, Soldados.

FLORINDA á EGERICO.

¿Adónde me lleváis? ¡Cielos! ¿qué miro?

¡Ah mis ojos al fin vuelven á verla!

Él es. ¿Dónde me escondo? ¡oh Dios eterno!

Ya estás obedecido.

¡Oh cómo aterra!

Mi corazón su vista!

¿Qué pretendes?

Rodrigo de Florinda?

Sus ofensas

Reparar con mi amor.

FLORINDA.

Es imposible.

Tu sangre solo lavará mi afrenta.

RODRIGO.

En poder de un Monarca ¿así te atreves

A insultar su rigor, muger soberbia?

FLORINDA.

¿Qué puede ya temer de tí Florinda?

Tirano, ¿no la has hecho de la befa

Del orbe el triste objeto? ¿No has perdido

Por tu crimen su patria, sus riquezas, o gino

Su estado y su decoro? Ah cómo vivo,

Cómo vivo, inhumano, con la horrenda

Mancha del deshonor! Abominada

Del universo, odiada de la misma

Patria que me dió el ser, aborrecida

Aun de mi propia sangre, y sin que pueda

Entre bárbaras huestes de Africanos

A un Dios clemente dirigir mis quejas.

RODRIGO.

Infeliz, tu dolor ha enternecido

Mi amante corazón: no mas; serena

Tu desesperacion: en breve esperes

Que cesen los horrores de la guerra,

Y entónces, olvidando tus pesares,

En mi palacio...

RODRIGO.

FLORINDA: ¿Por qué me odias?

¡Oh cielos! nunca sea:

Jamás Florinda en su mansion horrible

Vuelva á gozar la pompa lisonjera

Con que cubre el poder su tiranía.

Mi juventud sencilla no vió en ella

El espantoso abismo que encubierto

Está para perder á la inocencia.

Allí deslumbrada el fausto; allí la envidia;

Se oculta con la máscara halagüeña;

De la santa virtud; y allí los vicios

Contigo en torno de tus solios

Reynan como en un templo vivo.

Basta de injurias: á borrar aspiro

Al presente la causa de tus quejas

Del universo, oh FLORINDA!

Yo siempre te abomino: le dió

Aun en tu propia boca

Y yo te adoro.

A un Dios como FLORINDA.

¡Oh qué exécrable amor!

RODRIGO: ¿Por qué me odias?

Con mi grandeza

Al fin te será grato.

FLORINDA: ¿Por qué me odias?

Aun este ultraje

A mi afligido corazón reservas?

¿No te sacias, cruel? ¿Tu tiranía

No está de mis desgracias satisfecha?
 ¿Aun quieres añadir á mi desdoro
 De tu favor la ignominiosa oferta?

RODRIGO.

Yo puedo reparar....

FLORINDA.

Ni tus tesoros,

Ni el brillante esplendor de tu diadema

Me puede compensar la desventura,

El llanto y la deshonra que me cuesta

Tu criminal amor. Lo perdí todo

Quando me envileciste: yo ántes era

Feliz con mi candor; era el consuelo

De un padre ilustre, de una madre tierna.

¿Cómo de tu mansion volví á sus brazos!

Me estremezco al pensarlo. Casi yerta

Mi moribunda madre me recibe

Penetrada de horror: su hora postrera

Apresuró mi involuntario crimen.

¿Eterno Dios!... Aun me parece verla

De su lecho alejarme, de mis labios

Su helada mano retirar severa,

Negarse á bendecirme en su agonía,

Y llevando al extremo su fiereza,

Sus ojos cadavéricos lanzaban

Sobre su infeliz hija las tremendas

Miradas de la muerte.... En mis oidos

Aun la espantosa imprecacion resuena,

Que sus lívidos labios pronunciaron...
 Vive, dixo, Florinda, vive, y sea
 Tu nombre abominado de las gentes,
 Mísera, ¡oh nunca yo te concibiera
 Para que me cubrieses de ignominia,
 Para que de tu padre la nobleza
 Por tu venganza manchen las trayciones!
 Vive, y que las edades venideras
 Como yo te maldigan.... Estas fuéron
 Las últimas palabras que su lengua
 Articuló.... ¡Ay de mí! Gran Dios perdona
 A mi madre en favor de mi inocencia;
 Y no cumplas severo lo que falta
 De su terrible imprecacion funesta.

RODRIGO.

Estoy horrorizado y confundido.
 ¡Ah Florinda, tus lágrimas modera!
 Yo cedo á tu dolor: ¿de mí qué quieres?

FLORINDA.

Que en libertad me dexes; que me vuelvas
 Al poder de Pelayo; en él confío;
 Él me ofreció un asilo; yo mi afrenta
 Pienso ocultar de todos con su amparo.

RODRIGO.

¿Y él aquí te conduxo con violencia?

FLORINDA.

Yo voluntariamente con él vine:
 En medio del estrago á sus pies puesta

Le supliqué.... (Vase.)

No más: ¡ah lo comprendo!

Un instante has podido, muger fiera,

Alucinar mi pecho con tu llanto.

Ola, Egerico; custodiada lleva

A mi Real pabellon á esa enemiga:

Que no la hable Pelayo ni la vea:

Yo en breve dispondré de su destino.

De mi furor ¹ y de mis zelos tiembla. (*vase.*)

ESCENA VII.

FLORINDA, EGERICO, *Soldados.*

FLORINDA.

Cruel, escucha.... En vano mis lamentos

Pretenden detenerlo. ¿A quién pudiera

Amar esta infeliz que has humillado?

¿De quién tus zelos son? No hay en la tierra

Ningun mortal que el nombre de Florinda

Oiga compadecido. ¡Ah! Si se encuentra ²

Piedad en vos, mis ruegos....

EGERICO.

Yo, señora,

Soy quien aspira á la venganza vuestra.

¹ A ella. ² A Egerico.

Opas, el noble Obispo de Toledo,
 Parcial de vuestro padre, á mi prudencia
 Debe todos los medios infalibles
 De arrancar á Rodrigo la diadema,
 Y de hacer que su sangre aborrecida
 Espie vuestro ultraje: no salieran
 Para vos de mi pecho estos arcanos
 Si ántes no hubiese visto la fiereza
 Con que habeis despreciado de Rodrigo
 El amor, el poder y las ofertas;
 Y así ordenad, señora, á vuestro agrado
 Quanto Egerico por serviros pueda.

FLORINDA *aparte.*

Este es otro traydor que sus maldades
 Encubre, pretextando que me venga.

EGERICO.

¿Qué resolveis, Florinda?

FLORINDA.

Conociendo
 Vuestra bondad, os pido que á la tienda
 Me volvais de Pelayo.

EGERICO.

No es posible

En eso obedeceros: las sospechas,
 Que á Rodrigo causara mi conducta,
 Sobre todas mis tropas recayeran;
 Y entónces se alejaba la venganza
 Que se va á consumir.

FLORINDA.

Pues que yo vea
A Pelayo os suplico.

EGERICO.

En complaceros
Se esforzará, señora, mi cautela;
Venid.

FLORINDA.

¡Oh Dios, en tanta desventura
Para cuándo la muerte me reservas! (*Se van.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

El teatro representa lo interior de la tienda de Rodrigo, magníficamente adornada. Gran trono á la derecha: puertas á los lados; y la principal en el foro. A la izquierda un sillón donde aparece sentada Florinda: mesa con insignias Reales de Rodrigo.

FLORINDA.

¡Infelice Florinda! ¡Con que es cierto
Que cercada de horrores y de estragos,
De Rodrigo ultrajada y perseguida,
Vuelves á su poder llena de espanto!

¡Ay! Es cierto; y tambien que por vengarme
 Una inmensa caterva de malvados
 Amancilla la gloria de la España,
 Vendiéndola á los fieros Africanos.
 Opas su Dios olvida; sus parciales
 Devoran de este Reyno desgraciado
 Las fértiles campiñas; y mi padre
 Ambicioso, soberbio y agraviado,
 Contra su misma patria, de la guerra
 La horrible llama enciende en estos campos.
 Y todos estos males con mi nombre
 Se fomentan ^r.... ¡Oh cielos! En llegando
 A pensar este cúmulo de horrores,
 Siento en mi corazon desesperado
 El furor del infierno.... ¡Qué venganza
 Tan vil pretenden darme! Ven, Pelayo,
 Ven á esconder á la infeliz Florinda
 De todo el universo; ven, en tanto
 Que Rodrigo celebra tu victoria,
 A ocultar mi exístencia, donde el astro
 Que ilumina la tierra aun no penetre
 Mi pavoroso asilo con sus rayos.

r Se levanta.

ESCENA II.

FLORINDA, PELAYO.

PELAYO.

Allí está.

FLORINDA.

¿Quién?... él es. ¡Oh Dios! respiro.

PELAYO.

A mi pesar, señora, hoy ha llegado
 El amor de Rodrigo á tal extremo,
 Que sin respeto á mi valor bizarro
 Con violencia os arranca de mi tienda;
 Yo pretendo vengar este atentado,
 Que amancilla mi honor, en el infame
 Que de vuestra beldad pudo informar:
 Decid quién es.

FLORINDA.

Lo ignoro; mas no es tiempo
 De inútiles venganzas; vuestro amparo
 Necesito; mas vos pensad prudente,
 Que el heroyco valor de vuestro brazo
 Se debe reservar para defensa
 De la abatida España.

PELAYO.

Pero en tanto
 Que mi esfuerzo y mi espada la defiende,
 No sufriré que exista el temerario

Que al Rey os descubrió: no; ni debiera
 Rodrigo las hazañas de Pelayo
 Compensar con insultos: él, cediendo
 A su pasión funesta, se ha olvidado
 De qual era el asilo que elegisteis
 En vuestros infortunios; mas mis labios
 Le darán á entender....

FLORINDA.

No; la discordia
 No verterá su tósigo inhúmano
 En vuestros corazones por mi culpa;
 Bastante sus furores sanguinarios
 Destrozan á la España por Florinda;
 No aumenteis mi desgracia y mis quebrantos.

PELAYO.

¡Ah! Florinda, mi patria.... Sí: yo cedo;
 En mi silencio quedará este agravio;
 Pero es en vuestro oprobio, es en el mio,
 Que en este pabellon esteis al lado
 De Rodrigo un momento.

FLORINDA.

Sí: mi fuga,
 Que es mi sola defensa, es la que aguardo
 Lograr por vuestro medio, y el consuelo
 Que espero conseguir: sepulte un claustro
 O una caverna ignota á los mortales
 Mi exêcrable exístencia. Con mi llanto,
 En medio del estruendo de las armas,

Os pedí esta merced; vos apiadado
 Ofrecisteis cumplir mi humilde ruego;
 Perdonad si me atrevo á renovarlo,
 Y que para obligaros, la memoria
 Os recuerde del tiempo afortunado
 Con que la suerte á vos me destinaba,
 En que ibais á texer el tierno lazo
 Para ser mi....

PELAYO.

No mas: en el olvido
 Ese tiempo se hundió, y el recordarlo
 Es renovar mi afrenta; es excitarme
 A que ofenda mi propio Soberano.
 Muerto para el amor, vivo á la gloria:
 De mi sensible pecho se borraron
 Las funestas, las débiles pasiones.
 Soy noble, soy leal, y ya en los campos
 De Marte asolador hice á la patria
 Sacrificio de todos mis cuidados.
 Ved pues, señora, si sabré cumpliros
 Lo que ofrecí las armas en la mano.

FLORINDA.

Si pensais que pudiéron mis desdichas
 Abatirme al extremo de rogáros
 Como amante....

PELAYO.

Ni vos ni yo debemos
 Pronunciar ese nombre: á mi cuidado

Queda haceros partir asegurada,
 Luego que el sol descienda al océano.
 A fuer de noble Godo mi promesa
 Os cumpliré, señora; vos en tanto
 Borrada de vuestro pecho la memoria
 De lo que fue por siempre.... pues el hado
 Separó eternamente con la infamia
 La suerte de Florinda y de Pelayo. (Se va.)

FLORINDA.

¡Cielos! ¿qué nueva especie de tormento
 Mi triste corazón ha penetrado
 Con su desprecio?... ¿qué dolor, qué rabia
 Es esta que me enciende? ¡ay! que ni el llanto
 Puede apagarla... En mis dolientes ojos
 Las fuentes del consuelo se agotaron.
 ¿Y no podré vengarme del perverso,
 Que en la signominia atroz me ha sepultado?
 ¿No podrán de Rodrigo, de ese monstruo
 El corazón romper mis propias manos?
 ¿No puedo ni aun morir?... Dios justiciero,
 De tu eterno poder descienda el rayo
 Que aniquile.... ¡ah!... yo siento las angustias
 De la muerte acosarme... ¡Sí... ha escuchado
 Mi plegaria el Criador... ¡Oh madre mía!...
 ¡Oh Rodrigo!... yo muero.... Cielos santo!

1 Quiere llorar, y no puede.

2 Queda desmayada en la silla.

ESCENA III.

TULGA *por la puerta del foro*, FLORINDA.

TULGA *sin verla*.

¡Qué profusión! ¡qué júbilo y desórden
 Reyna en el campamento! Los soldados
 Licenciosos se entregan al festejo
 Que el Monarca preside; y descuidando
 El peligro, que en torno de ellos vuela,
 Olvidan que á su frente el Africano
 Levanta la guadaña de la muerte,
 Que amenaza sus vidas. ¡Oh insensato
 Rodrigo! ve aquí el fruto de la pompa
 Con que elevar quisiste tu reynado.
 Ningun adulator estas verdades
 Se atreverá decirte; mas mi labio,
 De mi lealtad á impulso, en tus oídos
 Repetirá... ¡Gran Dios¹, qué estoy mirando!
 En este sitio una muger... ¿Es sueño?
 ¿Es ilusión?... No hay duda².... y al descanso
 Entregada parece.

FLORINDA *volviendo en sí*.

¡Ay infelice!

TULGA.

Cielos.... ¿qué voz?....

1 Viéndola. 2 Acercándose á ella.

FLORINDA.¹

Espera.... Oye, Pelayo².

¿Quién es?... ¿dónde me escondo?³

TULGA conociéndola.

Tú! ¡Florinda!

Oprobio de mi honor y de mis años⁴,

No huyas de mí.

FLORINDA.

Señor, ¡piedad.

TULGA.

Respondé,

Infame, á mis preguntas. ¿Quién te traxo

A este sitio?

FLORINDA.

Pelayo.

TULGA.

¿Qué profieres!

¿El otra vez te vuelves al vil estado

De tu prostitucion?

FLORINDA con *altivez*.

Nunca ese nombre

Mereció mi desgracia. Por su brazo

Salí de entre enemigos y traydores.

1 Levantándose.

2 Viendo á Tulga.

3 Quiere irse.

4 Deteniéndola.

TULGA.

Para ser de Rodrigo. ¿Y te ha ocultado
 Para ese fin de Tulga? ¿Y es el héroe
 Que defiende la España?

FLORINDA.

No ese agravio
 Hagas á su nobleza. Fué Egerico
 Quien por orden del Rey, atropellando
 Su pabellon...

TULGA.

No mas, Florinda; basta;
 Violencia, indignidad, todo lo alcanzo.
 Pero ¿piensas que puede sincerarte
 A la vista del mundo el atentado
 Con que tu honor envileció el Monarca?
 ¿No sabes que á la fuerza ni al engaño
 Dan crédito los hombres corrompidos?
 Y aunque le diesen; viendo desolado
 Este fértil Imperio por tu causa;
 Viéndote conducir los Africanos
 Contra tu misma patria; y finalmente,
 Mirándote volver entre el estrago
 Al poder de Rodrigo, ¿quién creyera
 Que inocente eras causa de los daños?

FLORINDA.

Lo soy; Dios es testigo...

TULGA.

No profanes

Con una falsedad su nombre santo.

Florinda, eres culpada: sí; recuerda

Que al entrar de Toledo en el palacio

A servir á la Reyna, mis consejos

Tu vanidad y orgullo despreciaron.

Desvanecida entónces, como hermosa,

Tu juventud lozana hundió en el fausto

La modestia, el candor y las virtudes,

Que tus padres y Tulga te enseñaron.

Este el origen fue de tu deshonra:

Tus brillantes adornos deslumbraon

Los ojos de Rodrigo, y tu hermosura,

Ese don que á la España cuesta tanto,

Encendió su pasion; era Monarca;

Tú jóven y orgullosa; desayrarlo

Fue irritar su poder; tu resistencia

Oponer á sus gustos era en vano:

Si humilló tu altivez, obró;

Como Rey, como amante despreciado.

FLORINDA

¡ Ah! De mi vanidad los extravíos:

No puedo disculpar; pero los cargos

Que me haceis de que vengan los Alarbes

Contra la España por mi culpa armados

Puedo satisfacer. Opás es solo,

Quien por vengar la muerte de su hermano,

A mi padre impelió para esta guerra,

Que aun es mas horrorosa que su agravio.

Yo solo le pedí que me sacase
 De la mansion odiosa, del palacio
 Donde sufrí mi afrenta; y sus trayciones
 Mayor motivo diéron á mi llanto.
 Él me arrastró consigo á esta campaña,
 Mi ultraje y su venganza publicando;
 Y esto es, señor, bastante á disculparme
 En vuestro corazón; porque los vanos
 Juicios del vulgo mi altivez desprecia:
 Si los hombres mordaces y malvados
 Califican la fuerza de mentira,
 Es porque en sus amores no gozaron
 El favor de mugeres de mi clase,
 Sino los desperdicios, los halagos
 De algunas hembras viles, licenciosas,
 Que el pudor de su sexô degradaron.

TULGA.

¡Qué altanero language en la ignominia!
 Ve aquí otro testimonio declarado
 De tu funesto orgullo; di, soberbia,
 Entre la multitud de tus quebrantos
 ¿No pudiste morir?

FLORINDA.

Con su desdicha
 Llega á ser inmortal el desgraciado.

TULGA.

No; tú no lo serás. De mi nobleza
 Sabré vengar la afrenta por mi mano,

Lavando ¹ con tu sangre mi deshonra.

Muere, infeliz ².

ESCENA IV.

DICHOS, RODRIGO, EGERICO, *Soldados*:

RODRIGO ³.
Detente, temerario:

Suelta, cruel.

FLORINDA.

Rodrigo, no le impidas

Que me dé muerte.

RODRIGO.

Dé furor me abraso.

¿Qué pretendéis los dos? Mirad, soberbios,

Que ya mi disimulo está cansado

De sufrir vuestra loca altanería.

TULGA.

Yo aspiro á que su sangre dexé intacto

Mi honor.

FLORINDA.

Yo á que la muerte mis tormentos

Acabe de una vez.

¹ Sacando un puñal.

² En ademan de hêrirla.

³ Deteniendo á Tulga, y quitándole el puñal, que guarda.

RODRIGO.

¿Y habeis pensado

Que mi poder tolere vuestras iras?

¿Que de Tulga consienta el desacato

En mi Real pabellon, casi á mis ojos?

Os engañais. Tu vida ¹ está en mi mano:

Solo Rodrigo es árbitro en la tierra

De tu suerte: la fuerza que le ha dado

El dominio feliz de tu hermosura

Sabr  con sus rigores conservarlo.

Egerico.

EGERICO.

Señor.

RODRIGO.

Lleva   Florinda

Al centro de esta tienda; y tus soldados

No la pierdan de vista un solo instante.

Obedece mis  rdenes.

FLORINDA.

Tirano,

Tú puedes ultrajarme; pero tiembla

La justicia de un Dios que ofendes tanto ².

¹ A Florinda.

² Egerico y los soldados se la llevan.

ESCENA V.

RODRIGO, TULGA.

RODRIGO.

Huye tú de mi vista.

TULGA.

Antes espero

Que me habeis de escuchar; pues colocado

Sobre el trono, las leyes os obligan

A que atendais las quejas del vasallo.

RODRIGO *aparte*.

¡Qué altivez! Pero debo mis enojos?

Disimular prudente, pues lo agravio.

¿Pretendes disculparte? (*á él.*)

TULGA.

No hay delito

En mi lealtad, señor, para intentarlo.

RODRIGO.

Está bien; habla.

TULGA.

Oid: aunque pudiera

Con viles sumisiones aplacaros

En vuestra injusta cólera, no saben

El arte de mentir, señor, mis labios.

Tampoco haré de mis servicios cuenta

Para fundar mis quejas; este anciano,

Aunque lleva en su pecho las señales

Que publican quien fue, y aunque en el campo.
De Marte envejeció, sabe que solo
Cumplió con los deberes de vasallo.
Pero sobre mi frente los laureles,
Que arranqué de las sienas del contrario,
Al golpe de una afrenta inesperada
Con eterno baldon se marchitaron.
¡Oxalá que en mi oprobio solamente
Siempre quedáran tan inmensos daños!
Pero la patria gime: vos, Rodrigo,
De vuestra ardiente juventud guiado,
Privasteis de las armas á los Godos;
Los funestos placeres enerváron
Su invencible valor, y de Witiza
Por nuestro mal séguisteis el reynado.
El cielo os avisó, quando la torre
De la imperial Toledo profanando,
Hallasteis en su centro pavoroso
El misterioso lienzo, en que pintados
Vimos la vez primera los alfanges,
Y el ademan feroz de los contrarios;
Vos visteis en extraños caractéres
De todos nuestros males el presagio.
Ya se cumple el funesto vaticinio
Que leyéron mis ojos con espanto:
Pues ¿cómo vos, testigo del portento,
Con que os previno Dios, tan descuidado
No habeis reconocido los semblantes

De los conquistadores Africanos?
 ¿Y cómo entre festines y delicias
 Volveis, á un vil amor abandonado,
 A buscar en Florinda los deleytes?
 Entrad en vos; quitad de vuestro lado
 La causa del delito; sí: entregadme
 Esa infeliz muger, y Soberano
 De vuestro corazón, haced que España
 Recobre su esplendor amancillado.
 Rendido ¹ á vuestras plantas os suplico
 Domeis vuestra pasion, y hasta lograrlo
 No me alzaré del suelo, donde humilde
 Vuestra virtud, vuestro valor reclamo.

RODRIGO.

Alza ²; no mas; ¡oh qué poder encierra
 La voz de la verdad! Cedo postrado
 A su luz celestial: dispon que luego
 Florinda partir pueda de mi campo,
 De tus fieles amigos escoltada,
 Adonde determine; pero en tanto
 Contra esa triste olvida tus rigores,
 Como me olvido yo de sus encantos.

TULGA.

Dexad que agradecido....

1 Se arrodilla. 2 Levantándolo.

ESCENA VI.

EDICHOS; EGERICO.

EGERICO.

Corre, Tulgá,

Corre á estorbar que logren tus soldados
Sembrar la sedicion entré las tropas;
Sin duda algun traydor pudo informarlos
De que Florindá se halla en esta tienda;
La nueva se difunde por el campo,
Y en pos de ella el motin se ha descubierto:
Los ménos atrevidos desertaron
De sus banderas, y á las armas corren
Sin subordinacion los mas osados.

RODRIGO.

Yo iré donde escarmienten mis enojos....

TULGÁ.

No os espongaís, Señor, á ser el blanco

De alguna vil trayción: ó indigna trama:

Yo con mi vista á confundirlos basto. (Se va.)

RODRIGO.

¡Oh generoso Tulgá!

EGERICO.

No comprendo

Por qué medios, Señor, ha serenado

La justa indignacion de vuestrás iras.

RODRIGO.

Por los de la virtud; que el hombre en vano
Se opone á su poder; si enteramente
Su corazon los vicios no domáron.
He resuelto, Egerico, que á Florinda
Tulga de mí separe en breve espacio.

EGERICICO.

¿Luego vos ignorais ¹?...

RODRIGO.

Calla ². ¿Qué anuncia
Ese marcial clarin?.. Pero Pelayo.

ESCENA VII.

DICHOS, PELAYO.

PELAYO.

Señor, Tarif en órden de batalla
Dispone con presteza sus soldados;
Y al tiempo mismo que lidiar previene,
De paz blanca bandera tremolando,
Se acerca á nuestras tiendas con su guardia,
Y en este sitio solicita hablaros.

EGERICICO *aparte*.

¿Qué escucho!

RODRIGO.

Ve al momento á conducirlo; I

I Suena un clarin. 2 Mirando adentro.

Y harás que nuestro ejército ordenado
Se prepare al combate, y que tus tropas
Mi Real persona asistan; que yo en tanto
Me prevengo á escucharlo sobre el trono,
De mis regias insignias adornado.

Entra Pelayo. PELAYO.

A obedeceros voy: *(Se va.)*

Entra Rodrigo. RODRIGO.

Tarif sin duda

Dispone abandonar luego su campo,
Debilitado ya con la victoria
Que consiguió la audacia de Pelayo;
Y para que mis tropas no persigan
Su retirada al mar, pedirá acaso
Tregua ó paz, que á negarle estoy resuelto.

Entra Egerico. EGERICO *aparte.*

Aquí de mi cautela. Si el contrario *(á él.)*
Abandona de España la conquista,
Ya de vuestro valor escarmentado,
¿Por qué de las delicias amorosas,
Monarca y vencedor, quereis privaros?
Vos ignorais que Tulga es quien propaga
La nueva que el motin ha originado.

RODRIGO.

¿Qué dices!

2.º. Miétras los siguientes versos se pone manto y corona; y toma el cetro de la mesa.

RODRIGO. EGERICO. ¿Qué me supieres? Y

La verdad; y si consiguen
 Con esta rebelion amedrentáros
 Las españolas huestes, ¡obteniendo
 Lo que anhelan, las armas en la mano,
 ¿Quién duda que en continnas sediciones
 Insulten vuestro solio; y que alentados
 Al ver que vos cedéis por este medio,
 Renovarán la ofensa á cada paso?

RODRIGO. ¿Qué me supieres?

Bien dices; tu política me enseña
 Lo que puedo esperar. Alucinado
 Por Tulga me engañé; no penetraba
 Que era el infame autor del desacato
 Egerico; dispon que en el instante
 Del campamento salgan sus soldados;
 Y con ellos su gefe artificioso
 Vaya de mi presencia desteñado
 Parte al punto.

EGERICO. ¿Qué me supieres?

De vos, Señor, es digna
 Resolución, que venga vuestro agravio
 Logré ¹ mi intento ².

RODRIGO.

Sí; que reconozca
 Ese Godo y sus viles aliados,

¹ Aparte al irse. ² Se va.

Que Rodrigo desprecia sus astucias
 Y su conspiración: quando humillado
 Tarif viene á buscarme, ya en mi pecho
 De la dulce esperanza brilla un rayo;
 Que á quien glorioso y vencedor se mira,
 No puede amor negarle sus halagos.

ESCENA VIII.

Suena marcha militar: Tarif con séquito de Africanos: Pelayo con guardias que cercan la escena: Rodrigo sentado en su trono.

TARIF.¹

En el nombre de Alá, salud desea
 A Rodrigo, Tarif; y lastimado
 De la espantosa suerte que previene
 Mi valor á tu Imperio, y tus vasallos,
 Antes que te destruya en el combate,
 Como el torrente asolador los campos,
 La paz vengo á ofrecerte generoso:
 Estos, para lograrla, son los pactos.
 Primero: que del hijo de Mahoma,
 Del Miramamolin, mi Soberano,
 Por el justo derecho de conquista
 Se declare este Reyno tributario.

1. Se sienta ántes de hablar.

Segundo: que la ley del gran Profeta
 Abrazarán los Godos voluntarios.
 Tercero: que con estas condiciones
 Del gobierno de España pase el mando
 A poder de los deudos de Witiza,
 Y Opas debe regirla, que es su hermano,
 Y último: que á Florinda has de entregarme,
 A quien su prisionera hizo Pelayo;
 Y dicen que tu amor ó tu capricho
 Por medio de la fuerza ha deshonrado;
 Para que al poder vuelta de su padre,
 No tengan mas pretexto los estragos.
 Si aceptas los partidos que te ofrezco,
 Sin efusion de sangre...

RODRIGO.

Sella el labio,
 Altanero Tarif: ¿qué propusieras
 Si fuera yo de tu soberbia esclavo?
 Jamas será la España tributaria
 Por mi causa de un déspota tirano:
 Ni en tiempo alguno esperes que los Godos
 Abandonen su Dios por ese falso
 Profeta que dictó tu secta impía.
 ¡Yo del poder supremo despojado
 Por precio de la paz! Jamas lo esperes.
 Afrentas son los exêcrables pactos
 Que á Rodrigo propones; tú debieras
 Estar en mi presencia avergonzado,

Pues siete veces en marcial combate
 Mis valerosos Godos te encerraron
 Dentro de tus trincheras á lanzadas.
 Di, ¿qué audacia te alienta, temerario,
 A insultarme? ¿Qué triunfo has conseguido
 Sobre los Españoles? Si el estrago
 De la pasada noche no te humilla,
 Ya en orden de combate están formados
 Mi ejército y el tuyo: á la batalla
 Ve á convocar tus viles aliados.
 Y di al traydor Julian, que si á Florinda
 Rodrigo pudo amar, fue por honrarlo;
 Y que si altivo espera recobrarla,
 No será con las armas en la mano.

TARIF.

Me agrada tu fiereza; tú eres digno
 De tener á Tarif por tu contrario.
 Mas cálmate, y escucha mis razones,
 Como yo tus denuestos he escuchado.
 Tú ignoras el peligro en que te hallas;
 Antes que el sol nos prive de sus rayos,
 Millares de aguerridos agarenos
 Lloverán de los montes inmediatos
 Sobre tus miserables esquadrones,
 Y en fuego y sangre nadará este campo.
 No el número excesivo de tus huestes
 Te asegure, Rodrigo; desarmados
 Estan por culpa tuya los leales,

Y en medio del tropel desordenado
 Infinitos traydores y ambiciosos
 Estan contra tu vida conspirando:
 Y entre tantos caudillos que te sirven,
 Solo, Rodrigo, tienes un Pelayo.
 Pues evita el combate y tu ruina;
 Aunque el cetro renuncies, yo á mi lado
 Te llevaré al Arabia, donde aprendás
 A conocer los hombres y á domarlos.
 Yo te ofrezco, si vences tus pasiones,
 Y si á mi arbitrio entregás tus estados,
 Que quien ahora te arranca la diadema,
 Algun dia te vuelva á gobernarlos;
 Quando digno de sér Monarca, sepas
 Tu Reyno defender como soldado.

RODRIGO I.

Aun te falta vencerme; entónçes puedo
 Disfrutar tus ofertas; pero en tanto
 Registra la campaña, y mira en ella
 Lo que has de contrastar. Esos soldados
 Solo de que defienden á su patria
 Se acuerdan en el choque sanguiinario;
 Tú los verás lidiar porque no sean
 Sus esposas, sus hijos, tus esclavos;
 Y verás el valor que les infunde
 El poderoso Dios de los Cristianos.
 Ni pienses que abatir los fuertes Godos
 Se levantan.

Es como esclavizar los Africanos.

Vuélvete, pues, al mar, si no pretendes
Que de tumba te sirvan estos campos.

TARIF.

No: yo fixaré en ellos mi dominio;
Tarif les ha ofrecido á sus soldados,
Que premien los tesoros de la España
Su invencible valor y sus trabajos;
Saben que esta conquista les promete
Los inmensos tesoros que no hallaron
De la abrasada Libia en las arenas;
Y porque su furor desesperado
Solo espere la muerte ó la victoria,
Por mi orden los baxeles se quemaron;
Que á estas ricas y fértiles riberas
De la africana costa nos pasaron.
No podemos huir: á nuestra espalda
Sus ondas nos presenta el océano;
Y así es fuerza romper por vuestros pechos
Para hallar el Imperio que buscamos.

RODRIGO.

Lo hallarás en la muerte: al arma toca¹;
Al combate, Tarif².

TARIF.

Rodrigo, al campo³.

1 A los suyos.

2 Se va con los Godos.

3 Se va con los Africanos.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

El teatro representa lo interior del campamento de los Godos; vista de la tienda de Rodrigo en el foro con puerta practicable; á la espalda de ella una colina, sobre la que hay una hoguera, que se verá arder á su tiempo.

EGERICO, Soldados que guarnecen las tiendas.

EGERICO.

Ve aquí la hora feliz en que se logre
De nuestra astucia el fruto, compañeros:
Trabada la batalla, ya se acerca
La ruina de Rodrigo; el campamento,
Que á mi guardia y la vuestra ha confiado,
Al valiente Julian entregaremos
Al punto que las sombras de la noche
Caygan de las montañas: el sangriento
Combate, que en seis horas de exterminio
Aun no cede al terror, en breve espero
Que ceda de una vez á la cautela,
Y eleve nuestra suerte; ya el momento
Se avecina de que Opas al contrario
Incorpore sus tropas: llegue luego
Este importante aviso, para hacerle

La señal convenida por los nuestros
 A Julian; él, oculto entre los montes
 Que ciñen este campo, conduciendo
 Ocho mil Africanos escogidos,
 Llegará á completar el vencimiento:
 Verémos sobre el trono colocado
 A Opas nuestro caudillo, y gozaremos
 De su grande poder las recompensas
 Que ofreció su justicia á nuestro esfuerzo.
 Cayga pues de su solio ese tirano
 Usurpador Rodrigo.... Mas ¿qué veo!
 Él viene hácia este sitio; el disimulo
 Cubra nuestra intencion, miéntras sabemos
 Por qué causa abandona la batalla.

ESCENA II.

DICHOS, RODRIGO.

EGERICO.

¿Adónde vais, Señor? Decid ¿qué es esto?

RODRIGO.

La traycion mas infame; la perfidia
 Mas horrorosa que los siglos viéron.
 El vil Opas con todos sus parciales,
 Que en el choque lidiaban los primeros

r Mirando adentro.

Contra los Africanos; abandona evanescentes
 Nuestra comun defensa; y revolviéndola
 Sus numerosas tropas las espadas
 Contra su misma patria; sus esfuerzos
 Unen á los Alarbes. ¡Oh malvados!
 En vano contra un crimen tan horrendo
 Pensais hollar la gloria de la España;
 Para hacerla triunfar basta mi acero.

EGERICO. ¡Oh vergüenza!
 ¡Oh vergüenza! Señor, ¡yo á vuestro lado
 Iré donde escarmiente!

RODRIGO. No pretendo
 Que me sigas.

EGERICO.

Si acaso sospechosa
 Puede ser mi lealtad...

RODRIGO.

Yo no sospecho
 Sino de la fortuna, ni confío
 Más que de mi valor en tanto riesgo;
 A este fin, Egerico, de mi carro
 En la batalla abandoné el gobierno;
 La tierra de cadáveres sembrada
 Sus acinados palpitantes miembros
 Retardaban el giro de las ruedas
 En el duro combate á mi despecho.
 Anda, Egerico, la acerada silla

Oprima las espaldas del ligero
 Orelia al punto, y su espumosa boca
 Ardiente tasque el reluciente freno,
 Que en él para animar á mis soldados
 A la batalla presuroso vuelo.

RODRIGO.

Voy, Señor, á servirlos. Que se aleje
 Conviene á mi cautela de este puesto.

RODRIGO.

¡Oh España! si mi brazo no te libra
 Del yugo de infame Sarraceno,
 No contará la fama que Rodrigo
 Sobrevivió á tu afrenta. ¡Amor funesto!

Tú eres de mi baldon el triste origen.
 ¡Ah! yo de tu pasión maldigo el fuego,
 Que mi gloria eclipsó.

FLORINDA *dentro de la tienda del foro.*

Dexádmelibre.

RODRIGO.

¡Qué voz hiere mi oído con su acento!

FLORINDA.

Aparte, y se va.

RODRIGO.

RODRIGO.

RODRIGO.

RODRIGO.

RODRIGO.

RODRIGO.

ESCENA III.

RODRIGO, FLORINDA á la puerta de la tienda;
los soldados la impiden que salga.

FLORINDA á los soldados.

¡Ah! no me detengais: dexad que vaya
A buscar una muerte que deseo.

RODRIGO á los soldados que se apartan.

Soldados, apartad; no se la impida
Que disfruten sus ojos el sangriento
Placer de la venganza.

FLORINDA.

¿Qué profieres?
Cruel, ¿de qué me acusas?

RODRIGO.

Del funesto
Destino de la España; tú eres causa
De mi desdicha y su baldon eterno:
Goza de tu traycion.

FLORINDA.

¡Solo este golpe
Faltaba á mi desgracia, santo cielo!

RODRIGO.

Sí, muger detestable; tu hermosura,
Que yo ciego adoraba, y ya aborrezco,
Es el fatal origen del estrago
Que destroza la patria; tu altanero

Desden y tu venganza abominable
 Diéron á los traydores el pretexto
 Para que conspirasen en su daño.
 ¡Ah! tarde lo conozco; pero al ménos
 Conseguiré morir en este dia,
 En que se ha roto al fin el triste vélo
 De mi infame pasión: muger nacida
 Por mi fatalidad, huye al momento
 De mi presencia: aléjate al instante
 De mi vista y dé todo el campamento:
 Ve á buscar entre infieles y traydores
 Un asilo seguro á tu perverso
 Rencor, miéntras Rodrigo en la campaña
 Opone su valor á tus deseos.

FLORINDA.

¡Hombre cruel!...

ESCENA IV.

DICHOS, EGERICO.

EGERICO!

Venid, Señor, ya queda
 Prevenido el caballo... Mas: ¿qué veo!
 ¿Florinda aquí? ¿Quién es el temerario
 Que, olvidando atrevido mis preceptos,

1 Repara en Florinda. 2 A los soldados.

La permite salir de la Real tienda y oírle.

RODRIGO. ¿Qué es lo que me dice?

Yo lo mandé, Egerico; y te prevengo,

Que si no se retira de mi campo,

En este mismo instante tus guerreros

La arrojen fuera de él con ignominia

A merced del contrario; porque viendo

Los valerosos Godos su abandono

Lidien en mi favor con más esfuerzo;

En tanto que yo, odiando su hermosura,

Que ahora me infunde horror, ira y desprecio,

Consigo en la defensa de la España

O vivir vencedor, ó quedar muerto. *(Se va.)*

ESCENA V.

EGERICO, FLORINDA.

FLORINDA.

FLORINDA.

(jes!

¡Qué escucho, eterno Dios! ¡Oh qué de ultra-

¡Ah monstruo de fiereza!

EGERICO.

En breve tiempo, Señora, llegará vuestra venganza.

Sabed que vuestro padre...

Mas los fuegos...

Que sobre los collados se descubren...

... A Mirando adentro.

Su llegada me anuncian. Compañeros ¹,
Alumbrad esa hoguera, que es su llama
La señal convenida ².

FLORINDA.

¡Qué oygo, cielos!
¿Vos á la confianza de Rodrigo
Faltareis? ¿Llegarán al campamento
Los contrarios? Traydor....

EGERICO.

A vos, Florinda,
Quando humillada os veis por el desprecio
Del Rey, no os corresponde darme un nombre,
Que por mis procederes no merezco.
Yo debí obligaciones á Witiza,
Que á Opas su hermano compensar pretendo:
Rodrigo es á mis ojos solamente
Un vil usurpador del solio regio;
Y á vos, que habeis sufrido su violencia,
(Si no fuisteis sensible á sus afectos)
No os toca motejar vuestra venganza.

FLORINDA.

¡Yo sensible á su amor! ¿Qué estais diciendo?
Jamás ha merecido ese tirano
De mí sino rencores y odio eterno.
De su postrer insulto sois testigo....
Bien decis.... mi venganza es mi deseo.

1 A los soldados. 2 Encienden la hoguera.

Sí: perezca Rodrigo entre el estrago;
 En su alcance volad; rompa su pecho
 Vuestra espada, Egerico; ante Florinda
 Arrastradlo á morir; que en sus tormentos
 Mi corazón se goce; que penetren
 Mis ojos las heridas de su seno;
 Que á mis plantas su infame sangre corra;
 Que sirva de tapete su sangriento
 Cadáver á mis pies; y en fin, que goce
 Del horror de sus últimos momentos.

EGERICO.

Esa gloria, Florinda, se reserva
 De vuestro padre al vengador acero;
 A él le toca; y si acaso la fortuna
 Hace que su valor no llegue á tiempo,
 La lanza de Tarif sabrá lograrla,
 O los corvos alfanges agarenos.

FLORINDA.

Pues qué; vuestra inacción...

EGERICO.

Yo de este sitio
 Ni un instante, señora, faltar debo.

FLORINDA.

¡Ah! quien vive de astucias y cautelas,
 Del general peligro siempre léjos,
 Como vos, se mantiene; pero Tulga
 En breve de mi honor y mi desprecio

Podrá lavar la afrenta con mi sangre ¹.

EGERICO.

¿Adónde vais, señora? Deteneos:

Tulga con sus parciales ha partido

Por orden del Monarca; y á Toledo

Antes de la batalla desterrado

Fue con todas sus tropas.

FLORINDA.

Ya comprendo,

Que en vano por salvar la triste España

Los valerosos Godos sus esfuerzos

Oponen á Tarif; les falta el brazo

Del invencible Tulga; ya perdiéron

Con él á los leales; y aun yo misma

De su justo rigor perdí el consuelo.

La muerte buscaré ².

EGERICO.

Ved....

FLORINDA.

Apartaos;

No me impidais que encuentre en el horrendo

Combate quien furioso ó compasivo

Acabe de mi vida el vilipendio.

EGERICO.

Mirad que vuestro padre.... Pero él llega ³;

1 Quiere irse; Egerico la detiene.

2 Quiere irse; Egerico la detiene.

3 Mirando adentro.

Pues que descubrió ya los Sarracenos
Penetrar por las tiendas.

FLORINDA.

¿Quién...? mi padre?

¡Oh Dios! ¿qué haré?

EGERICO.

Ya viene hácia este puesto.

ESCENA VI.

DICHOS, JULIAN, *Guerreros Moros con los
alfanges desnudos.*

JULIAN.

Africanos, séguidme; Amigo, hija,

A mis brazos llegad¹. El justo cielo

Cansado de sufrir la tiranía

A Tarif le concede el vencimiento.

Florinda, libre estás; si de Pelayo

Te reduxo al infame cautiverio

El valor insensato, ya tu padre

Logró romper tan vergonzosos hierros.

FLORINDA.

¡Ah, señor! mi destino....

JULIAN.

Se ha trocado

1 Se abrazan.

En suerte venturosa; pero debo
 Mi promesa cumplir ántes que todo.
 Egerico, á los fuertes Agarenos
 Que me siguen entréguese al instante
 La guardia y el botin del campamento:
 Ellos han completado mi venganza;
 A ellos debo mi honor; y en fin, son ellos
 Los que arrojando mares y peligros
 Desde el Africa ardiente me siguiéron
 A la fértil España, de mi afrenta
 Vengadores y fieles compañeros.
 Opas, á quien el trono justamente
 Le toca por legítimo derecho,
 Les pagará el tributo estipulado
 Por la entera conquista de este Reyno;
 Y yo que su favor y sus fatigas
 Les ofrecí tuviesen digno premio,
 Con los grandes tesoros de Rodrigo
 De mi oferta he logrado el cumplimiento.

EGERICO.
 ¿Sabeis si ha conseguido enteramente
 La victoria Tarif?

JULIAN.

Aunque el esfuerzo
 De Pelayo y de algunos atrevidos
 Disputan con furor el vencimiento,
 Perecerán en breve destrozados
 Entre el horror, la confusion y estruendo.

Desde esa cordillera, que domina
 El campo del combate, ví encubierto
 A Opas pasar con todós sus parciales,
 Al lado de Tarif; y revolviendo
 Sus armas contra el resto de los Godos,
 La suerte de la España decidiéron:
 La señal hice éntonces convenida,
 Y sin esperar mas, veloz desciendo
 Con mis tropas al valle; de esa hoguera
 Tu auxilio me confirma el raudo fuego;
 Y si aun del triunfo dudas...
 EGERICO. No mas, Conde;
 Esa noticia ahuyenta mis rezelos
 Africanos, y venid. Estos soldados
 Son mis parciales, y aliados vuestrós:
 Ellos no impedirán que la riqueza
 Quede en vuestró poder del campamento:
 El nombre de Florinda es contraseña
 Que os hará en todas partes conocerlos;
 Y el que no lo pronuncie, á nuestrós golpes,
 Sin dilacion ni excusa quede muerto.

1 Señalando á los Godos.

2 Se va con todos los comparsas y oyentes.

ESCENA VII.

JULIAN, FLORINDA.

FLORINDA.

Egerico, ¡escuchad: es y...

JULIAN. y...

¿Tú lo detienes?

FLORINDA. do...

¡Oh padre! ¡si supieseis los tormentos

Que mi afligido corazón destrozan!

JULIAN. le...

¡Qué escucho! Cuando todos mis deseos

Se logran, quando ves en este día

La destruccion completa del perverso

Que amancilló tu honor, ¡así abatida

Te entregas al dolor y al desconsuelo?

¿Qué es esto, hija querida?

FLORINDA. y...

Amado padre,

No puede resistir mi débil pecho

La imagen horrorosa del estrago,

Que por mi causa sufren sin remedio

Millares de inocentes; ni mi patria,

Ni los Godos jamás parte tuviéron

(En mis afrentas; fue Rodrigo impío

Quien me sumió en la infamia, y el soberbio

Quizá se salvará, quando perecen

Tantos míseros hoy por defenderlo.

JULIAN.

No lo esperes; Tarif me ha prometido
 Conducirlo á tus plantas vivo ó muerto:
 Si lo cumpliere, que Rodrigo sufra
 De tí la humillacion y el menosprecio;
 Insulta su poder y su soberbia,
 Y ante tus ojos el erguido; cuello
 En el polvo doblegue, hasta que espire
 Entre angustias mortales y tormentos:
 Abre tu corazón á la alegría
 Que te presenta el quadro lisonjero
 De la venganza; para siempre borra
 La compasion de tu sensible pecho;
 Y piensa que esos Godos, que te deben
 Tan inútil piedad, los mismos fuéron
 Que astutos motejaron tu deshonra,
 Haciéndote feroces el objeto
 Del escándalo público; los mismos
 Que de Egilona los rabiosos zelos
 Contra tí suscitaron, y que nunca
 Ni tu violencia ni dolor creyeron.
 Gózate en su exterminio; que yo entanto
 Voy á que en salvo al punto quede puesto
 El botin de las tiendas, porque acabe
 De consumirlas por mi mano el fuego. (Se va.)

FLORINDA.

Bien dice: ya no es tiempo de piedades;

Del rencor solamente el fatal eco
 Mi corazón escucha; sí; perezcan
 Esos viles esclavos, que tuvieron
 Lengua para ultrajar á una infelice,
 Y que cobardes en el choque fiero
 No salváron la gloria de su patria,
 Por estar desarmados como siervos.
 ¿Y he podido un instante de su suerte
 Compadecerme? ¡Oh rabia!... Me avergüenzo
 De mi debilidad; ¿No soy Florinda?
 ¿No soy la que afrentada... ¡Oh vil recuerdo
 De mi ignominia!... ¿Acaso á repararla
 Basta la destrucción de todo un Reyno?
 ¿Basta la sangre toda de los Godos
 Serviles, miserables? ¿Valen ellos
 Mas que mi agravio? No: pues si no pueden
 Sus vidas espiar mi vituperio,
 Al ménos que señalen con su muerte
 Mi venganza á la faz del universo.

ESCENA VIII.

FLORINDA, *después* PELAYO *con la espada*
desnuda.

PELAYO *dentro.*

Rodrigo.

FLORINDA: ¿Qué he escuchado!; Quién... Mi...

PELAYO: dentro. Rodrigo.

FLORINDA: Y que coplas... No es la voz de Pelayo?

PELAYO: saliendo. Oh vilipendio!

Desventurada España!... Patria mi abnegada! Adónde estás, Rodrigo?

Florinda, y vos aquí con los traydores! Florinda: Me admiráis...

¿Qué os admiráis, Pelayo? Si mis ruegos... Para que me alejarais de este sitio...

Fuéron vanos con vos. Me admiráis el veros...

Con vida, quando ya por vuestra causa... Religion, patria y Dios fenecieron.

FLORINDA.

Pues aun vive mi afrenta

PELAYO.

Sí; y eterna Será para serviros de tormento Con esta vil venganza.

FLORINDA.

¡Qué!... Pelayo!

PELAYO.

¡Oh Dios!... dexemos
 Vanas reconvenciones: si se alberga
 Algun resto de honor en vuestro pecho;
 Decid qual es la suerte de Rodrigo;
 Y si aun puede mi brazo socorrerlo,
 Esta espada....

FLORINDA.

Pelayo, reservadla,
 Para que acaso logre en mejor tiempo
 Recuperar la gloria de los Godos,
 Si son dignos algunos de teneros
 Por su caudillo; entónces mas valientes
 Recobrarán su patria; y si el deseo,
 Que á este sitio os conduce es la defensa
 De Rodrigo, sabed que ya habrá muerto

PELAYO.

¿Quién el bárbaro fue...

FLORINDA.

Fue mi venganza;
 Fue mi rencor, y en fin, los mismos fueron
 Que oprimió con su orgullo y tiranía.
 Si no quereis tambien que vuestro esfuerzo
 Víctima llegue á ser del Africano,
 Huid, Pelayo; huid del campamento,
 Pues sabeis las salidas mas ocultas;

1 Empieza el teatro á obscurecerse.

Y si alguno intentase deteneros
 Mi nombre pronunciad. Ya de la noche¹
 Las sombras se aveciñan; los momentos
 No perdais vanamente en este sitio;
 Y sabed que yo os libro de este riesgo,
 Por la grata memoria de que un día
 Tuvisteis el ilustre atrevimiento...
 De aspirar á que fuese vuestra esposa.

PELAYO.

Castiguen ese infame pensamiento
 Los cielos con su colera implacable
 En mi odiosa existencia; ya comprendo
 Vuestro horrible designio; ya descubro
 Vuestro falaz engaño, y me arrepiento
 De haberos compasivo conducido
 Adonde vuestros viles fingimientos
 Consiguieran su fin. ¡Oh qué insensato!
 Habeis alucinado con el velo
 De la santa virtud mi confianza:
 Quedad entre traydores y perversos,
 A quienes vuestro nombre abominable
 Sirve de vil señal; vivid con ellos
 Viendo la esclavitud de vuestra patria;
 Vivid, para que el bárbaro Agareno
 A vuestra vista imponga sus cadenas,
 Las vírgenes reduzca al vituperio,

Atropelle las leyes, y profane
 La inmunidad sagrada de los templos;
 Allí sereis testigo del ultraje
 De vuestro Dios; los frios monumentos
 De vuestros respetables ascendientes,
 Por vuestra infamia holladós con desprecio
 Serán del Africano, y levantando
 Sus pavorosas sombras el lamento
 De la venganza, acompañando el grito
 De la desolacion sus tristes ecos,
 Maldecirán el detestable nombre
 De la odiosa Florinda; y repitiendo
 Su imprecacion el orbe horrorizado
 Será eterna en los siglos venideros. (*Se va.*)

FLORINDA.

Esperad ¡ay de mí!... Pelayo, oidme.
 ¡Qué horrible maldicion! Yo me estremezco.
 Misera, ¡qué he escuchado! Sus palabras
 Para siempre destierran de mi pecho
 El bárbaro placer de la venganza:
 ¡Qué imágenes odiosas, qué funesto
 Quadro de la ignominia de mi nombre
 Sus voces á mi oído repitiéron!
 ¡Padre cruel! lograron vuestras iras
 Mi orgullo despertar por un momento;
 Llegué á vanagloriarme del estrago
 Causado por mi afrenta. ¡Qué horror, cielos!
 ¿Y lo habeis consentido? Ya Pelayo

Del atormentador remordimiento
 Dispertó en mí las implacables furias....
 Aniquilad piadoso, Dios eterno,
 Mi vida criminal, lanzad el rayo,
 Que en vuestra justa diestra está suspenso,
 Sobre mi delinquente vil orgullo,
 Que con loco teson pudo ofenderos;
 Y ántes que llegue á ver tantos horrores,
 Exterminad mi vida justiciero ¹.

ESCENA IX.

FLORINDA, TARIF, *Africanos con el manto,
 corona y puñal de Rodrigo; los alfanges
 desnudos.*

TARIF.
 Florinda.

FLORINDA.

¿Quién?... Tarif... ¡oh Dios!

TARIF.

Escucha:

Ya mis gloriosas armas consiguiéron
 El dominio de España; en vano ha sido
 Que opusieran los Godos sus esfuerzos
 Al valor de Tarif; sembrado el campo

¹ Queda apoyada al bastidor con abatimiento.

Queda de sus cadáveres sangrientos:
 He tenido presente tu venganza;
 En medio del horror mis Agarenos
 Aspiraban furiosos á dar muerte
 Al Monarca Rodrigo; él oprimiendo
 La fuerte espalda del fogoso Orelia;
 Ceñida la corona al duro yelmo,
 Prendido al hombro el manto salpicado
 Con la sangre africana, y el acero
 En ella enrojecido, la victoria
 Retardó á nuestras armas largo tiempo;
 Hasta que al verse solo, y acosado
 De nuestras fuertes lanzas, con despecho
 Se arranca y tira las insignias Reales,
 Los ijares desgarrando del ligero
 Bruto, y veloz del hondo Guadalete
 Saltar el cauce intenta; mas los muertos,
 Que amontonados con las rotas armas
 Engrosaban las ondas de su lecho,
 Hiciéron que el caballo generoso
 Sepultase en las aguas á su dueño.
 Sin duda ha perecido; y pues la suerte
 Impide que á tus plantas prisionero
 O muerto lo postrara, los despojos
 Altiya huella de su solio regio.

1 Arroja á sus pies el manto, corona y puñal de Rodrigo.

Así cumple Tarif con la palabra
 Que á tu padre le dió; y aunque los medios
 De su infame traycion y tu venganza
 Son viles á mis ojos, si por ellos
 La España he conquistado, y la ley santa
 Del gran Profeta en su confin extendo,
 Publicará la fama las victorias
 Que mis grandes hazañas consiguieron.
 Africanos, venid; pues solo falta
 Consumir y asolar el campamento ¹.

FLORINDA.

¡Ah, Florinda! ve ² aquí de tu venganza
 El suspirado; el exêcrable resto.
 Considera si pueden tus ultrajes
 Compensar estos débiles trofeos ³:
 Reflexiona; infeliz, el cruel language
 Con que un bárbaro muestra el menosprecio.
 Que la traycion merece: ¿y quién la causa?
 ¡Ay triste! ¿qué discurro? yo el funesto
 Orígen soy de tantas desventuras,
 De tanto estrago, horror y vilipendio.
 ¿Y estar podré inocente? No: mi orgullo,
 Mi vanidad acusan los lamentos
 De un pueblo desolado.... yo los oygo
 Mi nombre maldecir.... ya llegó el tiempo,

1 Se va con los suyos.

2 Señalando los despojos de Rodrigo.

3 El teatro está obscuro enteramente.

Madre cruel, de ver cumplida en todo
 Tu horrible imprecacion... ; oh Dios ¹! ; qué veo?
 ; Esa llama qué anuncia? Mi venganza....
 Mi bárbara venganza.... ; adónde, cielos,
 Me ocultaré?... ; Qué pretendéis vosotras,
 Errantes sombras, que á la luz del fuego
 Vuestras heridas me enseñais sangrientas,
 Me descubris los destrozados miembros?
 ; Qué pretendéis? Rodrigo fue la causa....
 Yo fui solo infeliz.... piedad.... teneos....
 ; Señalais sus despojos... su corona....
 Su manto enrojecido? Sí.... este acero ²
 Cobarde, con que Tulga enfurecido
 Penetrar quiso mi angustiado pecho,
 Es el que señalais; vuestros semblantes,
 De mortal palidez y horror cubiertos,
 Se animan á su vista: si: mi sangre
 Pedis con alaridos y lamentos....
 Sí.... la vereis correr. .. Muera Florinda
 Cuando perece España, y en el seno
 Del sepulcro su vida y su delito
 Hunda por siempre con oprobio eterno ³.

1 Se ve arder por todas partes el campamento.

2 Tomando el puñal.

3 Se hiere y cae.

ESCENA X.

FLORINDA *moribunda*, TARIF, JULIAN, EGERICO, *comparsa de Africanos, y parciales de Egerico.*

JULIAN.

Florinda, la venganza... ¡Oh Dios! ¿qué miro?
Socorredla ¹. Hija mia....

FLORINDA.

¡Oh qué tormento!
¡Ah traydor!... es mi padre.... Retiraos ²....
Por vos murió la patria... ¡Oh Dios!.. yo muero ³.

TARIF.

El crimen, la traycion y la venganza
Siempre tal recompensa merecieron.

1 A los comparsas que la levantan.

2 A su padre.

3 Espira.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

El teatro representa gran plaza de Bazano: el telon del foro será de varios edificios con un arco en medio, por cuyo hueco se verá en lontananza una de las puertas de la ciudad incendiada á su tiempo. Templo magnífico á la derecha con entrada practicable: en su inmediacion ancianos, mugeres y niños consternados.

Genaro en medio de ellos.

GENARO.

Elevemos á un Dios omnipotente
 Nuestros humildes ruegos. Si á la patria
 No pueden socorrer en su conflicto
 El débil sexô, ni la edad cansada,
 Los clamorosos votos al Eterno
 Imploren en favor de nuestras armas.
 ¡Oh tristes ciudadanos! ved el fruto
 De la guerra civil, de aquella infausta
 Discordia horrible que vosotros mismos
 Habeis fixado en la infelice Italia.
 Eternamente la ambicion y el odio
 Harán nacer el duelo y la desgracia;
 Y por siempre tambien los enemigos,
 A merced de tan tristes circunstancias,

Triunfarán de nosotros. Acciolino,
 Al frente de las huestes de Germania,
 Juró nuestro exterminio; ha conquistado
 Este fértil país, y las murallas
 De esta ciudad en vano á sus victorias
 Oponen el valor y la constancia.
 Oprimidos del odio y de la guerra,
 Asolados los campos, destrozadas
 Las invencibles tropas, ¡ay! en vano
 Queremos evitar nuestra desgracia.
 Dios solo puede hacerlo: entrad al templo
 En tanto que la suerte de las armas
 Fixa nuestro destino, y del asalto
 Sabemos el horror ó las ventajas ¹.

GENARO *solo*.

Todos temen la imágen espantosa
 De nuestra esclavitud; ansiosos claman
 La viuda triste, el huérfano, el anciano
 Que sus hijos perdió; sus hijos.... Blanca,
 Yo soy padre tambien, y tu peligro
 Me llena de terror: virtud, desgracia,
 Hermosura y valor son tus adornos.
 ¡Oh cuántas veces de mi edad anciana
 Apoyo fuiste, gloria y alegría!
 ¡Oh con cuánto placer te vi enlazada
 Al ilustre Bautista, ese guerrero,

1 El pueblo entra en el templo.

Que con su exemplo y su invencible espada
 Defiende en estos muros nuestras vidas!

¡Ah! si la suerte acaso me prepara:
 El dolor de perderos, si en vosotros
 Llego á ver sepultar mis esperanzas,
 ¿Para qué padre fui? Pero el estruendo
 Y el tropel pavoroso de las armas
 Se acerca hácia este sitio.

ESCENA-II.

GENARO, BAUTISTA, *Guerreros con la espada
 desnuda.*

GENARO.

¡Oh Dios! Bautista,
 ¿Adónde vas?

BAUTISTA.

A defender la patria,
 O perecer con ella.

GENARO.

¿Los contrarios
 Han vencido?

BAUTISTA.

Jamas; miéntras mi espada
 Desnuda brille, y mi furor la esgrima.

Ruido dentro.

De Acciolino las huestes rechazadas
 Dos veces, del asalto abandonaron
 La inaccesible empresa; avergonzada
 La altiva presuncion de ese caudillo,
 Viendo que sus esfuerzos se estrellaban
 En nuestra valerosa resistencia,
 Las máquinas previene; á las murallas
 Acerca los arietes destructores;
 Yo, dexando las puertas custodiadas,
 Voy á impedir que la invencion consiga
 Lo que el valor no pudo; nuestra saña
 Destrozará sus máquinas astutas,
 Y sobre los guerreros, cuya audacia
 Se atreva á conducir las, lanzarémos
 Mil géneros de muertes; dardos, lanzas,
 Fuego de combustion, enormes rocas,
 Desde los altos muros desplomadas,
 Sepultarán los bárbaros contrarios;
 Y al pie de nuestros muros su arrogancia,
 Su teson, y tambien nuestra victoria,
 Dexarán con su sangre señalada.

GENARO.

Todo de tí lo espero: mas mi hija,
 Tu esposa, ¿dónde está?

BAUTISTA.

Mi amada Blanca
 Cumple con su deber; lidia animosa,
 Infundiendo á las tropas su constancia.

A imitarla vólemos, compañeros;

Este es el día de salvar la patria ¹.

GENARO.

Espera.... Pero ¡oh Dios ²! aquellos golpes,

Que lejanos se escuchan, mi esperanza

Destruyen con el eco del espanto;

De los arietes son; á las murallas

Ya los pudo acercar el enemigo....

Tarde llegas, Bautista; tarde tratas

De impedir la ruina. Los cimientos

De nuestros edificios, ¡ay! las altas

Torres, y la soberbia arquitectura

De mi antiguo palacio contrastada

Veré temblar; y en breve á vista mia

El muro combatido por la saña

De la guerra feroz, á los impulsos

Del rigor cederá: siento exáltadas

Mis abatidas fuerzas por el riesgo.

1 Se va con los guerreros.

2 Golpes lejanos de tarde en tarde, que no impidan oír la representacion.

GENARO, BLANCA *armada*, *Guerreros de Bazano*.

GENARO.

¡Qué miro! Estos guerreros... ¡ah! mis plantas,
 Aunque lo impida el peso de los años,
 Los seguirán donde el valor me llama.
 Amigos, escuchad; al lado vuestro
 Conducidme al combate; mas la espalda ¹
 Me volveis.... Solo tú ² compadecido
 Contemplas mi dolor... ¿Te vas?... Aguarda...
 En vano los detengo; de un anciano
 El débil brazo, inútil á las armas,
 Excita su abandono. ¡Oh Dios eterno ³!
 Ante tu trono mis angustias claman
 En favor de este pueblo desdichado;
 Tu poder lo defienda; el hombre es nada
 Sin tu auxilio; y tú solo sus esfuerzos
 Puedes hacer triunfar de la desgracia.

1 Los comparsas hacen lo que dicen los versos.

2 A Blanca, que se detiene, hace un movimiento de dolor hácia su padre, y se va con los comparsas.

3 Se arrodilla en las gradas del templo.

ESCENA IV.

ALBERTO *con la espada desnuda*, GENARO, *que se levanta al verlo.*

ALBERTO.

Infelice Genaro, aquel caudillo,
Que á defender el muro se adelanta....

GENARO.

¿Quién es, Alberto? di.

ALBERTO.

No es necesario:

Ya es la ciudad despojo de la rabia
Del furioso Acciolino; y nuestros pechos
Son la sola defensa de la patria.
Ese ilustre guerrero, que ahora vuela
Adonde logre eternizar su fama,
El cuidado me encarga de tu vida;
Yo vengo á que encerrado en la sagrada
Mansion del templo evites el peligro;
Donde nunca Acciolino....

GENARO.

Alberto, calla.

Tu compasion me insulta, y el cuidado
De ese noble guerrero, ¡oh Dios! me infama.
¡Ah! ¿qué importa mi vida, quando todo
Perece en este dia? Si humillada
Esta ciudad, despojo miserable

Llega á ser de un tirano; si de Blanca
 La suerte ignoro, di, ¿qué habrá en el mundo
 Que me obligue á vivir?

ALBERTO.

Esa hija amada.

GENARO.

Llevame donde está.

ALBERTO.

No; que pudiera
 El riesgo de su padre intimidarla.
 Si en vano nuestros brazos se opusieren
 Al furor de las huestes de Germania,
 Yo te ofrezco salvar esa heroína
 Del general peligro; asegurada
 La conduciré al templo, y en tus brazos
 Llorareis juntos la comun desgracia.

GENARO.

Alberto, yo me rindo á tu promesa
 Y á la necesidad; socorre á Blanca,
 Y á este anciano infelice compadece,
 Que no tiene en la tierra otra esperanza ¹.

ALBERTO.

A mi valor ninguna ya le queda:
 Obstinados perecen con las armas
 En la mano mis fuertes compañeros.
 ¡Ah! si por mi prudencia se guiaran

¹ Se entra en el templo.

No venciera Acciolino con ardides ¹.
 Pero, ¡ó Dios, qué estoy viendo! Sí; las llamas
 Ya consumen las puertas, que dexáron
 Por defender el muro descuidadas:
 Cierta es la desventura; el humo, el fuego
 La destruccion anuncian; mas mi espada
 Impedirá....

ESCENA V.

*Se ven caer las puertas: ACCIOLINO, LEOPOLDO
 y sus tropas entran por ellas con las espadas
 desnudas, ALBERTO.*

ACCIOLINO.

Soldados, ya vencimos
 La obstinacion, la bárbara constancia
 De estos hombres feroces: que la muerte
 A ninguno perdone; de mi saña
 Sufran todo el rigor; ese atrevido ²
 Será la primer víctima.

ALBERTO.

Bien cara
 Os venderé mi vida.

LEOPOLDO *á los comparsas.*

Deteneos.

1 Se ven arder las puertas de la ciudad.

2 Señalando á Alberto.

Acciolino, ¿qué intentas? Tu venganza
 En estos infelices habitantes
 Te cubrirá de oprobio; derramada
 Su sangre, contra tí clamará al cielo;
 Perdona generoso.

ACCIOLINO.

¡Ah! que mi rabia
 Me recuerda los bárbaros estragos
 Que han sufrido mis huestes: la obstinada
 Resistencia que ha opuesto á mis esfuerzos
 La ciudad de Bazano, de mi gracia
 La hace indigna.

LEOPOLDO.

El ilustre Federico,
 Emperador glorioso de Germania,
 Tu Soberano y mio, á la clemencia
 Siempre inclinó su pecho; y esta mancha
 De crueldad, con que intentas que sus tropas
 Queden de la victoria avergonzadas,
 Te hará merecedor de su castigo.

ACCIOLINO.

Leopoldo, solo puede de mi fama
 El lustre contenerme. Ciudadano,
 Al pueblo haz entender, que si las armas
 Deponen á mis pies en el momento,
 Y á discrecion se rinden, aplacadas
 Mis iras quedarán.

A Alberto.

ALBERTO. *Alto.*

Voy al instante ¹.

Por si á Bautista oculto, y salvo á Blanca.

ESCENA VI.

ACCIOLINO, LEOPOLDO, *Guerreros.*

ACCIOLINO.

Leopoldo, que jamas en mis oídos

Penetren por tu voz las amenazas

Del supremo poder de Federico;

Bien sabes tú que á doblegar no bastan

Mi corazón el premio ni el castigo,

Y que el Emperador, mas de mi espada

Necesita, que yo de su corona.

LEOPOLDO.

Porque no manches tu victoria....

ACCIOLINO.

Basta.

Ya has visto mi piedad; pero no puedo

Perdonar de un guerrero la arrogancia

Que defiende los muros: ve al instante

A prenderlo ó matarlo; la nevada

Cimera del plumage, el roxo manto,

Y el pavor, mas que todo, que sus armas

1 El verso siguiente aparte al irse, y se va.

A mis huestes inspiran, lo distingue.

LEOPOLDO.

Para servirte corro á la muralla

ACCIOLINO.

¡Oh cuánto cuesta á mi valor altivo

La furia reprimir! toda mi saña

Se despierta á la voz de la obediencia.

¿Acciolino obedecé?... No; que manda;

Manda en un Soberano, que asegura

Su cetro en el impulso de esta espada;

En su ejército impera, y ya domina

En el vasto recinto de esta plaza,

Que inútilmente á mi rigor se opuso.

¡Pero no es este el templo en que de Blanca,

De la hija de Genaro, el himeneo

Se celebró en mi afrenta? No me engañan

Mis ojos: sí; aquí mismo de Bautista

Coronó con su mano la esperanza:

Y entónces yo ultrajado, aborrecido....

¡Ultrajado Acciolino, y no se baña

En sangre y exterminio! Al templo entremos;

Quantos sus vidas tienen resguardadas

En ese sacro asilo, á mis rencores

Víctimas de mi agravio fueran; cayga

Despues ese edificio desplomado

En polvo y destrucción hasta mis plantas.

Venid, soldados; ni la edad ni el sexô
 Cobarde, engañador, de nuestra rabia
 Se pueda libertar; será su tumba
 El mismo asilo que sus vidas guarda;
 Y el que fue monumento de mi ultraje,
 Trofeo venga á ser de mi venganza.

ESCENA VII.

DICHOS, GENARO *y pueblo á la puerta
 del templo.*

GENARO *al pueblo.*

Salgamos; que el estruendo.... mas ¡qué veo!
 Ya todo está perdido.

ACCIOLINO.

Él es: repara!

Miserable caduco, en Acciolino;
 Tiembla al ver el furor con que amenaza
 Tu exístencia: yo soy aquel amante
 Que despreció por tus consejos Blanca.
 Conóceme; ha llegado de vengarme
 La hora por mi rencor tan suspirada.

GENARO.

Y el momento feliz en que mi muerte
 Termine de una vez mi tolerancia.
 La vida me es odiosa; está perdida

I. A Genaro.

Para siempre la gloria de mi patria;
 No dilates el golpe; yo soy solo
 De tus agravios la primera causa;
 Pero perdona á un pueblo que inocente
 No mereció tus iras; no me espanta
 La vista del sepulcro, si le otorgas
 A mis últimos ruegos esta gracia.

ACCIOLINO.

¿Adónde está tu hija?

GENARO.

Yo lo ignoro:
 Quizá habrá perecido.

ACCIOLINO.

No me engaña
 Tu fingido dolor.... Pero ¹ ¿qué estruendo
 El combate renueva? ¿Quién la audacia
 Tiene de resistirme?

ESCENA VIII.

DICHOS, BLANCA *lidiando con* LEOPOLDO
y sus soldados.

LEOPOLDO.

Temerario,
 No te defiendas mas; dexa la espada;

¹ Ruido de armas dentro.

O si no mi valor ¹....

ACCIOLINO *interponiéndose.*

Tente, Leopoldo:

Respeto una deidad.

BLANCA.

¡Miserable Blanca!

Ya no hay remedio, padre.

GENARO.

Hija querida,

Ten presentes tu honor y tu constancia.

LEOPOLDO *confuso.*

Acciolino, mi engaño.... ¿Quién creyera

Que tan bizarra accion....

ACCIOLINO.

No digas nada;

Y admira como yo de su semblante

La hermosa magestad que excede á Palas².

¿Y eres tú la que opone tanto brio

Al invencible curso de mis armas?

BLANCA.

Yo defiando estos muros; nací en ellos,

Cumplo con el deber de ciudadana.

ACCIOLINO.

Y qué, ¿siempre enemiga de Acciolino

Serás á mi despecho? ¿No te basta

¹ Al golpe de Leopoldo cae el morrion de Blanca, dexándola descubierta.

² A Blanca.

Vencer mi corazón con tu hermosura,
 Sino que también quieres, inhumana,
 Que tu valor dispute mi victoria?
 No lo conseguirás, muger ingrata:
 Ese ademán guerrero, esa osadía,
 Ese sudor marcial, con que se baña
 Tu halagüeño semblante, me renueva
 Tu desprecio, y me acuerda mi venganza.

BLANCA.

Este es mi pecho; hiere.

ACCIOLINO.

Tu hermosura

Segura está del golpe de mi saña;
 Pero tu padre no, ni ese vil pueblo;
 Su altivo orgullo pertinaz, la osada
 Resistencia que hicieron á mis huestes
 No pueden espiar, si no derraman
 Su sangre ante mis ojos.

BLANCA.

No, Acciolino,

Te ciegues del furor que te arrebató.

Todos son inocentes é infelices;

Fieles á los deberes de la patria,

A su noble caudillo obedecieron;

Y si esta obligacion no les bastara,

De Bautista el exemplo....

ACCIOLINO.

¿Y tú te atreves

A proferir el nombre que me agravia?
¿Adónde está? ¿Qué es de él? ¿Respira acaso?

BLANCA.

Mi esposo existirá, pues vive Blanca.

ACCIOLINO.

Tu esposo.... ¿y tú le adoras?... ¿A qué espero?
Detestable Genaro, tú eres causa¹
De un amor que me ofende, y en tu vida...

BLANCA *interponiéndose.*

¡Ah! no, Acciolino; escúchame, repara
Que es mi padre ese anciano; si te ha sido
En algun tiempo mi memoria grata,
Perdónalo; no tiene en tu desayre
Culpa alguna....

GENARO.

¿Qué dices, insensata?

No te humilles por mí, ni tus extremos
El furor del tirano satisfagan.

ACCIOLINO.

¿Tú me insultas, osado²?

LEOPOLDO.

No se tiña

Tu ilustre acero con la sangre helada
De ese mísero anciano.

ACCIOLINO.

Yo....

1 En ademan de herirlo.

2 En ademan de herirlo; Leopoldo se interpone.

ESCENA IX.

DICHOS, ALBERTO y Guerreros de Bazano
desarmados.

ACCIOLINO.

¿Qué es esto?

ALBERTO.

Esto es, que confiando en tu palabra
De Bazano los nobles habitantes,
Y cediendo tambien á su desgracia,
A discrecion se rinden desarmados.
Concede á nuestra firme confianza
El honor y las vidas: ya perdimos
Nuestro caudillo, ¡ó Dios! de la muralla
Por defender las puertas del incendio
Se arrojó despechado, y su bizarra
Resolucion costándole la vida,
Con Bautista murió nuestra esperanza.

BLANCA.

¡Cielos, perdí á mi esposo! ¡Oh padre mio!

GENARO.

¡Oh dolor! ¡oh hija mia desgraciada!

ACCIOLINO *aparte*.

Ha llegado á su colmo mi ventura;

Ya no tengo rival, y desarmadas

1 Se apoya en los brazos de su padre.

Estan todas mis iras á la vista
 De este precioso llanto. Mi palabra ¹
 De vuestro honor y vidas el indulto,
 Os concede y confirma; sí; ya basta
 De estragos y de muertes. Tú, Genaro,
 Libre estás de mi enojo; goce Blanca
 Del paternal amor; vive tranquila,
 Muger tan admirable como ingrata;
 Y piensa que si pierdes un esposo;
 Te ofrece un héroe reparar su falta,

BLANCA:

Nunca será Acciolino.

GENARO.

Vamos, hija,

Que mas su piedad temo que su saña ².

ACCIOLINO:

¡Implacable Genaro! Pero al tiempo
 Cede la obstinacion. A las murallas ³
 Vuelve, Leopoldo; y haz que mis soldados
 Vigilantes en torno de esta plaza
 Aseguren el campo, de las puertas
 Reparen la ruina; y sin tardanza
 Que busquen el cadáver de Bautista,
 Y con fúnebre pompa, si se halla,
 Quiero que se sepulte en mi presencia,

1 A Alberto.

2 Se va con Blanca.

3 A Leopoldo.

Ve con Leopoldo tú¹, que de su infausta
Muerte has sido testigo.

ALBERTO *aparte.*

Mi cautela

Frustrará tus astucias inhumanas².

ACCIOLO.

Vosotros, habitantes de Bazano,

A ocupar volveréis vuestras moradas

En paz por mi piedad. En sus semblantes³

Su rencor implacable se retrata:

Yo los perdono, y ellos silenciosos

Ni mi clemencia ni mi nombre aclaman.

Pero si temen mi poder, ¿qué importa

El débil odio que en sus pechos guardan?

Aborrezcanme todos; solo aspiro

A conseguir la posesion de Blanca;

Y si el amor no basta á persuadirla,

La fuerza triunfará de su constancia⁴.

1 A Alberto.

2 Se va con Leopoldo.

3 El pueblo se retira con abatimiento.

4 Se va con sus soldados.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.ª

*El teatro representa la habitación de Blanca,
con puertas á los lados y en el foro.*

BLANCA, FELICIA.

FELICIA.

Moderá tu aflicción, amada Blanca,
Y no irriten tus quejas imprudentes
A un Dios, que te conserva para alivio
De tu mísero padre; si la muerte
Te arrebató en Bautista un fiel esposo,
Su fin ilustre tu dolor consuele.

BLANCA.

¡Ay Felicia! ¡ay amiga! yo le envidio
De la tumba el descanso; él para siempre
Reposa en el sepulcro, y yo abatida
Vivo para gemir eternamente.
La opresión de mi patria, de mi padre
El continuo peligro, y los crueles
Nombres de esclavitud y de violencia
Mi corazón aterran; si supieses
Que tiemblo por mi honor... ¡Oh cara amiga!
Mi estado y mis extremos compadece.
¿Quién me podrá salvar?

FELICIA.

Cielos ; qué escucho!

¿Y posible será? ¿Y hay quien intente

Ultrajar tu decoro, que respeta

Acciolino?

BLANCA.

¡Ay de mí! todo lo teme

Mi corazón de su piedad fingida.

FELICIA.

¿Qué dices? ¿su respeto es aparente?

¿Puede abrigar su pecho sanguinario

La llama del amor?

BLANCA.

Felicia, puede;

Y tú lo ignoras: los amables lazos

De amistad que nos unen tiernamente,

En el dichoso tiempo se formaron

De mi felicidad, quando yo alegre

De un padre y de un esposo idolátrada,

Hice envidiar mi venturosa suerte.

Escucha, fiel amiga, el triste origen

Del temor que en mí ves; ántes que uniese

Bautista su destino con el mio,

Me adoraba Acciolino vanamente;

Yo desprecié su afecto, y á Bautista

Mi mano y corazón le di por siempre.

Furioso y despechado del desayre,

De Bazano Acciolino partió en breve

A las costas del Asia; y en los campos
 De Palestina su furor ardiente
 El sagrado pendon de las Cruzadas
 Manchó con los excesos mas crueles.
 Bien sabes los desastres de esta guerra
 Que ha desolado al orbe; y bien presentes
 Las civiles discordias de la Italia
 Por nuestro daño en la memoria tienes:
 Mi esposo combatió tambien entónces;
 Jerusalem cobrada por dos veces;
 Debíó en parté al impulso de su espada
 El yugo sacudir de los Infieles:
 Obscureció la gloria de Acciolino,
 Y tan piadoso en fin, como valiente,
 Volvió Bautista á mis amantes brazos
 Cubierto de esplendor y de laureles.
 Voló el tiempo, borróse la memoria
 Del bárbaro Acciolino; quando al frente
 Le vimos de las tropas de Germania:
 Embiste nuestros muros, lidia, vence,
 Y se resuelve á ser de nuestras vidas
 El verdugo cruel; la infausta muerte
 De mi esposo modera sus rigorés;
 Pero nunca un tirano nos concede
 Perdon en su venganza, sino espera
 Sus fines conseguir mas fácilmente
 Por la astuta piedad y el disimulo
 ¡Ah! yo soy el objeto que merece

Tan triste distincion: mira, Felicia,
Si con causa mis lágrimas se vierten.

FELICIA.

Y á tí, que has arrostrado en estos muros
El semblante espantoso de la muerte
Con tanta intrepidez, ¿valor te falta
Para hacer que el tirano de tí tiemble?

BLANCA.

Tengo valor; mas temo la violencia,
Si no puedo morir antes que llegue.
Rezelo por mi padre.... Pero él entra ¹.

ESCENA II.

DICHAS, GENARO.

GENARO.

Somos felices, hija; esposo tienes.

BLANCA.

¡Ah señor! ¿qué decis?

GENARO.

Bautista vive.

BLANCA.

¡Oh placer! Que mis brazos ² os estrechen
Por nueva tan feliz. ¿Quién lo ha salvado?
¿Dónde mi esposo está? ¿Por qué no viene

1 Mirando adentro. 2 Lo abraza.

A calmar con su vista mis tormentos?

GENARO.

Blanca, el gozo modera, si no quieres

Exponerlo á las iras de Acciolino.

BLANCA.

Es verdad, padre mio; ¡oh qué imprudente

Es el placer de amor! Pero mis dudas....

GENARO.

Yo las satisfaré. Felicia, vete,

Y observa cuidadosa si el tirano

Viene á esta habitación.

FELICIA.

Ya te obedece

Mi amistad; que en el júbilo de Blanca

Bien sabes quanta parte mi fe tiene ¹.

ESCENA III.

GENARO, BLANCA.

GENARO.

Hija, espera un momento en este sitio ².

BLANCA *deteniéndolo.*

Pues ¿qué es esto, señor? ¿Qué? ¿De esta suerte?

Os vais, sin explicarme de mi esposo

El destino? Decidme....

¹ Se va por donde entró Genaro.

² Yendo hácia la puerta de la izquierda.

GENARO.

Muy en breve

A Bautista verás, y con su auxilio
Haremos que la patria se liberte ¹.

BLANCA.

Pero adonde.... Gran Dios ; qué es lo que miro!
De la lóbrega senda, que descende
Al fúnebre panteon de mi familia,
La puerta abrió ², y el eco sordamente
De sus huellas las bóvedas repiten.
Mi corazon palpita, y se sorprende
Entre el amor, el susto y la esperanza.
Mas ; por qué me acobardo? Si exístiese
Mi esposo en la morada de las sombras,
¿Pudiera yo un momento detenerme
En seguirlo? La duda me avergüenza;
Busquémoslo en el reyno de la muerte ³.

ESCENA IV.

BAUTISTA, BLANCA.

BAUTISTA.

Amada esposa.

¹ Se va por la izquierda.

² Se acerca á la puerta y observa.

³ En ademán de ir tras su padre; sale por la misma puerta Bautista.

BLANCA.

Él es; mi bien, Bautista,
Mi tierno esposo, dime ¿quién te vuelve
A mis brazos?

BAUTISTA.

El cielo, y las piedades
Del generoso Alberto; él cautamente
Me arrancó del combate, y sus cuidados
Ocultáron mi vida dentro de ese
Lóbrego panteon, donde reposan
Las sombras de mis nobles ascendientes:
En él furioso, sobre el mármol frio
Que conserva con rasgos indelebles
Su valor y sus nombres, he jurado
Libertar á la patria de ese aleve
Conquistador feroz; el juramento
Sus manes recibieron, y al hacerle
Sentí temblar las sepulcrales urnas,
Y sus heladas losas encenderse
Al fuego de mi voto. ¡Oh caras sombras
De virtud y heroismo, si os conmueve
La ignominia que oprime vuestra cuna,
Haced desde la bóveda celeste,
Donde habitais, que el Dios de la justicia
Salve á Bazano, y mi valor apruebe!

BLANCA.

Sí hará; pues te libró del exterminio
Para tan noble empresa, y en mi débil

Corazon afligido, con tu vista
 De nuevo el fuego del furor enciende.
 ¡Con qué placer para seguirte al riesgo
 Me cubrirán los bélicos arneses,
 Que á tu lado me hicieron invencible!
 Mi cortadora espada de la muerte
 Vendrá á ser la segur. Dime los medios
 Que á tan glorioso fin tu honor previene:
 Nómbrame los ilustres compañeros,
 Cuyo valor la libertad protege;
 Y en tu mano recibe el juramento,
 De que primero moriré mil veces,
 Que el tirano consiga con astucias
 Ni con la fuerza el triunfo que pretende.

BAUTISTA.

¿Cuál es, dime?

BLANCA.

Saciar de su apetito
 Los infames deseos; pues vilmente
 Con su amor criminal persigue, insulta
 Mi constancia y mi fe.

BAUTISTA.

Yo haré que tiemble
 Al nombre de Bautista: ese tirano
 Su atrevimiento vil llorará en breve.
 Aun la misma victoria, que lo alienta
 A que cubrirme de ignominia intente,
 Servirá á su escarmiento y mi venganza.

He aquí el instante ¹: ya Genaro vuelve.

ESCENA V.

DICHOS, GENARO, ALBERTO, *Nobles de Bazano por la puerta de la izquierda.*

GENARO.

Venid, nobles guerreros, y en presencia
De este ilustre caudillo ², cuya frente
Coronó la victoria en Palestina,
Y cuyo brazo nuestro honor defiende,
Disponed la venganza de Bazano:
A este fin os convoco ansiosamente.

BAUTISTA.

Gloriosos ciudadanos, compañeros
De mis victorias y mi triste suerte,
¿Con qué causa mas digna que el sagrado
Nombre de libertad, que tantas veces
Inflamó vuestros pechos y heroismo,
Os pudiera implorar? Ella padece
Dentro de nuestros muros; ella gime
Con la oprimida patria, si valientes
No rompen nuestros brazos las cadenas,
Con que abatidas yacen nuestras leyes.
La destruccion del barbaro Acciolino

1 Mirando á la puerta de la izquierda.

2 Señalando á Bautista.

Dispongamos briosos; si él perece,
 Nosotros somos libres; y la gloria
 Vivirá de Bazáno eternamente.
 No os intimide el nombre del malvado,
 Ni el poder de su ejército os arredre:
 Esos mismos soldados que le siguen,
 Esos que forman las soberbias huestes
 De la antigua Germania, se avergüenzan
 De la necesidad de obedecerle:
 Ellos miran un déspota inhumano
 Coronarse á su costa de laureles,
 Faltando á la piedad que Federico
 Su Emperador ilustre le previene:
 Ellos de su crueldad testigos fuéron
 En los campos del Asia; y si pudiesen
 Sin hollar la obediencia exterminarlo,
 Destrozarán el monstruo impunemente.
 A nosotros sin duda se reserva
 Esta gloriosa acción; pues que la muerte
 Perdonó nuestra vida en los combates,
 Tantas sombras heróicas é inocentes
 Intrépidos venguemos; á sus manes
 La sangre de Acciolino se les debe:
 Vertiéndola nosotros, restauramos
 La humanidad por su furor doliente,
 Y de un malvado libertando al orbe,
 La eterna fama nuestro nombre eleve.

BLANCA.

Y si acaso á la voz de la venganza
 Vuestras almas dudosas permanecen,
 Al eco del honor volverá el brio
 A inflamar vuestros pechos. ¿Quién no teme
 Ver ultrajar las tímidas doncellas?
 ¿Quién habrá que cobarde titubée
 A vista del peligro de su honra?
 Quando Acciolino á mi pudor se atreve
 Con voces amorosas, con ofertas,
 Que su infame apetito le sugiere,
 Temed por vuestras hijas al tirano;
 Temed que sus soldados no respeten
 Vuestras mismas esposas, y que un dia
 Pueda lograr la fuerza.... Me estremece
 Esta espantosa idea. ¡Oh ciudadanos,
 Ved en Blanca la víctima que quiere
 Inmolar Acciolino á sus deseos!
 Vuestro valor imploro; defendedme;
 Estorbad que en mi honor logre ese impío
 Marchitar de mi esposo los laureles.

ALBERTO.

No mas, Blanca; tu ruego nos agravia:
 Quando la patria y libertad padecen,
 El riesgo de tu honor no es necesario
 Para inflamar nuestro valor ardiente.
 Todos los que aquí ves hemos jurado
 Bañarnos en la sangre de ese aleve,

De ese infame Acciolino; solo falta
 Señalar sitio y hora. De la muerte
 A Bautista salváron mis cautelas,
 Para que en esta empresa nos gobierne.
 Vamos á conseguirla: habla, Genaro;
 Tu precepto esperamos solamente.

GENARO.

Este mismo palacio será el sitio
 Que le sirva de tumba; él por albergue
 Lo ha elegido en mi oprobio: en él perezca:
 La hora, amigos, será la en que celebre
 Con regocijos públicos su triunfo,
 Despues que el sol descienda al occidente:
 Las sombras de la noche protectoras
 Serán de nuestra hazaña; entre el alegre
 Tumulto del festin vuestras espadas
 Terminarán sus bárbaros deleytes.
 Halle su fin en medio del desórden
 El tirano sumido en sus placeres;
 En tanto vuestras armas cuidadosos
 Ocultad en el templo, y quando llegue
 La feliz ocasion de la venganza,
 Por esa misma bóveda valientes
 Entrareis á matarle; yo el aviso
 Llevaré al panteon.

ALBERTO *á los nobles.*

Amigos fieles ¹,

¹ Los nobles empuñan las espadas.

Empuñad las espadas cortadoras,
 En tanto que mis voces el solemne
 Juramento pronuncian. Sí; en tus manos ¹
 Recibe el homenaje que te ofrecen
 Conmigo estos guerreros: en su nombre
 Que perezca Acciolino te promete,
 Genaro, mi valor ²: acepta el voto,
 Dios eterno, y destruye á quien te ofende.

GENARO.

Él nos protegerá; y el que cobarde
 Desista de la empresa, ó la revele,
 Como infame perezca.

ESCENA VI.

DICHOS, FELICIA.

FELICIA.

Huye, Bautista.

Sin duda que Acciolino se previene
 A venir á este sitio: el movimiento
 De sus guardias lo anuncia; y si te viese,
 Todo estaba perdido.

BAUTISTA.

¿Y de qué sirve

1 Tomando una mano á Genaro, y la otra puesta en su espada.

2 Se apartan, soltando las espadas.

Una vida que á Blanca no defiende?

Venga, y tiemble á mi vista.

BLANCA.

¡Oh Dios! Esposo....

GENARO.

Bautista, no destruyas imprudente

La empresa á que aspiramos. Ve á ocultarte;

A tu esposa le basta que yo vele

A su lado; soy padre.

BAUTISTA.

Mas si acaso....

BLANCA.

Adorado Bautista, no rezeles;

Confia en mi valor. El puñal mira¹,

Que en las marciales lides tantas veces

Se bañó con la sangre del contrario;

Si el tirano intentase....

BAUTISTA.

Te comprende

Mi corazon; no mas: seguro parto

Al sagrado retiro.

GENARO á los nobles.

No os encuentre

A ninguno el malvado en este sitio.

A Bautista seguid, y no sospeche

Acciolino la empresa meditada.

1 Mostrándole un puñal, que vuelve á guardar.

ALBERTO.

Vamos.

BAUTISTA.

A Dios, esposa. ¿Tú enmudeces?

BLANCA *abrazándolo.*

Mis brazos te respondan.

BAUTISTA.

Tierna Blanca,

¡Qué feliz soy en ellos! ¡Ah! por siempre

A pesar de las iras de Acciolino

Este amoroso lazo se conserve ¹.

BLANCA.

No son bastantes, no, para romperlo

El poder, los rigores ni la muerte.

GENARO.

Retírate, hija mia, de este sitio ²;

Felicia, ve con ella ³. No conviene

Que Acciolino en su rostro las señales

De su ternura y conmocion leyese.

Enmudezca el rencor por un momento

Para hablar al tirano; pero él viene.

¹ Se va con Alberto y los nobles por donde entraron.

² Se va Blanca.

³ Se va Felicia.

ESCENA VII.

GENARO , ACCIOLINO , LEOPOLDO , *Guardias.*

ACCIOLINO.

¿Adónde Blanca está? Venga á mi vista:
Genaro, mis preceptos obedece.

GENARO.

Aunque nunca al lenguaje del orgullo
Respondió mi nobleza, pues lo quiere
La fortuna, que humilla mi constancia,
Es forzoso; Acciolino, responderte.
Blanca llora la muerte de un esposo,
A quien tierna adoraba; inútilmente
Con lágrimas su pérdida lamenta,
Cumpliendo con su amor y sus deberes.
Respeto su dolor; no tus rigores
Quieran en sus angustias complacerse;
Y pues su padre en soledad permite
Que gima su desgracia, no inclemente
Redobles con tu vista sus martirios.

ACCIOLINO.

¿Con que soy tan odioso á esa rebelde
Muger fiera y hermosa, que sus ojos
Aun mi presencia soportar no pueden?
Conozco quien la inspira ese desprecio
Del amor de Acciolino; sí; tú eres,
Implacable Genaro, quien su encono

Por tus rencores contra mí sostiene:
 Pero mi tolerancia está cansada
 De sufrir el teson cõñ que me ofendes.
 Tu vida está en mi mano; no me obligues
 A que de mis agravios me recuerde,
 Y se goce mi pecho en la venganza.
 Blanca será mi esposa; y si opusieres
 A mi amor tu fiereza, como esclava
 Sufrirá los rigores de su suerte.
 Ley será mi placer; la resistencia
 El rayo del poder la desvanece;
 Y yo, para abatir á quien me insulta,
 Tengo á mi arbitrio deshonor y muerte.

GENARO.

Si con morir el deshonor se evita,
 En vano me amenazas; quando llegue
 Mi fama á peligrar, Blanca á la tumba
 Descenderá conmigo; ella aborrece
 El amor de un despótico tirano,
 Tanto como su padre: en fin, si quieres,
 Que ceda el odio antiguo, y que algun dia
 Blanca te pueda amar, usa clemente
 De tu poder; procura en las virtudes
 Imitar á Bautista, y que tus sienes
 Jamas ciña el laurel enroxecido
 Con sangre de infelices inocentes.
 Entónces serás digno de la gloria
 De entrar en mi familia; entónces puedes

Tu ventura lograr, sin que Genaro
Del enlace á que aspiras se avergüence ¹.

ESCENA VIII.

LEOPOLDO, ACCIOLINO, *Guardias.*

ACCIOLINO.

Temerario caduco...

LEOPOLDO.

No, Acciolino,
Ultrajes á un anciano, á quien la suerte
Aun no puede humillar. El que infelice
En su desgracia con honor procede,
Debe ser á la vista de los hombres
Un objeto sagrado.

ACCIOLINO.

¿Tú te atreves
A defender su encono, que disfraza
Con el nombre de honor? ¿Cómo pretendes
Que permita se oponga á mis designios
Un esclavo insensato? Si el que vence,
No logra conseguir con la victoria
El reposo feliz de los placeres,
¿De qué le sirve el triunfo?

LEOPOLDO.

De que el orbe

¹ Se va por donde entró Acciolino.

Admire su valor; de que respeten
 Su memoria los siglos; tú, Acciolino,
 Debes hacerte amar: haz que no tiemblen
 A tu vista los nobles de Bazáno;
 Pues si por el rigor te obedecieren,
 Ni será tan gloriosa tu conquista,
 Ni acaso tan segura.

ACCIOLINO.

Inútilmente
 Para impedir el yugo de mis armas
 Lidiáron contra mí nobleza y plebe;
 Ya estan escarmentados; mas, Leopoldo,
 Tus consejos un medio me sugieren
 De asegurarme de ellos; ve al instante,
 Y harás que la nobleza se congregue
 Dentro de este palacio.

LEOPOLDO.

¿Y á qué efecto?

ACCIOLINO.
 Para que el sacro juramento presten
 De su fidelidad á Federico.
 Quiero en su augusto nombre concederles
 Una segura paz; si por su parte
 En mi enlace con Blanca consintieren.
 De su padre el encono será en vano,
 Si los nobles lo exígen; y á su suerte
 Servirá de garante este himeneo.

LEOPOLDO.

Complacido Leopoldo te obedece. (*Se va.*)

ACCIOLINO.

Ve, importuno; la augusta ceremonia
 Sellarán mis contrarios con la muerte,
 Si mi gusto contrastan: Sí; perezcan
 Todos los que intentaren oponerse
 Al poder de Acciolino; solo Blanca
 A saciar mi apetito se reserve.
 ¿Y partiré sin verla de este sitio....
 Sin hablarla?... Es preciso; no conviene
 Que un instante de amor, de la venganza
 Destruya los designios, quando en breve,
 Sin amparo, sin padre y sin esposo,
 Pondré fin á su vida ó sus desdenes ¹.

¹ Se va con los guardias.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

El teatro representa un salon magnífico de la casa de Genaro, iluminado, y adornado de varios trofeos, para celebrar la victoria de Acciolino. ACCIOLINO, Guardias.

ACCIOLINO á los guardias.

Valerosos amigos, la memoria
 De las grandes hazañas y trabajos
 Que habeis sufrido tengo bien presente;
 Sé que de la conquista de Bazáno,
 Derramar vuestra sangre á vista mia
 Es el premio fatal que habeis logrado.
 Yo quise que el botin y las riquezas
 De esta ciudad rebelde, á vuestros daños
 Fueran la recompensa; mas Leopoldo
 Se opuso con teson á mis mandatos.
 Sabeis que es su poder igual al mio,
 Y que el Emperador le ha confiado
 La suerte de la Italia, porque teme
 De mi valor los ímpetus bizarros:
 Yo lidio, y él gobierna; yo conquisto,
 Y él coge los despojos de mis lauros;
 Y en fin, yo por sus órdenes concedo
 La paz á los rebeldes sin premiaros.

Pero si no consienten que de Blanca
 Obtenga los favores con su mano,
 No gozarán jamas mis beneficios
 Estos fieros y altivos ciudadanos:
 A este fin los convoco; si resisten
 Mis preceptos, al punto los estragos
 Vuestro furor renueve; del pillage
 Y de la muerte vuelva á ser teatro
 Esta ciudad, sirviendo sus tesoros
 De justa recompensa á mis soldados;
 Pues quien tiene el derecho de las armas
 Aniquila al tenaz, desprecia al sabio¹.
 Pero Leopoldo....

ESCENA II.

DICHOS, LEOPOLDO.

LEOPOLDO.

Quedan, Acciolino,
 A este sitio los nobles convocados.
 Regocijado el pueblo con la nueva
 De la paz, que asegura por el sacro
 Juramento que prestan sus caudillos,
 Por la ciudad discurre alborozado,
 Aclamando tu nombre, y bendiciendo
 La piedad de mi augusto Soberano.

1 Mirando adentro.

¡Oh Acciolino! las jóvenes doncellas,
 Las madres, las esposas, los ancianos
 Al templo se encaminan, conduciendo
 Las prendas de su amor en su regazo.
 Allí postrado el pueblo, á Dios eleva
 De gratitud y gozo el tierno llanto,
 Y allí repite el inocente niño
 El eco fiel con balbuciente labio.
 Si los vieses; si oyeras los acentos
 Del general tropel regocijado
 Gritar „la paz llegó, somos felices.”
 ¡Ah! sin duda espectáculo tan grato
 Gozar te hiciera de un placer, que nunca
 Tu corazon guerrero ha penetrado.

ACCIOLINO.

Yo pudiera en la pública alegría
 Tener la mayor parte, si Genaro,
 Cediendo á mis deseos, me otorgase
 De Blanca bella el amoroso lazo.
 Pero su fiero orgullo... ya lo has visto,
 Leopoldo, y tú tambien lo has apoyado.

LEOPOLDO.

Te engañas: no desiendo sus rencores,
 Ni tu furor apruebo; los estragos
 De la guerra le toca á mi prudencia
 Prevenir, vuestras iras estorbando.
 Cumpló con mi deber, si lo executo;
 Pero dime, Acciolino, ¿quál encanto

Es el que de tu gloria así te aleja?
 ¿Es posible que amor con sus halagos
 El corazón seduzca de un guerrero
 Tan fuerte como tú? ¿Qué? ¿Sus engaños
 Pudiéron extender su poderío
 Sobre un ánimo heroyco, que en los campos
 De Marte....

ACCIOLINO.

En ellos fue donde su llama
 Renovó en este pecho desgraciado.
 Yo vi á Blanca, Leopoldo, en otro tiempo,
 Como una tierna flor, que desplegando
 Sus hojas al rocío de la aurora,
 Inspira un placer puro, dulce y grato,
 Pero no duradero ni temible;
 Y aunque por ella entónces despreciado,
 Mas que el amor se resintió el orgullo;
 Pues la débil terneza abandonando,
 Volé á buscar la gloria en los combates.
 Mas ¡ay! que del amor, el pecho humano
 Con la ferocidad no se liberta:
 Él postró mis furores sanguinarios
 Dentro de estas murallas; yo vi en ellas
 A Blanca destrozar con fuerte brazo
 Mis valientes guerreros: ¡ah! recuerda
 Su celestial belleza, su bizarro
 Adorno y marcial pompa; aquel semblante
 Que descubriste tú, quando saltando

Roto en mil partes el brillante yelmo,
 Presentó á nuestros ojos el encanto
 De una diosa en beldad: yo la vi entónces,
 Sin duda fue, Leopoldo, por mi daño,
 Digna de ser esposa de Acciolino;
 Su valor, su fiereza, el aparato
 Del acerado arnes, y hasta el cabello
 De polvo y sangre y de sudor bañado,
 Mi corazon rindiéron, no de amores,
 Sino de un nuevo ardor en que me abraso,
 Que mitigar no puedo, que consume
 Mi pecho con furor desesperado:
 Pero yo apagaré su horrible llama,
 A pesar del teson con que insensatos
 A mi poder se oponen; yo ¹.... Leopoldo,
 No temas, no serás tú el temerario.

LEOPOLDO.

Desconozco el temor; mas tus extremos
 Envilecerte pueden, pues acaso
 Logrará conducirte á ser impío
 Esa pasion funesta, degradando
 La gloria de un guerrero.

ACCIOLINO ².

No prosigas,
 Que á este sitio los nobles van llegando.

1 Leopoldo hace un extremo de admiracion; Acciolino vuelve sobre sí.

2 Mirando adentro.

ESCENA III.

DICHOS, ALBERTO, GENARO, *Nobles*
de Bazáno desarmados.

GENARO.

Ya tienes, Acciolino, en tu presencia
 Los valientes caudillos de Bazáno;
 Excusarles debieras generoso,
 Asistir al magnífico aparato
 Que anuncia tu victoria y su desgracia:
 La suerte de las armas no te ha dado
 Derecho de abusar de su infortunio;
 Permite que lamenten retirados
 La ruina de su patria, sin que sean
 Testigos de su afrenta en el palacio,
 Donde otra vez en mas felices tiempos
 Su grandeza y su gloria celebráron.

ACCIOLINO.

Cese tu obstinacion de seducirlos
 Con inútiles quejas; tú, Genaro,
 Ofendes mi piedad, y no contento
 Pretendes que me tengan por tirano.
 Ellos me juzgarán; yo solo aspiro
 A que de la paz gocen el descanso¹.
 Escuchadme vosotros; mis deseos

1 A Alberto y los nobles.

No son injustamente doblegaros
 Con la ley de la fuerza, ni tampoco
 En vuestra humillacion fundar mi aplauso.
 Pretendo que goceis las exênciones
 De vuestra libertad; yo de Bazáno
 Protegeré las leyes y el gobierno,
 Con que os hizo felices el Senado:
 Caudillo de las huestes de Germania
 Me hizo el Emperador, porque arrancando
 La discordia civil de vuestro suelo,
 Os ofrezca la paz baxo su amparo.
 Vuestra obstinada loca resistencia,
 Orígen del furor y los estragos,
 De su heroyca piedad os hace indignos:
 Pero si mi valor supo humillaros,
 Tambien sabe despues compadeceros.
 Jurad reconocer por Soberano
 Al grande Federico; él solo exíge
 Vuestra fidelidad, para dexaros
 Librementemente gozar de las ventajas
 De vuestros institutos; y en tu mano
 Hoy consiste, Genaro, se confirme
 En favor de tu patria este contrato.

GENARO.

¿De qué forma?

ACCIOLINO.

Otorgándome de Blanca

I A Genaro.

El enlace feliz; con este pacto,
 Que como vencedor exígir puedo,
 Y que para mi dicha ansioso aguardo,
 Conservaré los justos privilegios
 De vuestra libertad tan suspirados.

GENARO.

Te comprendo; mas sabe que á mi arbitrio
 No está su corazon para entregarlo:
 La voluntad, la inclinacion de Blanca
 Son libres; si consiente en este lazo,
 No se opondrá su padre.

ACCIOLINO.

Ve, Leopoldo,
 Condúcela á mi vista.

GENARO.

Sus quebrantos,
 Sus penas y su amor son muy recientes,
 Para que de su pecho el triste estado
 Te conceda la union, que tanto anhelas.

ACCIOLINO.

Obedece, Leopoldo, yo lo mando ¹.

¹ Vase Leopoldo.

ESCENA VI.

DICHOS, *ménos* LEOPOLDO.

GENARO.

Inútilmente del poder te vales;
Blanca, cubierta de dolor y llanto,
Desdeñará tu amor.

ALBERTO.

Piensa, Acciolino,
Que nosotros rendimos confiados
En tu nobleza las sangrientas armas;
Que prometiste entónces conservarnos
Honor, vida, riqueza y privilegios;
Y que este ofrecimiento tan sagrado
Fue del amor de Blanca independiente:
Si ahora altivo intentases quebrantarlo,
Expones tu poder y tu conquista:
Aun hay almas feroces, aun hay brazos,
Que opongan su valor á la violencia.

ACCIOLINO.

¿Dónde estan? ¿Quiénes son los temerarios,
Que no tiemblan al nombre de Acciolino?
¿Quiénes los miserables, que humillados
Por mi furor, se atreven á oponerse
A la ley de mi gusto? Dime, osado,
¿Eres tú?

ALBERTO.

Yo pudiera....

GENARO.

Alberto, calla;

Modérate, Acciolino; ¿qué logramos
 Con despertar el odio entre nosotros,
 La voluntad de Blanca disputando? ¹?
 Ella se acerca.

ACCIOLINO *aparte*.

¡Oh cielos! con su vista

Mis iras implacables se calmáron.

ESCENA V.

DICHOS, LEOPOLDO, BLANCA *vestida de negro*.

BLANCA.

¿Qué pretendes de mí? ¿Por qué, Acciolino,
 No respetas el tiempo mas amargo
 De mi espantosa soledad? ¡Ay triste!
 Las lágrimas mis penas consoláron
 Léjos de esta vil pompa, que celebra
 La muerte de un esposo que idolatro.
 Ah cruel! ¿y aun me privas de este alivio?
 No; déxame volver....

ACCIOLINO.

Deten el paso,

I Mirando adentro.

Muger fiera, y escucha. De tu patria
 La gloria ó la ruina está en tu mano:
 La paz, la libertad, que á concederla
 Dispuesto estoy por reparar sus daños,
 Tendrá efecto, si logro tu desgracia
 Desvanecer amante con el lazo
 De un feliz himeneo.

BLANCA.

¿Y que, Acciolino,
 Será mi eterno oprobio necesario
 Para tan noble accion?

ACCIOLINO.

¡Tu oprobio! ¿Cómo?

BLANCA.

Como si mi constancia á los halagos
 De tu pasion cediera, envilecida
 Blanca fuera por siempre: en el estado
 De mi inmensa afliccion; con el adorno
 Del luto y del dolor; y de mi llanto
 Mis tristes ojos aun enrojecidos,
 Por mi desgracia de llorar cansados;
 Y en fin, sin que al cadáver de mi esposo
 Se tributase el fúnebre aparato
 Debido á su valor; ¿pudiera Blanca
 Su memoria ultrajar en otros brazos?
 ¡Ah! no es posible; si mi amante pecho
 Fuera capaz tan pronto de olvidarlo,
 Yo con mis propias manos me arrancara

El corazon infiel; y destrozado
Sobre la helada tumba de mi esposo
Lo ofreciera á su sombra en holocausto.

ACCIOLINO.

Pues bien....

GENARO.

Oye, Acciolino. Dexa al tiempo

De conseguir tus ansias el cuidado:

Procede compasivo y generoso

Con el ilustre pueblo de Bazáno;

Harás con tu clemencia intercesores

Para el logro feliz de tus halagos

Sus mismos habitantes; y no dudes

Que de tu compasion movida acaso

Blanca....

ACCIOLINO.

Cesa, caduco miserable;

Yo no escucho consejos de un esclavo:

Ni tampoco de astucias femeniles

Me dexo seducir. Blanca, es en vano

Alucinar mi amor con esperanzas,

Mi dicha y mis placeres dilatando.

Resuelve en este instante ser mi esposa,

O entrego de la guerra á los estragos

Esta odiosa ciudad.

BLANCA.

¡Tu esposa! Nunca.

ACCIOLINO.

Yo abatiré tu orgullo. Ola ¹, soldados,
A la prision más fuerte de este alcázar
Conducid luego á Blanca y á Genaro.

BLANCA.

Cruel, no triunfarás de mi constancia.

ACCIOLINO.

La muerte de tu padre en breve espacio
Te obligará á ceder á mis deseos.

GENARO.

Nada importa mi vida. Blanca, vamos.

BLANCA.

¡Ah! que ella de mi honor es la defensa ².
Esperad. ¡Justo Dios! Oye ³, inhumano.
Si me concedes tiempo, yo....

ACCIOLINO.

Resuelve;

Aquí; en este momento.

ALBERTO á BLANCA.

No en tu daño

Te dexes humillar; todos los nobles,
A quienes tu valor ha libertado
Tantas veces la vida, en la defensa
De tu honor y la gloria de ese anciano
La perderán gustosos. Acciolino,

- 1 A los guardias que se acercan á Blanca y su padre.
- 2 Lo siguiente á los guardias.
- 3 A Acciolino.

El supremo Hacedor está cansado
De sufrir tus delitos; no provoques
Con la violencia....

ACCIOLINO.

Infame, sella el labio.

¿Quién eres tú? ¿Qué sois vosotros todos,
Para oponer al fuego en que me abraso
Vuestras débiles locas amenazas?
¿Cómo vuestra osadía llega á tanto,
Que insultais mi furor, quando á mi arbitrio
Estais en mi presencia desarmados?

ALBERTO.

La virtud ofendida nos da fuerza;
Nos da resolucion el falso trato
De tu perfidia; teme al justo cielo,
Él tiene ya los medios preparados
Para tu destruccion; sobre tu frente
Está de su poder suspenso el rayo.

ACCIOLINO.

Descienda, si se atreve á castigarme;
Acciolino lo insulta, y quiere en tanto
Triunfar de esa virtud feroz y débil.
¿Así olvidais que puedo aniquilaros?
Pagareis con la vida vuestra audacia.
Vuestros aceros esgrimid¹, soldados;
Sufran esos traydores á mi vista

1 A los guardias que desnudan las espadas.

La muerte que merecen.

LEOPOLDO.

¡Qué he escuchado!

BLANCA *interponiéndose.*

¡Ah! no: piedad.

ACCIOLINO *á los guardias.*

Obedecedme luego.

LEOPOLDO ¹.

¿Qué es lo que haceis, cobardes? Insensatos,
Suspended los aceros: no la infamia
Con esta horrible accion llegue á mancharlos.

¿Qué hazaña de ignominia y de vergüenza
Vais á exercer con estos ciudadanos?

¿No los veis indefensos y vencidos?

¿No sabeis que aquí fuéron convocados
Para jurar la paz y la concordia
En mi noble palabra confiados?

¿Pensais que yo tolere que á mi vista
Vuestro furor consiga asesinarlos?

No será, ni lo espero de vosotros;

Os conoce Leopoldo; avergonzados

Estais al escucharme ²: los aceros

Se reserven á empeño mas bizarro;

Y el amor de Acciolino no consiga

La fama obscurecer de sus soldados.

¹ Poniéndose delante de los nobles, y hablando á los guardias.

² Los guardias se retiran al foro.

ACCIOLINO.

Pues ¿cómo tú...

LEOPOLDO.

Yo soy quien de Germa nia

El militar honor tiene á su cargo.

Estas tropas que ves te obedecieron

En las marciales lides, en el campo

Donde el laurel glorioso disputaban

En favor de su augusto Soberano.

A este fin te siguieron valerosos

En los duros combates, y arrancaron

La discordia del seno de la Italia;

Pero no su obediencia degradarlos

Podrá para servirte de ministros

En las hazañas dignas de un tirano.

No te abandonarán en la campaña,

Pero sí en la ignominia; yo te salvo

De sufrirla, Acciolino, y de perderte,

Impidiendo este exceso sanguinario¹.

ACCIOLINO.

Yo basto solo á conseguir....

LEOPOLDO.

Te engañas:

Yo la virtud defendo.

ACCIOLINO².

Me faltaron:

1 Los guardias envaynan las espadas.

2 Aparte observando los guardias.

Estoy vendido; el disimulo importa
 Para evitar mi afrenta. Ciudadanos ¹,
 Me arrebató de mi pasión el fuego;
 Leopoldo, he conocido de tñ sabio
 Discurso la razón; ella me rinde;
 Comprendo ² la lealtad de los soldados,
 Que el honor me conservan; sed dichosos;
 Que el tiempo, de mi amor formará el lazo:
 Blanca, de mis rigores me arrepiento.
 Ilustres habitantes de Bazáno,
 ¿Jurais fidelidad á Federico,
 Sin otra condición, sin otro pacto,
 Que obedecer á su benigno imperio
 Para vivir felices?

ALBERTO.

Sí juramos.

ACCIOLINO.

Pues á vuestros pacíficos hogares
 Volved en libertad.

LEOPOLDO.

Mi Soberano

Os ampara; Acciolino lo confirma;
 Sed leales; ninguno tan osado
 Será que de sus órdenes se olvide,
 Para tener la audacia de insultaros.

ALBERTO á LEOPOLDO.

Mi gratitud recibe; y tú, Acciolino,

1 A los nobles. 2 Con intención.

Conservanos á Blanca y á Genaro;
 Pues sus virtudes siempre merecieron
 Nuestra veneracion. Amigos ¹, vamos.

ESCENA VII.

ACCIOLINO, LEOPOLDO, BLANCA, GENARO,
Guardias.

BLANCA.

Acciolino, ¿es verdad que tú cediendo....

ACCIOLINO.

Tu padre y tú sois libres: retiraos
 A vuestra habitacion; gozad en ella
 Los alivios que el tiempo fuere dando
 A vuestra desventura.

LEOPOLDO.

Y yo os ofrezco
 Velar continuamente en vuestro amparo.

GENARO.

¡Hombre de probidad!

BLANCA.

Hombre sensible,

Tú conservas mi honor en este anciano.
 ¡Oh Dios justo y clemente, recompensen
 Tus bendiciones su valor bizarro ²!

1 A los nobles, y se va con ellos.

2 Se va con su padre.

ESCENA VIII.

LEOPOLDO, ACCIOLINO, *Guardias.*

ACCIOLINO.

Tú me vendes, Leopoldo; me arrebatas
 De mi victoria el premio: ya has logrado
 Que me nieguen rebeldes la obediencia
 Las victoriosas tropas que yo mando;
 Las tropas que han debido sus conquistas
 Al esfuerzo invencible de mi brazo.
 ¡Oh furor! Completad ¹ vuestros insultos
 Contra Acciolino: ¿á qué esperais, malvados?
 Solo falta esgrimir vuestros aceros
 Para mi destruccion.

LEOPOLDO.

Extremos vanos,
 Que obscurecen tu gloria. Oye, Acciolino;
 Modera tu despecho; y del aplauso
 Tranquilo gozarás de tu victoria.

ACCIOLINO.

¡Ah! que desaparezca ese aparato
 Con que pensaba celebrar mi dicha;
 A su vista me siento avergonzado
 De mi débil poder: dexadme todos.

1 A los guardias.

LEOPOLDO *á los guardias.*

Venid; la soledad podrá calmarlo.
 Por mi parte os ordeno en el silencio
 Sepultar para siempre su atentado ¹.

ACCIOLINO.

¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Será posible?
 ¡Oh noche!.... los placeres, que esperaron
 Gozar en tus tinieblas mis deseos,
 ¿Son estos? ¿Y se atreven á estorbarlos
 Los mismos que debieran á mi vista
 De sumision, de horror estar temblando?
 Vil Leopoldo.... traydores.... ¿Quién os dixo,
 Que ostenteis en favor de esos esclavos
 La insubordinacion? ¡Oh Blanca, oh fiera!
 Por tu causa me encuentro abandonado;
 Por tu orgullo padezco estos ultrajes;
 Pues si en tí mi venganza satisfago,
 No me llames cruel: fui generoso,
 Quando rendido te ofrecí mi mano;
 Me despreciaste altiva... ¿á quién acuso
 De mi debilidad? Desengañado
 Ya, y ofendido por tu fiero padre,
 A gozar tus favores me preparo
 Con la ley de la fuerza. Sí; busquemos
 Para lograr mi intento los soldados
 Que siguiéron mi suerte en Palestina;

1 Se va con los guardias.

Ellos cumplirán fieles mis mandatos;
 Y ántes que de esta noche de ignominia
 Acabe el lento giro, entre mis brazos
 De la altivez de Blanca á su despecho
 Mi violencia y furor habrá triunfado. (*Se va.*)

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

*El teatro representa la habitacion de Blanca,
 en los mismos términos que el acto segundo.*

Luces en la escena.

BLANCA *sola.*

Aun no vuelve Felicia; y de mi pecho
 No calman un momento los pesares.
 ¿Qué intentará Acciolino? No es posible
 Que un tirano tolere sin vengarse
 La oposicion de la virtud sagrada:
 De Leopoldo ofendido, su desayre
 Dictar podrá al impío pensamientos
 Sanguinarios, atroces. ¡Ah! mi padre
 No logrará su intento; y si Acciolino
 Por mi desgracia acaso sospechase
 Que mi esposo respira.... si algun dia
 Fuese objeto infeliz de sus crueldades,

Yo.... ¡qué horror! Esta idea me estremece:
 No será; no, gran Dios; primero acabe
 Mi vida una y mil veces.... ¿Quién se acerca?!

ESCENA II.

BLANCA, FELICIA.

BLANCA.

Fiel amiga, ¿eres tú? ven á sacarme
 De mis terribles dudas. ¿Qué medita
 Acciolino? ¿El festin abominable
 De su triunfo celebra? ¿Ha sospechado
 Que aun existe mi esposo?

FELICIA.

Su cadáver
 Manda buscar al despuntar la aurora;
 Y á este fin presuroso sus parciales
 Fue á convocar, dexando enfurecido
 Orden de suspender en todas partes
 El público festejo de esta noche.
 Me informo de Leopoldo, pero en balde;
 En la vasta mansion de este palacio
 Reyna un triste silencio; no hubo nadie
 Que, sin temblar al verme, respondiese
 A mis indagaciones.

I. Mirando á la puerta del foro.

BLANCA.

Mas mi padre
¿Adónde está? ¿Los nobles ciudadanos
Y Alberto qué se hicieron?

FELICIA.

No te afanes
Inútilmente; acaso ya en el templo
La venganza concierta su corage;
Porque si la ocasion faltó esta noche,
En otras circunstancias pueda hallarse.
Yo espero en sus esfuerzos.

BLANCA.

¡Ah! Felicia;
Tú consolar pretendes mis pesares;
Pero mi corazon solo me anuncia
Horrores, infortunios y desastres.

FELICIA.

Desecha como indigno de tu pecho
El temor que tu espíritu combate;
Y si para calmar tus inquietudes
Te pudiese prestar seguridades,
Dispon de mi amistad.

BLANCA.

Confío en ella.
¿Tendrás valor?

FELICIA.

Dudarlo es agraviarme.
¿Qué puedo hacer por tí? Resuelve, manda.

BLANCA.

Pues arrostra animosa en el instante
De esa profunda bóveda las sombras;
Desciende entre el horror y obscuridades
Al panteon; si encuentras á mi esposo
En su lóbrego seno, él informarte
De Genaro podrá. Dile que ansiosa
Espero de su suerte asegurarme;
Dile que venga á mis amantes brazos
A consolar mi amor: ve, no dilates
Este alivio á mis penas... Pero aguarda ¹....
Amiga, no me atrevo á separarme
De tu lado un momento: iré contigo ².
Mas... ¿qué rumor?... escucha. ¡ Oh qué cobarde
Mi corazón palpita!

ESCENA III.

DICHAS, ACCIOLINO y *Guardias por la puerta
del foro.*

BLANCA.

¡ Oh Dios, qué veo!
Acciolino.... Felicia, no te apartes
De este lugar.

¹ Deteniendo á Felicia.

² Se encaminan á la izquierda; ruido dentro, y se detienen.

ACCIOLINO *á los guardias.*

Soldados, sin mi orden
No permitais que se introduzca nadie
En esta habitacion.

BLANCA:

¿Qué atrevimiento,
Acciolino, es el tuyo? ¿De qué nace
La osadía de entrar en este sitio,
Adonde gimo en soledad los males
Que causa tu rencor?

ACCIOLINO:

Quedemos solos ¹

BLANCA:

¿Qué profieres? ¿Intentas insultarme
Impunemente? Amiga, no te vayas.

ACCIOLINO:

Retírate, muger, sin obligarme
A que use del rigor ².

BLANCA:

¡Cielos! Felicia....

¿Dónde.... dónde?

FELICIA *aparte.*

Busquemos quien la ampare ³.

¹ Los guardias se retiran enteramente.

² Felicia se encamina á la puerta de la izquierda.

³ Se va por la izquierda.

ESCENA IV.

ACCIOLINO, BLANCA.

BLANCA.

La fuga me valdrá ¹.ACCIOLINO ².

¿Y adónde piensas
Segura estar de un poderoso amante?

BLANCA.

¡Oh Dios! defiende mi inocencia.

ACCIOLINO.

Escucha.

No vengo, aunque ofendido, á lamentarme
De tu fiero desden, porque Acciolino
Ignora de las quejas el language;
Tampoco á recordar la preferencia,
Con que te complaciste en mi desayre,
Elegiendo á Bautista por esposo;
Pues no consiguió entónces agraviarme
Como muger tu femenil capricho:
Mas, como vencedor, quiero el ultraje
Vengar con que una débil prisionera
Se atreve á mi poder para insultarme.
Tú has despreciado en público, insensata,
La oferta de mi mano y mis piedades;

1 Quiere irse. 2 Deteniéndola.

Tú preferiste que tu patria fuese
 Objeto de mis iras, al enlace
 Con que yo, degradando mi grandeza,
 Olvidé mis rencores para honrarte.
 Por tu obstinada resistencia he visto
 Mi clemencia ofendida por tu padre;
 He sufrido las necias amenazas
 De tus conciudadanos miserables;
 Y en fin, he tolerado que Leopoldo,
 Protegiendo su audacia, rebelase
 Contra mí la obediencia de las tropas
 Que siguiéron mi suerte en los combates.
 De mi bondad estoy avergonzado;
 Mis continuos agravios son tan grandes,
 Que con la posesion de tu hermosura
 Apenas lograrán recompensarse.
 A ella aspiro: resuelto á conseguirla
 Estoy como enemigo ó como amante;
 Entre la fuerza y el amor elige
 Cómo tu corazon has de entregarme.

BLANCA.

Tirano.... Mas ¹ ; qué digo! yo me pierdo
 Si excito su furor. Dexa ² que extrañe,
 Acciolino, los medios afrentosos,
 Y el injusto rigor de que te vales.
 ¿Quién te ha dicho que pueden con la fuerza

1 Aparte lo que sigue.

2 Sigue hablando con Acciolino.

Las almas generosas conquistarse?
 La violencia en amor confirma el odio:
 El rendimiento....

ACCIOLINO.

El mio ha sido en balde.
 Preferiste á Bautista.

BLANCA.

Tú conoces
 Que un femenil capricho es despreciable.

ACCIOLINO.

Lo dixé, y lo confirmo; pero entónces
 Tu beldad, tu candor pudo inspirarme
 Un sentimiento débil; no eras digna
 De seguir á Acciolino en los combates.
 Te olvidé como hermosa en breve tiempo;
 Pero despues te he visto en las marciales
 Campañas del honor, y tu heroismo
 De nuevo ha conseguido que se inflame
 Mi corazon por tí; si depusieras
 El teson con que intentas despreciarme,
 Los dos unidos la feroz Germania
 Temblara nuestros nombres formidables.
 La ciudad de Bazano su grandeza
 Cobrara y su esplendor; y el mismo Marte
 Ornara nuestras sienas victoriosas
 De palmas y laureles inmortales.
 ¡Oh Blanca! si el aspecto lisonjéro
 De la pompa marcial puede obligarte,

Cede á mi amor, sí, cede á la fortuna
 De hacer felices estos habitantes.
 ¿Por qué has de desdeñar al lado mio
 De la fortuna infiel vivir triunfante?

BLANCA.

Porque no me permite mi decoro,
 Que tan pronto mi fe pueda entregarse
 A quien causó la muerte de mi esposo,
 Y á quien para rendirme al fin se vale
 De la violencia, y no de la ternura.

ACCIOLINO.

Mi corazon desdeña ese language
 Impropio de un guerrero, y no consienten
 Tampoco mis ofensas que dilates
 La posesion que anhelan mis deseos.
 Ya eres libre; la muerte de tú enlace
 En mi favor ha roto la coyundá:
 La sombra de tu esposo no es bastante
 A impedir mis placeres.

BLANCA.

Yo la adoro
 Esa sombra infeliz; vive su imágen
 En mi fiel corazon; en él grabada,
 A mi vista presente en todas partes,
 Me recuerda la fe que le he jurado:
 No la quebrantaré sin ser infame;
 Y esta afrentosa mancha, á quien has visto
 Arrostrar en los campos militares

La muerte y el terror, es espantosa.
 Pues tú conoces mi valor constante,
 Dexa que el tiempo á tu pasion conceda
 Sin mi oprobio, de amor felicidades;
 Y dexa que de un héroe que idolatro
 Mi llanto á la memoria se consagre.

ACCIOLINO.

Agraviado y zeloso, ya ¿qué espero?
 Resuelto estoy á todo ¹.

BLANCA.

Favor.

ACCIOLINO.

Nadie

Estorbará, consiga...

BLANCA ².

Sí; mi muerte.

ACCIOLINO ³.

Suelta, fiera: ni aun ella libertarte
 Puede de mi poder.

¹ Se quita el morrion, lo pone sobre la mesa, y se acerca á Blanca.

² Sacando un puñal.

³ Quitándola el puñal, y guardándolo.

ESGENA V.

DICHOS, BAUTISTA *por la puerta del panteon
con la espada desnuda.*

BAUTISTA.

Podrá su esposo.

ACCIOLINO *confuso.*

¡Qué miro! ¡Del sepulcro tú....

BAUTISTA.

Cobarde,

Tiembla; yo vivo para confundirte;

Para que no consigan tus maldades

Tu criminal deseo.

ACCIOLINO *aparte.*

¡Oh rabia!

BAUTISTA.

Vivo,

Para que mi valor de tus crueldades

Tome venganza; para que castigue

Esta accion tan horrible, como infame.

Desnuda el vil acero, si te atreves

La posesion de Blanca á disputarme:

Solos estamos; lidia sin ventaja

Cuerpo á cuerpo conmigo; y si lograres

Vencerme, sacia entónces tu apetito

A costa de mi honor y de mi sangre.

BLANCA *aparte.*

Yo tiemblo.

ACCIOLINO *á* BAUTISTA.

¿Y tú has pensado que Acciolino
 Aceptaría el singular combate
 De un prófugo vencido, que se esconde
 Con viles artificios despreciables
 De mi venganza? Yo me avergonzara
 De esgrimir esta espada fulminante,
 Contra quien, de su esposo guarecido,
 Temiendo mi valor, pensó engañarme.
 Ya estás en mi poder, ya las cautelas
 De tu fingida muerte no te valen,
 Sino para aumentar mis justas iras.
 Yo ofrecí tributar á tu cadáver
 Los últimos deberes; pues te encuentro,
 Blanca verá tus pompas funerales.

BLANCA.

¡Ah cruel!

BAUTISTA.

¡Oh malvado! yo respiro;
 Si me vences, podrás vanagloriarte.

ACCIOLINO.

Ya verás á mi voz....

BLANCA.

Deten la lengua;
 ¡Ay triste! No, Acciolino, el odio manche
 La carrera feliz de tus hazañas.

Olvida generoso los fatales
 Extremos del rencor, oye mis ruegos;
 Y si es que Blanca mereció agradarte
 Alguna vez, excúsale á tu gloria;
 De una venganza vil la nota infame.
 Si en el amor es tu rival Bautista,
 Yo soy la delinquente; en mí se sacie
 Toda tu indignacion; pague el delito
 Blanca que ha cometido en ser constante:
 Si con mi honor descendiendo hasta el sepulcro,
 Contenta moriré, porque se acaben
 Con mi existencia el odio y los rencores
 De dos guerreros en valor iguales.

BAUTISTA.

¡Yo igual suyo! ¿Qué dices, fiel esposa?
 ¿Cómo está afrenta tu dolor añade
 A mi desgracia?

ACCIOLINO.

Escucha, temerario.
 Solo te resta un medio de aplacarme,
 Que tu supuesta muerte facilita:
 Resuelve abandonar estos lugares,
 Si has de salvar tu vida; un confidente
 A mis mandatos fiel, para llevarte
 Hasta Germania, partirá contigo:
 Allí podrás gozar de mis piedades
 Ocultando á los hombres tu existencia:
 Mientras que yo los tristes habitantes

De esta ciudad procuró hacer felices.
 De tu vida el secreto es importante,
 Para que no conspiren en mi daño;
 Y para conseguir el tierno enlace
 Que á Blanca le destino: si la adoras,
 No impedirás que un poderoso amante
 Desde esclava la eleve á ser su esposa;
 Y piensa que si altivo te negares,
 Al medio que te dicta mi clemencia,
 Pagarás la osadía con tu sangre.

BAUTISTA.

Tu clemencia es bien digna de un tirano;
 Tu corazon de bronce, muy distante
 Está de conocerla, pues propone
 Por precio de ella un crimen detestable.
 ¡Yo abandonar á Blanca! ¡yo mi vida
 Ocultar con infamia, por priarme
 Del nombre de su esposo en favor tuyo!
 No lo esperes jamas, malvado; ántes
 Mil vidas que tuviera desperdicio
 Fueran de tus furores. ¿Qué pensaste
 De mí? ¿Blanca tu esposa ni tu esclava?
 Nunca será.

RACCIOLINO.

Será lo que yo mande.

Guardias ^I.

^I Llamando.

ESCENA VI.

DICHOS, *Guardias por el foro.*

BLANCA.

¡Oh Dios! ¿Qué intentas, Acciolino?

ACCIOLINO.

Acabar de una vez con mis ultrajes
A ese traydor, que oculto en este sitio
Intentó cauteloso asesinarme,
Arrastrad á morir.

BLANCA *interponiéndose.*

Piedad, clemencia,
Acciolino....

BAUTISTA á BLANCA.

No ruegues á ese infame
Impostor. Dexa, esposa, que esta espada
En sus ministros viles y cobardes
Empiece tu venganza.

ACCIOLINO.

Ni aun la gloria
Tendrás en mi presencia del combate;
Ríndete á mi rigor: mira este acero
Pronto de Blanca á derramar la sangre
Si te defiendes.

1 A los guardias.

2 Sujetando á Blanca, y amenazándola con el mismo puñal que la quitó.

BAUTISTA.

No; suspende el golpe.

BLANCA.

No, esposo, te detengas vacilante
Por mi peligro; piensa que la muerte
De un eterno baldon puede salvarme.

ACCIOLINO.

Calla, fiera.

BLANCA á BAUTISTA.

Defiende valeroso
Tu vida, que es la mia; si triunfante
Quedas de este tirano, nada importa
Que yo perezca; y si murieses ántes,
Volveremos á unirnos en la tumba.

ACCIOLINO.

Resuelve: ó la traspasó en el instante
El corazon.

BAUTISTA.

¡Ah bárbaro! detente.

No hay en mi pecho, no, fuerza que alcance
A soportar su muerte ante mis ojos. (vadmé.
Ve aquí mi espada ¹. ¡Oh Dios! Guardias, lle-

ACCIOLINO ².

Ya he triunfado: estás libre: oid vosotros ³.

1 La arroja á los pies de los guardias.

2 A Blanca, guardando el puñal.

3 Habla en secreto á los guardias, miéntras representan Blanca y Bautista.

BLANCA.

Bautista, me has perdido; mas constante
Pensé que era mi esposo; con mi vida
De una vez terminaban mis afanes;
Mas tú en poder de un monstruo aborrecido
Me abandonas.

BAUTISTA.

¡Ah! Blanca, yo....

ACCIOLINO *á los guardias.*

Llevalle ¹.

BAUTISTA.

Aprende á respetarla de su esposo;
Pues mi muerte tus iras satisface.
Blanca, á Dios para siempre ².

ESCENA VII.

BLANCA, ACCIOLINO.

BLANCA ³.

No: tu esposa
Te seguirá al sepulcro; en él mis males
Acabarán conmigo. No me impidas ⁴
Vaya á morir con él.

1 Da á los guardias el puñal que quitó á Blanca.

2 Los guardias se lo llevan.

3 Quiere seguir á Bautista: Acciolino la detiene.

4 Lo que sigue á Acciolino.

ACCIOLINO.

Si lo intentares
Apresuras su fin.

BLANCA.

¡Qué! ¿tan impío
Será tu corazón, fiera implacable?
Aborto del averno, ¿qué pretendes?
¿No se sacian de estragos tus maldades?

ACCIOLINO.

No, pérfida; me resta la venganza:
Ella sola podrá desagraviarme
De tu astucia, tu engaño y fingimiento.
La causa de ese llanto abominable
He descubierto al fin; se ha desgarrado
El velo que ocultaba mis ultrajes:
Sí; tú lloras la muerte de Bautista;
Muy en breve sangriento su cadáver....

BLANCA.

No, Acciolino; perdon. Heme á tus plantas²
Invocando postrada tus piedades:
Mi llanto te enternezca; compadece
Mi dolor y mi estado lamentable.
¿Por qué te ha de ofender que de tus iras
La vida de un esposo libertase?
Él viva, y yo perezca; si mi engaño
Es delito que puede condenarme.
¡Ah! mírame á tus pies en mis angustias,

i Se arrodilla.

Abatida, llorosa y suplicante;

Mira á Blanca de Rossi? adonde nunca

Pensó que su desgracia la humillase:

Suspendase el decreto sanguinario

De tu rigor; que vuelán los instantes

Considera, y el golpe... ¡oh Dios! resuelve.

ACCIOLINO.

Y ¿cómo piensas tú recompensarme

De mi piedad, si su perdón concedo?

BLANCA.

Yo seré por mi esposo... por pagarte

Tu clemencia seré...

ACCIOLINO.

¿Qué? di.

BLANCA.

Tu esclava:

Mi gratitud...

ACCIOLINO.

No logrará obligarme.

Resuelve ser mi esposa.

BLANCA.

Tú enemiga,

Bárbaro, eternamente: ¿te complaces

En mis tormentos? ¡Qué! ¿me ves postrada,

Y tú insistes feroz en insultarme?

Monstruo, yo te abomino.

¡Oh Dios!

x Levantándose con furor.

ESCENA VIII.

DICHOS, *Guardias que entregan á Acciolino el puñal ensangrentado.*

ACCIOOLINO.¹

Muger fiera,
 Observa este puñal.

BLANCA.

¡Oh Dios! su sangre....
 ¡Ah cruel!... ¡ay esposo!... yo fallezco²...

ACCIOOLINO.

He aquí rendida á su dolor infame
 Esta beldad soberbia: ella respira³;
 Sin que de mi poder pueda librarse.
 Aun el desmayo aumenta su hermosura:
 Pero este abatimiento es el desayre
 Mayor de mi pasion.... ¡Y qué placeres
 Pudiera yo gozar en esta imágen
 De la muerte? Insensible⁴... Reservemos
 Mi amor á la venganza: ante el cadáver
 De mi rival, al pie de su sepulcro
 Mis esperanzas deben coronarse.

1 Mostrando á Blanca el puñal.

2 Cae desmayada.

3 Observándola.

4 Tomándola la mano.

ESCENA IX

DICHOS, FELICIA *por la puerta del panteon.*

FELICIA.

Yo vuelvo á ver... ¡Gran Dios! ¡Blanca infelice!¹
 ¡Oh Acciolino! ¡llegáron tus crueldades
 Hasta verla morir?

ACCIOLINO.

Blanca respira
 Para premiar las ansias de su amante.
 Cuida de su existencia; y si se informa
 De su traydor esposo, asegúrale
 Podrás, que en la morada de la muerte
 Por mi venganza eternamente yace.
 Y dile que disponga en favor mio
 Su altivo corazón, para entregarme
 La posesion feliz de su hermosura,
 Sin que mis iras su decoro manchen.²
 Venid vosotros; velaréis, amigos,
 En torno del palacio vigilantes,
 En tanto que consigue mi cautela
 A Leopoldo alejar de estos lugares.³

1 Corre á Blanca, y la incorpora en su regazo.

2 Lo siguiente á los guardias al irse.

3 Se va con los guardias por el foro.

ESCENA X.

FELICIA, BLANCA *desmayada*.

FELICIA:

¡Ah! ¡qué horrible discurso! ¡triste amiga!

¿Qué la podré decir? Pero á cobrarse

De su desmayo empieza: de la muerte

La palidez retrata su semblante.

Blanca ².

BLANCA *volviendo en sí*.

Esposo... ¡ay de mí!... Bautista, vuelve...

¡Cielos! ¿Quién es? Felicia; dime: ¿sabes

Toda mi desventura? Tú las causas.

FELICIA:

¡Yo! ¿Qué dices?

BLANCA:

Sí, amiga; por salvarme

Expusiste á la saña de ese monstruo

La vida de Bautista.

FELICIA.

Ni tu padre,

Ni Alberto, ni otro alguno de los nobles,

Hallé en el panteon que te amparase:

Solo tu esposo estaba, y tu peligro

1 Blanca empieza á volver en sí.

2 Llamándola, y ayudándola á levantar.

Leyó en mi turbación: yo quise en balde
Impedir que á este sitio....

BLANCA.

En él he visto

Un acero teñido con su sangre.

FELICIA.

¡Qué horror!

BLANCA.

Sigue mis pasos, ven.

FELICIA.

¿Adónde?

BLANCA.

Adonde entre las sombras sepulcrales

Vuelva á unirme con él eternamente;

Y adonde si mis ansias no llegaren

A recoger sus últimos suspiros,

Mi corazón la angustia despedace ¹.

¹ Se van por la puerta del panteón.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

El teatro representa el panteon de la familia de Blanca, con puerta y escalera en el foro, que supone la entrada principal: otra á la izquierda, que comunica á la habitacion de Blanca; y otra á la derecha, que conduce al templo. Se verán varios sepulcros con inscripciones del nombre de Rossi: á la izquierda cerca del proscenio se ve el de Bautista, cuya losa estará entre abierta, y apoyada por el frente sobre una barra de hierro á la altura de una vara: al pie del sepulcro estará la armadura y manto de Bautista. La escena no tiene mas luz que la de una lámpara, que está suspendida en medio de las bóvedas. ALBERTO,

Nobles por la bóveda del templo.

ALBERTO.

Cierta es la desventura, compañeros:
 Franca está de este seno pavoroso
 La entrada en el palacio; á los reflexos
 De esa pálida luz, abierta noto

1 El verso siguiente mirando á la puerta del foro, que está abierta.

La losa sepulcral. ¡Oh Dios ¹!... ¡qué miro!
 ¡Las armas de Bautista.... sus despojos....
 Destrozados, sangrientos...! ¡oh barbarie!
 ¡Oh caudillo infeliz! miéntras nosotros,
 Perdida la ocasion de la venganza,
 Por la ciudad vagamos presurosos
 En busca de Genaro, la perfidia
 Ha consumado el crimen: ya en el fondo
 De la tumba abismóse para siempre
 La exístencia del héroe valeroso:
 ¿Cómo pudo lograr la tiranía
 Poner fin á su vida, cielos? ¿Cómo
 El bárbaro Acciolino ha descubierto
 En nuestro daño á su rival glorioso?
 Yo observé desde el templo á ese tirano
 Girar errante de este sitio en torno;
 Vi á sus parciales profanar la entrada
 De esta sacra mansion; y rezeloso
 Prevenir se custodie este palacio
 Contra las intenciones de Leopoldo.
 A buscaros entónces me apresuro:
 Mas ¡oh desgracia! ¿Para qué os convoco?
 ¿Para ver en la muerte de Bautista
 El triunfo del tirano y nuestro oprobio?
 ¿Quién duda que Acciolino ha descubierto

1. Se acerca al sepulcro de Bautista, y reconoce su armadura y manto.

Nuestra conspiracion? Se perdió todo:
 Vendidos estaremos; de Genaro
 El destino se ignora; mas nosotros
 Venderemos bien caras nuestras vidas
 En el último trance.... Pasos oygo ¹.

ESCENA II.

DICHOS, GENARO *por la puerta del templo.*

ALBERTO.

He aquí el momento. ¿Quién?

GENARO.

Fieles amigos,

Yo soy; no rezeleis.

ALBERTO.

¡Tú del furioso

Acciolino estás libre! Di, Genaro,

¿A quién la vida debes?

GENARO.

A Dios solo

Él me reserva á ser el instrumento

De su eterna justicia.

ALBERTO.

¿De qué modo,

Si el infeliz Bautista....

Fui testigo

De su bárbara muerte: entre el asombro,
Entre el dolor mi corazón recuerda
Temblando el espectáculo horroroso.
Apénas á las puertas de este alcázar
Volví, quando admirado desconozco
Las guardias que lo cercan; sus aceros,
A que penetre en él, fuéron estorbo.
Indago en el umbral por qué me impiden;
Y en tanto que me observan silenciosos
Con semblante feroz, veo en el atrio,
De las hachas al brillo luminoso,
Conducir á Bautista desarmado
Por los viles ministros del encono.
Allí darle la muerte resolvieron
Los infames verdugos; valeroso
Bautista se defiende largo tiempo
Con los esfuerzos de su brazo heroyco:
Yo viendo su peligro inevitable
Me afano por llegar; grito.... socorro;
Ruego, amenazo, gimo; y todò en vano:
A mis lamentos y á mis quejas sordos
Esos tigres bgráron oprimirlo,
Y á mi vista uno de ellos, mas furioso,
Con un puña el pecho le atraviesa:
La sangre salta en humeante arroyo
Sobre el vil aseino, que se goza

En ver el espectáculo espantoso:
 Cayó Bautista exánime; y su cuerpo
 Arrastráron crueles con oprobio
 Hacia este panteon: horrorizado,
 Del palacio las puertas abandono,
 Y por el templo hasta este sitio llego
 Respirando venganza; yo la imploro,
 Y el momento se acerca de lograrla.
 Acciolino perezca; cayga el monstruo
 Destrozado á la vista de esta tumba:
 Vuestras espadas de su pecho odioso
 Se bañen en la sangre, que brotando
 Sobre este pavimento ante mis ojos
 Sirva para calmar la triste sombra
 De un caudillo infeliz y virtuoso.

ALBERTO.

Todos perecerémos, si á ese impío
 No logramos rendir; bastantes somos
 Para la empresa; amigos, no esperemos
 Los parciales, á quienes cuidadoso
 Fue á convocar por la ciudad Genaro;
 Pues dilató su ausencia nuestro enojo,
 Y por ella Bautista ha perecido.
 Pero si en este sitio pavoroso
 Hemos de aniquilar á ese malvado,
 Indícanos, Genaro, de qué modo.

GENARO.

Aquí vendrá buscando su castigo:

A los guardias oí, que rezeloso
 De estar obedecido, de Bautista
 Quiere ver el cadáver lastimoso;
 Vosotros en las bóvedas inmensas
 De este lóbrego sitio, cautelosos
 Os podeis ocultar; yo prevenido
 Observaré si llega el alevoso ¹
 A esa entrada, la sola que él conoce:
 Si por ella descende, yo animoso
 Repetiré, Acciolino, y á su nombre,
 Que es la señal de muerte que dispongo,
 Le asaltareis intrépidos, dexando
 En leves piezas su cadáver roto.
 Para que las tinieblas no malogren
 Nuestra venganza, algunos de vosotros
 Por la puerta del templo prevenidos
 Con hachas, á mi voz estareis prontos.
 Quando haya perecido, gritarémos
 Libertad, y asaltando valerosos
 Sus guardias con las armas en la mano,
 Sembrarémos el susto y el asombro
 En la ciudad: entónces sus esfuerzos
 Entre la confusion y el alboroto
 Unirán á los nuestros, los que ahora
 Esperan de la empresa el feliz logro.
 Bazano, libertada por sus hijos,

1 El verso siguiente señalando la puerta del foro.

Cobrará en breve su esplendor glorioso;
 Y el cuerpo de Acciolino destrozado,
 Revolcado en su sangre y en el polvo,
 A las plantas de Blanca arrastraremos;
 Porque consiga en su mortal ahogo
 Templar con la venganza las angustias,
 Que sufre por la muerte de su esposo.

ALBERTO.

¿Acaso sabe Blanca que Bautista
 Ha perecido?

GENARO.

Alberto, yo lo ignoro;
 Ni sé cómo ha logrado su existencia
 Descubrir el tirano; pero todo
 Lo sabremos despues. Fieles amigos,
 No perdamos un tiempo tan precioso
 En vanas discusiones.

ALBERTO.

A vengarnos:
 Pero nuestro furor debe á Leopoldo
 La vida perdonar.

GENARO.

Él compasivo,
 Fuera de estas murallas, cuidadoso
 Para hallar el cadáver de Bautista
 Del sol espera el astro luminoso.

ALBERTO.

Pues está léjos del comun peligro,

No dexemos con vida en el destrozo
 Ninguno de los bárbaros verdugos,
 Despues que á nuestros golpes cayga el mon-
 Parte, Genaro.

GENARO.

Sombras inmortales
 De los valientes Rossis, si mis votos
 Penetran la morada del sepulcro,
 Prestad á nuestros brazos el héroico
 Valor con que otro tiempo defendisteis
 Vuestra abatida patria: y tú¹, glorioso
 Espíritu del héroe que lloramos,
 Acepta la venganza que dispongo².

ESCENA III.

ALBERTO, Nobles

ALBERTO.

En tanto que el momento se avecina,
 Retiraos, amigos, y estad prontos.
 A la voz de Genaro³: ¡Infeliz Blanca!
 Yo contemplo su estado lastimoso;

¹ Lo que sigue mirando al sepulcro de Bautista.

² Se va por la puerta del templo con dos de los nobles.

³ El resto de los nobles se retira detras de los sepulcros.

Quizá ignora la muerte de Bautista;
 O la llora en secreto. Rumor oygo¹
 En la bóveda obscura que conduce
 Hasta su habitación.

ESCENA IV.

ALBERTO, BLANCA, FELICIA, *aquella apoyada
 en los brazos de esta, el cabello suelto en el
 mayor desorden y abatimiento; ambas salen por
 la bóveda que conduce á su habitación.*

FELICIA.

¡Oh qué espantoso
 Sitio!

ALBERTO *aproximándose.*

¿Quién va, quién es?

BLANCA.

Alberto, amigo,
 La desgraciada Blanca.

ALBERTO.

En tu socorro
 Los nobles y tu padre....

BLANCA.

¿Acaso vive?

ALBERTO.

Sí: nuestras esperanzas en él solo

¹ Rumor dentro.

Consisten; él dispone la venganza
Que la ocasion perdida....

BLANCA.

Lo sé todo.

Tarde será; bien tarde.

ALBERTO.

¿Pues acaso

De Bautista el destino...

BLANCA.

No lo ignoro:

Pereció por salvar la triste vida

De su mísera esposa.

ALBERTO.

¿Por tí! ¿Cómo?

BLANCA.

Mis abatidas fuerzas no permiten

Que ahora repetir pueda el horroroso

Origen de mis penas. Vete, amigo;

Y dexa que á la sombra de mi esposo

Mi llanto se consagre.

ALBERTO.

Tu peligro

En este panteon....

BLANCA.

Ninguno corro:

Estos frios sepulcros me aseguran.

ALBERTO.

Si te hallase tu padre....

BLANCA.

Será corto

El tiempo de mis lágrimas; si vuelve
Antes que calme mi dolor penoso,
A su voz yo te ofrezco retirarme.

ALBERTO.

En fe de esa palabra no te estorbo ².

ESCENA V.

BLANCA, FELICIA.

BLANCA.

Heme en tu seno al fin, mansion sagrada
De la eterna quietud, donde el reposo
Termina los tormentos. ¡Ah! mis plantas
Agoviadas del peso del oprobio
Y la afliccion apénas me sostienen:
¡Ay Felicia! este seno tenebroso,
Este sacro silencio de la tumba,
Que asusta á los mortales, reconozco
Que alivia mi dolor; él es conforme
A este recinto triste y pavoroso.
Cara amiga, en él yace para siempre
El héroe ilustre, cuya sombra adoro;
Y en él mi corazon viene á ofrecerle

I Se va por donde los nobles.

Mis angustias, mi llanto y mis sollozos.

FELICIA.

¿Tan poco puede mi amistad contigo,
Que desprecias mi ruego afectuoso?
¿Por qué empeñada en aumentar tus penas,
Renovarlas intentas en el fondo
De este lúgubre sitio? Por dos veces¹
Entre las densas sombras de ese ignoto
Camino de la muerte, desmayada
Te sostuve en mis brazos cariñosos;
Te vi casi espirar; pero al cobrarte
No sirviéron mis súplicas de estorbo
A tu funesto amor: ¡ah! retrocede
Amiga; que aun es tiempo; vamos pronto
Léjos de estos horrores; ¿qué consigues
Con que su vista aumente tus ahogos?

BLANCA.

Siento que me consuela; sí: mis fuerzas
Renacen por momentos; sin apoyo²
Puedo mover mis plantas vacilantes.

FELICIA.

¿Adónde vas?

BLANCA.

No temas. Ve aquí el trono³

1 El verso que sigue señalando á la bóveda por donde salieron.

2 Se separa de Felicia, y se adelanta en la escena.

3 Señalando los sepulcros del foro.

De la virtud ; la tumba ; ¡oh qué felice
 Descansa en ella el hombre virtuoso!
 Mis nobles ascendientes, que lo fuéron,
 En una eternidad ya son dichosos:
 Y yo vivo.... ¡ay de mí! porque mi vida
 Espera conseguir el triste gozo
 De ver difunto á quien amé constante,
 Y despues espirar.

FELICIA.

¡Cielos, qué oygo!
 ¿Y es ese tu designio? ¿Y que prétendes,
 Cruel, ejecutarlo antè mis ojos?
 ¿Qué se hizo tu valor? Di ¿qué se hicieron
 Los sentimientos puros, religiosos,
 Que el Dios, que te ha formado de la nada,
 De tu obediencia exíge? Desconozco
 Tu virtud: ya no es Blanca la heroína,
 Que mis cuidados mereció amistosos;
 La desesperacion entró en su pecho:
 Por ella busca el medio criminoso
 De acabar con la vida su desgracia,
 Usurpando al Eterno de este modo
 El supremo poder.

BLANCA.

Felicia, cesa;
 Yo tiemblo; yo me humillo ante su trono;
 Él ve mi corazon: á sus decretos
 Sabios, incomprehensibles ya me postro,

Y ofreciéndole humilde mis angustias,
Él este error perdonará piadoso.

FELICIA.

Sí hará; pero volvamos.

BLANCA.

¿Dónde, amiga,
Dónde estaré segura, si no logro
Estarlo en este sitio? Ya en la tierra
No hay para mí defensa: sin apoyo,
Sin amparo, sin fuerzas; tú lo sabes,
Y en fin, cara Felicia, sin esposo.

FELICIA.

¡Infeliz!

BLANCA¹.

De esa luz á los reflexos
En esta obscuridad ya ven mis ojos
La urna adorada que mis ansias buscan.

FELICIA *interponiéndose.*

No te acerques, espera.

BLANCA.

¿Aun este corto
Alivio has de impedirme? Cruel Felicia,
Déxame por piedad.

FELICIA.

Mira que estorbo,
Que tu dolor la muerte te apesure.

1 Acercándose al sepulcro de Bautista.

BLANCA.

No; te engañas, amiga; de este modo
 Consolaré mis penas; y te juro,
 Que mientras no peligre mi decoro,
 No atentaré á mi vida. Tú sin duda
 No has amado jamas; pues si no ¿cómo
 Fueras tan inhumana? Si me impides
 La vista de ese objeto lastimoso,
 Me verás espirar.

FELICIA.

¡Desventurada!

No puedo resistir.¹

BLANCA².

Estos despojos....

Mi corazon de nuevo se estremece.

¡Ah! suyos fuéron... Sí, ¡Gran Dios³! Yo toco

En ellos con horror su helada sangre.

Mira, Felicia, en la armadura el roxo

Esmalte de sus venas.

FELICIA.

¡Oh infelice!

BLANCA.

No hay duda; mi dolor llegó á su colmo.

¹ Se aparta.

² Acercándose al sepulcro reconoce la armadura de Bautista.

³ Cogiendo el manto.

FELICIA.

Blanca, si de este sitio no te alejás,
Yo te dexo.

BLANCA.

¿Y qué importa tu abandono,
A quién todo en la tierra lo ha perdido?¹
¿Son estas las delicias, tierno esposo,
Que en tus brazos pensó la triste Blanca
Gozar miéntras viviese? ¿Es este el solio
De la fe conyugal? ¡Qué! ¿serán estos
Los eternos laureles victoriosos
Con que pensabas coronar tu frente?
¿Qué se hizo el aparato, qué el adorno
De las pompas de Marte? ¿Qué se hicieron
Tus virtudes, tu amor?... ¡ay! todo, todo
Despareció como fugaces sueños.
¡Oh ilusiones del bien, que en vano lloro!
¡Oh esperanzas mentidas de fortuna!
Fuisteis por siempre! Víctima del odio
Yace el héroe de Italia, y á mis quejas,
A mis lamentos en la tumba sordo,
Descansa; y yo respiro.... y yo no puedo
Con el fuego animar de mis sollozós
La vida que en un tiempo fue la mia².
Enciéndete en la llama de mi pecho;

1 Volviéndose al sepulcro.

2 Se arrodilla junto al sepulcro.

Yo te abrazo; tú encierras mi tesoro;
 Vuélmelo, cruel; sí; yo te pido
 Mi cara prenda, vuélveme mi esposo;
 ¡Mísera! Yo deliro. Es una piedra;
 No puede enternecerse; ni tampoco
 Puedo morir sin ofender al cielo.
 ¿Esperaré cobarde, que á mis ojos
 El bárbaro Acciolino se presente
 A exígir con la fuerza mi desdoro?
 ¿Podré por su violencia deshonrada
 Pasar mis dias en perpetuo oprobio?
 No será.... no será. Blanca, la muerte
 Primero, que toleres de ese aborto
 Infernal los halagos, ni aun la vista:
 No triunfará jamas de mi decoro.
 Óyeme, sombra amada; fui tu esposa;
 No quebrantaré Blanca el tierno voto
 De su fe conyugal, hasta que logre
 Unirse á tí en el seno del reposo.

FELICIA.

Su dolor me penetra; vamos, Blanca.

BLANCA.

No; déxame. Ya siento que recobro
 Para ver su cadáver mis esfuerzos.

FELICIA *mirando a la puerta del foro.*

¡Qué resplandor! ¡qué estruendo!

I Se levanta.

ESCENA VI.

DICHAS, ACCIOLINO, *dos guardias con hachas.*

ACCIOLINO *baxando.*

Falta solo

Hallar á Blanca; vamos.

GENARO *dentro.*

Acciolino.

BLANCA ¹.

Acciolino... la muerte.

FELICIA.

¡Oh Dios! Socorro.

ACCIOLINO ².

Mi nombre.... aquel lamento....

ESCENA VII.

DICHOS, ALBERTO y Nobles *con las espadas desnudas.* Por la puerta del templo GENARO y dos Nobles *con hachas.*

ALBERTO.

Infame, tiembla.

¹ Al nombre de Acciolino vuelve la cabeza, lo ve, se inclina dentro del sepulcro, separa la barra que sostenia la losa; esta cae, y muere.

² Suspenso en medio de la escena. Felicia inmediata al sepulcro.

ACCIOLINO.

Traydores....

FELICIA.

¡Ah! favor.... Socorred todos
A Blanca, que perece.

GENARO.

¡Qué he escuchado!
Hija mia.... ¡qué miro!.... Venid pronto,
Levantemos la losa¹.

ACCIOLINO *en ademan de querer irse.*

Estoy vendido....

Ella muere.

ALBERTO *impidiéndole la salida.*

Detente, horrible monstruo,
No has de salir con vida de este sitio.

GENARO.

No hay remedio; espiró. Ya está en su rostro
La muerte impresa. ¡Desgraciada hija!
¡Padre desventurado!

ACCIOLINO *observando á Blanca.*

Sí; el hermoso
Objeto de mi amor y mis rencores
Inanimado yace.... yo.... ¡qué asombro²
Hiela mi corazon!.... Bautista.... tente.
¡Qué horror!.... tu sombra veo.... reconozco

1 Genaro y nobles sacan á Blanca del sepulcro; queda en brazos de su padre.

2 Horrorizado, creyendo ver la sombra de Bautista.

Las sangrientas heridas de tu seno....

¡Oh vista!... ¡oh crimen!... Implacable esposo...

¿Señalas su cadáver y el sepulcro?...

No soy la causa.

GENARO á los nobles.

¿A qué esperais vosotros?

Esta víctima ved; su sangre corre

Por libertar su honor de ese furioso.

El cielo con prodigios lo amenaza;

Cúmplase su castigo ¹.

ACCIOLINO á los nobles.

No, alevosos,

Este puñal ², que cometió el delito,

Es á quien toca la venganza solo ³.

¹ Los nobles hacen ademán de acometer á Acciolino

² Saca el puñal que quitó á Blanca.

³ Se hiere, y cae muerto.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

<i>Advertencia.....</i>	<i>Pág. 1</i>
<i>Saul. Escena trágica unipersonal.....</i>	<i>9</i>
<i>Safo. Drama trágico en un acto.....</i>	<i>23</i>
<i>Florinda. Tragedia en tres actos.....</i>	<i>57</i>
<i>Blanca de Rossi. Tragedia en cinco actos.</i>	<i>131</i>

ERRATAS DEL TOMO SEGUNDO.

<u>Pág.</u>	<u>Lín.</u>	<u>Dice</u>	<u>Léase</u>
27	4	¿Tú le nombrabas?.....	¿tú no le nombra- bas?
38	6	El momento.....	el monumento.
40	6	Mi patria y mi nom- bre.....	mi patria y nombre.
67	4	Dada treguas.....	daba treguas.
70	20	Y si acaso Egilona....	y si acaso á Egilona.
75	8	¿No has perdido.....	¿No ha perdido.
85	6	Con que la suerte.....	en que la suerte.
123	1	Falta medio verso de Florinda que dice.....	conmigo descortes..
133	20	Virtud, desgracia.....	virtudes, gracias.





460855

Galvez, María Rosa de
Obras poéticas. Vol.2.

LS
G1825nx

**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 11 30 19 02 002 9